



MI EX
Y OTROS
ZOMBIS

—UNA—
COMEDIA
—DE—

KAI KALEI
—Y—
HELIO EIKA

MI EX

Y OTROS

ZOMBIS

© Kai Kalei y Helio Eika, 2018

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización previa y por escrito de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Ilustración y diseño de cubierta: Ane Arzelus Rodríguez

Corrección ortotipográfica: Patricia Martínez Fernández

Los personajes y los hechos narrados en este libro son ficticios. Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia no intencionada por parte de los autores.

UN DÍA PERFECTO

Golpeé la puerta del despacho dos veces antes de entrar.

—Hola, ¿quería verme, doña Josefina? —pregunté.

—Sí, Anabel, siéntate, por favor —contestó mi jefa.

—En realidad, me llamo Ana —la corregí.

—Perdona. A veces me lío con los nombres de los nuevos.

—Llevo dos años trabajando en la empresa —dije forzando una sonrisa.

—¡Qué curioso! —exclamó mirándome por encima de sus gafas—. No me suenas de nada. Bueno, Anabel...

—Ana —la volví a corregir.

—Eso, Ana. Como sabes, la empresa está creciendo muy rápidamente desde que comenzó la invasión zombi. La gente quiere aprovechar al máximo su tiempo libre antes de que la fatalidad pueda convertirlos en zombis. Por eso, queremos colonizar nuevos nichos de mercado y, para ello, vamos a necesitar a gente trabajadora y motivada como tú. Enhorabuena, los miembros de la junta directiva hemos decidido ascenderte a jefa de circuitos turísticos.

—¡Vaya! Muchas gracias, no sé qué decir.

—Casi mejor, porque tengo un poco de prisa. Léete las nuevas condiciones y, si estás de acuerdo, firma en la última página —dijo pasándome el nuevo contrato.

Me puse a leerlo intentando contener mi alegría. Había trabajado muy duro y por fin mi esfuerzo había obtenido recompensa. Todo iba bien hasta que llegué a la última página.

—Doña Josefina, creo que hay un error, aquí pone «Isabel López».

—Exacto.

Sentí como si me hubieran tirado un jarro de agua fría encima.

—Me llamo A-na Gu-tié-rrez —dije pronunciando cada sílaba de manera exagerada.

—¿Estás segura? —preguntó extrañada.

—Bastante —contesté al tiempo que le devolvía el contrato.

—Ahora que lo dices, me suena que hubiera algo para ti —dijo mientras rebuscaba entre los papeles que había sobre su escritorio—. ¡Aquí está!

Cuando lo leyó, frunció el ceño y puso mala cara.

—Ana, como sabes, la empresa está en recesión desde que comenzó la invasión zombi. La gente prefiere quedarse en casa por miedo a convertirse en zombis. Por eso, hemos tenido que paralizar todos los proyectos de expansión para colonizar nuevos mercados...

—Pero si hace un momento me ha dicho lo contrario —la interrumpí sin comprender el repentino cambio en su discurso.

—Te entiendo. A mí también me da vértigo el ritmo al que cambian las cosas. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Por si fuera poco, ayer mismo otra de nuestras guías turísticas se convirtió en zombi en horario laborable. ¡Qué poco profesional por su parte! El caso es que, como podrás imaginarte, ese pequeño percance nos está haciendo mucho daño. ¿Sabes a dónde quiero llegar?

—La verdad es que no.

—Lo siento, pero vamos a tener que prescindir de tus servicios de forma inmediata.

Abrí los ojos como platos. No me podía creer que me estuviera despidiendo.

—Pero ¿por qué yo? ¡Soy la empleada que más clientes ha conseguido en la historia de la empresa!

—No eres tú, son las circunstancias. Te agradecemos de corazón el servicio que has prestado durante los dos meses que has estado con nosotros.

—¡Dos años! —la corregí sin poder disimular ya mi enfado.

—Una cosa más —añadió—, si pudieras dejar tu puesto libre ahora mismo... Es que hemos vendido tu mesa de trabajo y tu silla a una tienda de segunda mano y el chico está esperando abajo para llevárselas.

—Claro, sería una grosería hacerlo esperar —murmuré.

—Hasta siempre, Anabel.

—¡Ana!

—Josefina. Me llamo Josefina.

Salí del despacho en estado de *shock*. De repente, me había quedado sin trabajo y ni siquiera sabía muy bien por qué. Necesitaba estar un minuto a solas, así que me dirigí al único lugar de la oficina donde podría tener un poco de intimidad: el baño. Estaba a punto de abrir la puerta cuando Pedro, el vigilante de seguridad, se interpuso en mi camino.

—Perdona —me dijo—, los baños son solo para los empleados.

—Pedro, no estoy de humor. Sabes de sobra que trabajo aquí.

—Tengo entendido que ya no.

Lo miré con perplejidad. En nuestra oficina, los cotilleos viajaban a la velocidad de la luz.

—Es solo un momento —le dije.

—Lo siento, la normativa de la empresa es muy clara al respecto.

Como no me sentía con fuerzas para discutir con él, volví a mi puesto,

metí mis cosas en una caja y abandoné el edificio. Ni siquiera pude despedirme de mis compañeros porque se acababan de ir a festejar el ascenso de Isabel.

Todavía confusa por lo que había pasado, me dirigí a la parada de carros de cercanías. Desde que se cortaron los suministros de gasolina y electricidad, los vehículos con tracción animal eran el mejor medio de transporte que había. Aun así, el trayecto hasta mi casa duraba casi media hora, tiempo durante el cual no pude dejar de pensar en qué iba a ser de mí ahora y en cómo iba a pagar las facturas. Encontrar trabajo era misión imposible. Las empresas solo contrataban a personas que se hubieran graduado después del inicio de la invasión zombi. Alegaban que así los conocimientos de los empleados se ajustarían mejor a las necesidades de los nuevos tiempos.

Antes de llegar a mi parada, me tuve que apejar del carro porque la brigada antizombis había cortado la calle al tráfico. Era algo bastante habitual que solían hacer cada vez que algún zombi armaba follón, así que no le di mayor importancia e hice el resto del trayecto a pie. Nada más enfilar mi calle, vi que había mucho revuelo en mi portal.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a uno de los vecinos que estaban allí congregados.

—Lo de siempre. Alguien se ha dejado la puerta del portal abierta y un grupo de zombis se ha colado en el edificio. Se han pasado toda la tarde tirando cosas desde una terraza.

Eché un vistazo al suelo. Mis fotos, mi ropa, mis utensilios de cocina... Todo estaba desparramado por la acera.

—¡No puede ser! —exclamé estupefacta—. ¡Los zombis han ocupado mi piso!

Mi vecino recogió mi maleta de viaje del suelo y me la entregó.

—Toma, la vas a necesitar.

—¡Gg ggrrr rrr r grgg rggr! —gruñeron los zombis desde mi terraza mientras lanzaban mi frutero al vacío.

—Apártense, señores —nos ordenó un policía de la brigada antizombis—. Vamos a proceder a precintar el edificio hasta que la unidad especial se haga cargo y capture a esos zombis.

—¿Y por qué no lo hacen ahora? —se quejó otra de mis vecinas.

—¿Está de broma? —dijo el policía—. La lista de espera para sacar zombis de domicilios particulares es de dos semanas.

¡Dos semanas! ¿Qué iba a hacer sin casa durante ese tiempo? Me acerqué

todo lo que pude al policía que ya estaba comenzando a acordonar la zona.

—Perdone, agente, ¿no habría alguna manera de agilizar el desalojo?

—Me temo que no, señora —contestó tajante—. Y ahora, si hacen el favor, despejen la zona.

Necesitaba calmarme y aclarar mis ideas. Metí todo lo que pude rescatar en la maleta y decidí ir a mi cafetería preferida para tomarme un respiro y contarle mis penas a Encarni, la dueña. Siempre me había dado buenos consejos y ahora los necesitaba más que nunca. Cuando llegué, me extrañó que no estuviera en la barra como de costumbre.

—Hola —saludé al camarero.

—Hola. ¿Qué va a tomar? —me preguntó.

—Una tila, por favor.

—No nos queda tila. Siempre es lo que primero se agota, hay mucha demanda y poca oferta. Nos queda té blanco, verde, rojo, azul, blanco con canela, verde con naranja, negro con bergamota...

—Pues el negro con bergamota.

—Marchando.

—¿Hoy no está Encarni?

—No —contestó con sequedad.

—¿Está de vacaciones?

—Indefinidas.

—Entonces ¿no va a volver? —pregunté extrañada.

—A veces vuelve, que es lo peor. ¡Mire! Hablando del rey de Roma —dijo el camarero señalando una de las ventanas.

Me giré. Una zombi golpeaba la cabeza contra el cristal de la cafetería. Unos brigadistas que patrullaban la zona la vieron y ella salió huyendo a toda velocidad.

—¿Esa era Encarni? —pregunté con tristeza.

—Era —dijo con indiferencia—. Por lo visto, tampoco nos queda té negro con bergamota.

—¡Qué desgracia!

—¡Y que lo diga! Pronto no nos va a quedar ni café.

Mi día empeoraba por momentos. La conversión de Encarni fue la gota que colmó el vaso. Me sentía más sola que nunca. No tenía a nadie que me echase una mano porque todos mis amigos se habían ido a trabajar fuera o se habían convertido en zombis. Ni siquiera podía alojarme en un hotel porque, desde la invasión zombi, los precios se habían puesto por las nubes. Estaba

claro que en la capital ya no quedaba nada para mí. Así que, cuando salí de la cafetería, me dirigí a una de las oficinas de la cadena de mensajería La Paloma Feliz. Me volvía al pueblo con mi madre.

Después de una hora esperando de pie, llegó mi turno.

—¡Siguiente! —gritó la empleada del mostrador.

—Hola. Quería mandar un mensaje.

—Qué sorpresa —dijo ella con ironía—. ¿Código postal?

—No lo sé.

—Si me dieran una moneda por cada vez que no saben el código postal... —le dijo a su compañera.

—¿Dirección?

—Calle del Altramuz, 9, Zafranillo Alto, comarca de Zafranillo.

—¿Destinatario?

—Carmen Gutiérrez.

—¿Cuál es el mensaje?

—Me han despedido. Vuelvo al pueblo. Llego mañana.

—¿Es pariente tuyo?

—¿Qué?

—La tal Carmen.

—Sí, es mi madre.

—¿Y le vas a decir así de sopetón que te han despedido? —me reprochó.

—Lo peor es el poco entusiasmo que muestra —intervino otra empleada—: «Vuelvo al pueblo, llego mañana». ¿Es esa forma de hablar a una madre? ¿Hace cuánto que no la ves?

—En realidad, yo... —intenté excusarme.

—Vamos a ver, ¿qué tal así? —continuó la primera al tiempo que se ponía a escribir—: «Querida mamá, ¿cómo te encuentras? Espero que bien. Tenía tantas ganas de verte que he comprado un billete para ir mañana mismo. No puedo esperar el momento de volver a estar contigo. Un abrazo de tu hija...». ¿Cómo te llamas?

—Ana.

—«Firmado, Ana».

—Cobráis por palabra, ¿verdad? —pregunté.

—¿Tú qué crees? —respondió la empleada.

Tras dejar el sueldo de medio mes en La Paloma Feliz, puse rumbo a la estación de carros de larga distancia.

Cuando llegué, había tanta gente que casi no se podía avanzar. Por lo

visto, solo circulaban los servicios mínimos debido a que había convocado una huelga de cocheros. Según oí comentar a otros pasajeros, el motivo del paro era la subida de precios del pienso para caballos. Sea como fuere, la cola para la taquilla era el doble de lo habitual. Me armé de paciencia y, después de esperar media hora, por fin llegó mi turno.

—Buenas noches. Quería un billete para Zafranillo Alto.

—¡Viajeros con destino a Huesca! —gritó un cochero—. ¡El carro está a punto de partir!

—Son las diez en punto, acabamos de cerrar la taquilla —me informó la taquillera—. Vas a tener que esperar a mañana.

—¡Viajeros con destino a Soria...! —se oyó gritar.

—¡Mañana! —exclamé—. Pero si no tengo donde pasar la noche.

Debí de darle pena a la taquillera, porque echó un vistazo a los horarios y me pasó un billete disimuladamente por la ventanilla.

—Hay un carro que está a punto de salir —me dijo en voz baja—. Mierda, ¡vienen los piquetes!

—¿Qué? —dije antes de ver a un grupo de personas que se acercaban a la taquilla con azadas.

—¡Dársena 11! ¡Corre! —gritó mientras bajaba a toda velocidad la persiana de la ventanilla.

Salí corriendo. Estaba tan nerviosa que no encontraba la dársena.

—¡Viajeros con destino a Zafranillo! —gritó el cochero—. Con paradas en Ávila, Toledo, Orense, Cuenca, Murcia...

—¡Mi carro!

Recorrí media estación a toda velocidad esquivando caballos, pasajeros y piquetes. Por fortuna, conseguí llegar justo antes de que el cochero emprendiera la marcha. Me senté en mi asiento e intenté ponerme cómoda. Tras un tedioso trayecto nocturno de once horas que se me hizo eterno, llegué a mi parada. Busqué con la mirada a mi madre, pero no estaba. Conociéndola, lo más seguro era que no le hubiera llegado mi mensaje. Tendría que ir a casa caminando, pero antes, como estaba hambrienta, entré en la tienda de alimentación para comprar algo. Todo seguía igual que la última vez que había estado allí. Después de examinar la sección de panadería, me decanté por un bollo de pan.

—Hola, Benito —saludé al dueño, que estaba en la caja.

—¿Ana? ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—No me quejo. Tu madre no me había dicho que ibas a venir al pueblo, ¿estás de vacaciones?

—Sí, más o menos.

Benito siempre se había caracterizado por ofrecer, sin cargo adicional, cotilleos tan frescos como sus hortalizas. Así que me apresuré a sacar la cartera para pagar antes de que me hiciera más preguntas.

—Lo siento, pero no aceptamos dinero desde hace meses —me comunicó—. Ahora solo trabajamos con trueque.

—¿Trueque? ¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. Tu madre siempre paga con vuestra ginebra.

Durante generaciones, mi familia había elaborado ginebra de forma artesanal, hasta que mi abuelo, que nunca tuvo buen ojo para los negocios, decidió poner fin a la tradición y abrir una tienda de electrodomésticos. Un año después comenzó la invasión zombi y el negocio se fue a pique. A mi madre no le quedó otro remedio que desempolvar el alambique de cobre y recuperar la receta de nuestros ancestros. Y la verdad es que no se le daba nada mal. Su ginebra era una de las más cotizadas de la comarca, incluso había quedado segunda en el último certamen de bebidas espirituosas de la provincia.

—Si quieres, lo cargo en su cuenta —me sugirió.

—Sí, por favor.

Tras despedirme de Benito, puse rumbo a casa de mi madre. Tenía tantas ganas de verla que hice el recorrido en un tiempo récord. En la portilla de nuestra propiedad seguía el mismo cartel descolorido que advertía a los desconocidos de que tuvieran cuidado con nuestro inexistente perro. Unos metros más allá, mi madre regaba unas lechugas en el huerto.

—¡Mamá! —la llamé nada más verla.

Al escuchar mi voz, mi madre levantó la mirada del suelo.

—¡Ana, hija! Pero ¿qué haces aquí? —dijo corriendo hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—He venido a hacerte una visita.

Nos abrazamos.

—No, en serio, ¿qué ha pasado? ¿Has discutido con tu novio?

—No tengo novio.

—¿Cómo es posible que no tengas novio?

—No sé, ¿porque no he encontrado a la persona adecuada?

—Hija, si yo hubiera esperado a la persona adecuada, tú no estarías aquí.

¿Por qué no me mandaste un mensaje? Te habría ido a buscar.

—Te lo mandé, pero ya veo que no ha llegado.

Mi madre resopló.

—Últimamente está habiendo retrasos con la mensajería en paloma. A los pueblos siempre mandan las más lentas. ¿Has comido algo?

—Un bollo. Benito lo ha puesto en tu cuenta.

—Anda, ve a cambiarte, que te voy a preparar una comida en condiciones.

Me pareció una gran idea, así que subí a mi habitación y me quité la ropa que apestaba a caballo. Después de darme una ducha rápida, busqué en la maleta algo que ponerme, pero resultó que la poca ropa que había logrado recuperar se encontraba en un estado lamentable. Me asomé a las escaleras que daban a la planta baja y busqué con la vista a mi madre.

—¿Me prestas algo de ropa? —le pregunté—. Es que los de la compañía de carros me han perdido una de las maletas —dije para no preocuparla contándole que unos zombis habían ocupado mi piso.

—Claro. Ponte lo que quieras.

Abrí el armario de mi madre y pillé lo primero que vi: un vestido de flores. Me lo puse y me miré en el espejo. Me quedaba tan grande que parecía que me había puesto una carpa de circo. Intenté mejorar mi aspecto poniéndome un cinturón, pero el resultado fue aún peor, porque entonces parecía salida de un videoclip de los ochenta. Dejé de perder el tiempo y fui a ayudar a mi madre, que estaba intentando encender la cocina de leña.

—¿Podrías traerme unos troncos del cobertizo? —me pidió—. Aquí no tengo suficientes.

—Ahora mismo voy.

Acababa de entrar en el pequeño cobertizo que teníamos en el jardín, cuando me pareció ver algo moverse detrás de la nevera en la que mi madre guardaba las herramientas.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, y me armé con lo primero que encontré—. ¡Ándate con ojo, que tengo un palo!

—¿Gg ggrr gggrr rrg? —gruñó un zombi mientras se incorporaba.

—¡Ahhhh! —grité del susto.

—¡Ghhhh! —gruñó el zombi dando dos pasos hacia atrás.

—¡Fuera de aquí! ¡Largo! —grité zarandeando el palo en el aire—. ¡Mira que no es un farol; como no te vayas, te atizo!

No había acabado de amenazarlo cuando aquel rostro zombi empezó a resultarme familiar.

—Juan Luis, ¿eres tú?

—Gr.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Grg r ggrgg ggrrr.

—Hace años que no nos vemos... ¿Tú también has vuelto al pueblo? Supongo que la cosa está mal para todos.

—Ggrg gr.

—Oye, me tengo que ir —dije mientras metía en un saco la leña que me había pedido mi madre—. Es mejor que tú también te vayas, que, como te vea mi madre, se va a armar una buena. Me alegro de haberte visto.

—G grgr rgg ggrrg.

—Pero ¿qué hago hablando con un zombi? Ni que pudieras entenderme.

Sabía que los zombis eran peligrosos, no era la primera vez que tenía que enfrentarme a uno, pero mi ex tenía cara de buena persona incluso después de haberse convertido en zombi. Aunque no me entendiera, me sabía mal irme sin decir nada, así que le dije adiós y me fui.

De regreso a la cocina, intenté olvidar el extraño suceso que acababa de tener lugar en el cobertizo. Por fortuna, durante la cena, mi madre me entretuvo poniéndome al día de todas las novedades del pueblo. La elección de Sara, la nueva y arisca vecina, como presidenta de la junta vecinal, el cierre del Museo del Traje, la reforma del mercado, la nueva biblioteca... Y, cómo no, la lista de vecinos que se habían convertido en zombis.

—¿Y tú qué me cuentas? —me preguntó—. Estoy hablando solo yo. ¿Qué novedades hay en tu vida?

—Lo mismo de siempre —respondí.

—Pues eso no es lo que dice tu horóscopo.

Mi madre se levantó por el periódico y se puso a leer la sección de astrología.

—«Este verano, los nacidos bajo el signo de Sagitario van a tener suerte en el amor gracias a la influencia de Marte. Estate atento a las flechas de Cupido y sigue tu instinto».

Me miró para ver mi reacción. Negué con la cabeza. Continuó leyendo.

—«Ten cuidado con la salud. Ya es hora de que dejes de cuidar de los demás y comiences a preocuparte de ti mismo» —leyó, y volvió a interrogarme con la mirada.

—Me encuentro bien de salud.

—«Se te van a presentar grandes retos a nivel profesional. No dejes pasar

las oportunidades. Confía en ti misma y no tires la toalla...».

—Me han despedido.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te han despedido? —preguntó con incredulidad—. ¿Y por qué?

—Reducción de plantilla o algo por el estilo. Dicen que el sector del ocio ha sido muy castigado por los ataques de los zombis.

—Vaya, cariño, lo siento. No te preocupes, ya encontrarás otra cosa. Tú, ahora, acaba de comer, que casi no has probado bocado. ¿No te ha gustado la comida? ¿Te preparo una menestra de verduras?

Sospechaba que iba a pasarme todo el día digiriendo los dos platos de acelgas, la tortilla de patatas y el flan. Era increíble lo que era capaz de hacer mi madre con los productos de su huerta y poco más. Incluso con todas las restricciones alimentarias sobrevenidas por culpa de los zombis, en casa de mi madre se comía mejor que en un restaurante de lujo.

Estaba exhausta, así que subí a mi habitación y caí rendida en la cama.

¡EL QUE FALTABA!

Cuando me desperté, tardé unos segundos en darme cuenta de dónde estaba. Había dormido del tirón hasta la mañana del día siguiente, algo que no era habitual en mí. Siempre me costaba mucho conciliar el sueño y más aún si estaba preocupada por algo.

Bajé en pijama a la cocina. Mi madre calentaba agua en una tetera.

—Buenos días, cariño —dijo al verme—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, la verdad. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía.

—Tendrías que haberme despertado.

—Necesitabas descansar. Siéntate, que te preparo el desayuno. ¿Te apetece mientras una infusión?

Le iba a decir que sí cuando llamaron a la puerta.

—Ya voy yo —dijo mi madre dirigiéndose a la entrada.

Desde la cocina vi cómo echaba un vistazo por la mirilla.

—¿Y este qué querrá? —se preguntó en voz alta—. ¡Guau, guau, guau!
¡Atrás, *Aquiles*, atrás!

Después de unos cuantos ladridos más, abrió la puerta.

—Buenos días —la saludó el joven repartidor del periódico local.

—Buenas. ¿A qué debo esta agradable sorpresa? —dijo mi madre, que, por el tono de la pregunta, ya debía de sospechar el motivo de la visita.

—Verá, es que hace dos meses que no me paga el periódico y bueno —dijo el chico tragando saliva—, mi madre dice que esto es un negocio y que no está bien que trabaje gratis.

—Vaya, pues para pagarme la ginebra no se da tanta prisa —repuso ella—. Espera aquí un momento.

Mi madre fue a la despensa a buscar algo con lo que pagarle y, a juzgar por lo rápido que volvió, debió de pillar lo primero que encontró.

—Toma, un queso. Quédate con el cambio.

—Soy intolerante a la lactosa —afirmó el repartidor.

Me sorprendió que el chico no cayera fulminado por la mirada que le echó mi madre.

—¡Qué paciencia! —refunfuñó ella poniendo rumbo al sótano.

Después de un minuto, regresó con un pan de masa madre.

—Esto salda nuestras deudas —afirmó mientras le hacía entrega de la hogaza—. ¿O también eres intolerante al gluten?

—No, que yo sepa. Gracias.

—A ti —dijo mi madre mientras cerraba la puerta y se volvía hacia mí—. Los jóvenes de hoy en día son unos desvergonzados. Hace dos meses bien que aceptó el queso, y mira tú por dónde, ahora el señorito no puede tomar lácteos.

En ese momento, se oyeron repicar las campanas del pueblo.

—¡Otra vez! —exclamó mi madre—. ¡Qué fastidio!

—¿Qué pasa?

—Han declarado el toque de queda.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Los del ayuntamiento han implantado un nuevo código de alertas zombis. Creo que tengo el folleto por alguna parte —dijo mientras rebuscaba entre unos papeles—. ¡Aquí está! Toma.

Comencé a leer el folleto:

«Normas para la seguridad ciudadana y la gestión de disturbios zombis en la comarca de Zafranillo.

Las campanadas avisan a la población de la presencia de zombis en la zona.

Una campanada indica que se ha detectado un grupo numeroso de zombis en el pueblo. Se recomienda extremar las precauciones y mantenerse alerta.

Dos campanadas informan de que se establece el toque de queda por disturbios zombis dentro del perímetro del pueblo. Se prohíbe realizar actividades al aire libre que puedan llamar la atención de los no vivos (barbacoas, *footing*, bailes regionales...).

Tres campanadas ponen fin al toque de queda...».

—Han sido dos campanadas —dijo mi madre, que se dirigió a la cocina para retirar la tetera, que ya estaba hirviendo.

—Si acaban de declarar el toque de queda, ¿no deberíamos comprobar que el repartidor tiene donde refugiarse?

—¡Qué exagerada! No le va a pasar nada. Además, acabo de verlo entrar en el jardín de la vecina. Ya no es de nuestra jurisprudencia.

Me asomé a la ventana para comprobar por mí misma dónde se encontraba el chico. Al final de la calle, una figura humana corría delante de un zombi.

—¿Has visto la oferta de empleo que te dejé anoche sobre tu mesita? —me preguntó mientras ponía unas rebanadas de pan en la sartén—. La de la funeraria. Es un trabajo muy bien pagado y está bien visto socialmente.

Mi madre, aunque intentara disimularlo, no se había tomado nada bien el tema del despido. En realidad, a ella no le importaba que trabajara o dejase de trabajar, ya que la empresa familiar de ginebra iba viento en popa. Lo que le

preocupaba era el aspecto amoroso. Según mi madre, una persona sin trabajo tenía menos opciones de encontrar pareja porque no estaban los tiempos como para mantener a nadie.

—Yo creo que ese empleo te ayudaría a crecer como persona —añadió.

Mi madre se refería a la siguiente oferta:

«ZafraniJobs. Se necesita maquillador/a para importante empresa funeraria. Requisitos: experiencia mínima no necesaria, incorporación inmediata, disponibilidad fines de semana y festivos. Descripción del empleo: maquillaje de difuntos. Jornada completa. Buscamos una persona positiva y con afán de superación que se identifique con los valores de nuestra empresa».

—Hija, estoy preocupada por ti. He leído en el periódico que los desempleados tienen un setenta por ciento más de posibilidades de ser mordidos por un zombi que la población activa y que la mitad de los parados se convierten en zombis durante los dos primeros años sin empleo.

Había que admitir que eran buenos eslóganes para conseguir el pleno empleo.

Iba a contestarle, cuando un zombi asomó la cabeza por la ventana de la cocina.

—¡El que faltaba! —exclamé.

—¿Lo conoces? —preguntó mi madre, sorprendida.

—Sí. Es Juan Luis, mi ex. El ingeniero de Minas.

Mi madre lo miró con renovado interés.

—¿El que se empeñó en que instalara dosificadores de agua en los grifos?

—El mismo —asentí—. Es que por aquel entonces estaba haciendo un máster de energías renovables. Siempre estuvo muy preocupado por la conservación del medioambiente.

—Está irreconocible. ¿Estás segura de que es él?

—Estuvimos saliendo seis meses...

—Era un buen partido, tenías que haberte casado con él —afirmó—. Voy por la escopeta.

La escopeta, que venía de regalo en un *pack* de cacao en polvo y era de fogeo, ahuyentaba a los zombis de forma muy eficaz. El reclamo publicitario había tenido tanto éxito que el lote de cacao se agotó la primera semana de salir a la venta.

—No creo que haga falta llegar a ese extremo —dije.

—¿Y eso? —preguntó extrañada.

—Es que no me parece que sea peligroso. No sé, yo lo veo igual que

antes.

La verdad es que, no sabría explicarlo, pero de zombi parecía aún más inofensivo que cuando estaba vivo.

—Mujer, igual, lo que se dice igual, no está —observó.

—Ayer me lo encontré en el cobertizo y ni siquiera intentó atacarme.

Mi madre me miró con cara de reproche.

—Sí, ya sé que te lo tendría que haber dicho, pero no quise preocuparte.

—Aun en el caso de que se trate de un extraño caso de zombi pacifista, no puede estar rondando por la casa. No me parece seguro. Además, ¿qué van a pensar los vecinos?

—Tienes razón —admití—. Ya me encargo yo de él.

Agarré una espumadera que había sobre la encimera y abrí la ventana con la intención de espantar a mi ex.

—Juan Luis, por lo que más quieras, tienes que irte —le dije mientras agitaba la espumadera de forma intimidatoria.

—¡Grrrgg gg ggrgr! —gruñó él.

—No me montes un numerito, que ya tengo bastante con mi... ¿Mamá? ¿Dónde te has metido?

—¡Hija! Ven, que te presento a Valentín —gritó mi madre desde la entrada.

Cerré la ventana a toda prisa para que el tal Valentín no descubriera a Juan Luis y me asomé con disimulo a la puerta. Mi madre mantenía una animada conversación con un joven corpulento, cuya talla de uniforme, claramente inferior a la que necesitaba, dejaba poco a la imaginación.

—Valentín ha venido a presentarse —dijo mi madre al verme—. Es el nuevo cartero. Como hay toque de queda, lo he invitado a quedarse.

Estaba claro que mi madre tenía un doble rasero en su política de gestión de invitados.

—Hola —lo saludé.

Valentín me sonrió con autosuficiencia.

—Hola, Ana.

¿Sabía mi nombre? Estaba claro que mi madre no perdía el tiempo. Apostaría a que también le había dicho que estaba soltera.

—¿Qué ha pasado con el otro cartero, Raúl? —preguntó mi madre.

—¡Una tragedia! Iba a entregar un paquete certificado en las afueras, y mientras esperaba a que le abrieran, ¡zas!, un zombi lo atacó. Los paquetes certificados son el verdugo de los carteros. La espera es el momento en el que

somos más vulnerables.

—¡Qué mala suerte! —exclamé.

—Y tanto. Raúl era el que organizaba los saraos. El gremio está muy afectado.

En ese momento, sonaron las tres campanadas que ponían fin al toque de queda. Valentín miró su reloj.

—Vaya, sí que es eficaz la brigada antizombis en este pueblo. No os molesto más. Ha sido un placer conoceros, chicas —dijo guiñándonos un ojo.

—Hasta mañana, Valentín —se despidió mi madre.

—¿Cómo que hasta mañana? —pregunté atónita mientras cerraba la puerta.

—Lo he invitado a cenar mañana.

—Pero ¿por qué has hecho eso?

—¿Tú has visto lo bueno que está? El próximo año me voy a presentar a las oposiciones de Correos.

CENA CON EL CARTERO CULTURISTA

Un solo día en el pueblo había servido para darme cuenta de que necesitaba un trabajo con urgencia, aunque solo fuera para escabullirme de las citas que, a buen seguro, iba a organizarme mi madre. Así que, al día siguiente, me puse manos a la obra.

Era más que evidente que la sala de espera de Funerarias Prosperidad había sido decorada mucho antes de la invasión zombi, probablemente, cientos de millones de años antes, allá por el Cretácico, momento en el cual las flores fósiles que ahora engalanaban los centros de mesa habrían servido de alimento al animal disecado que presidía la estancia. Después de esperar un buen rato, la puerta del despacho se abrió y apareció un hombre entrado en años y en kilos de aspecto bonachón.

—¿Ana?

—Sí, soy yo —dije levantándome del asiento.

—Yo soy Feliciano, el dueño. Pasa, por favor.

Nada más entrar, pude comprobar que aquel despacho también hacía las veces de almacén de ataúdes. Me dieron escalofríos. Entre la ausencia de ventanas y los féretros, era como estar en una cripta. Feliciano se sentó y después bebió un sorbo de la taza que había encima de su escritorio. Aproveché para darle el currículum que había estado actualizando y pasando a limpio la noche anterior.

—Perdona la tardanza, es que hemos tenido un problemilla con un muerto que al parecer no lo estaba tanto. Imagínate, se ha levantado durante su velatorio y se ha lanzado a por su suegra. La que se ha armado, no había forma de separarlos.

—¿Quería morderla?

—¡Qué va! Quería bailar. Habían sido los ganadores del campeonato regional de salsa durante dos años consecutivos. Ese zombi todavía conservaba el ritmo, hay que admitirlo.

—Ya veo. Y lo de que se levanten los muertos, ¿es algo que ocurra con frecuencia? —le pregunté interesada por la que en breve podría ser mi rutina diaria.

—No, en absoluto. Nunca más de dos veces por semana —dijo sin darle la menor importancia—. Ana, si te parece bien, voy a hacerte unas preguntas para saber si eres la persona adecuada para el puesto.

—Claro, me muero por comenzar —contesté.

—Humor negro —dijo sin poder disimular una sonrisa—. Me gusta. Lo

vas a necesitar. Veo que en tu currículum pone que tienes experiencia con los muertos al nivel de usuario, ¿a qué te refieres?

Quizá se me había ido un poco la mano hinchando mi currículum.

—Bueno, una vez enterré un pececillo.

El dueño de la funeraria debía de estar sopesando si estaba hablando en serio, porque tardó unos segundos en retomar la entrevista.

—Queremos contratar a alguien de forma indefinida. Alguien que quiera estar con nosotros durante mucho tiempo, con ganas de progresar y de crecer con nuestra empresa. ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

—Bueno...

—Me refiero a si crees que seguirás viva dentro de cinco años. El último empleado que contratamos, Ernestino, tenía un problema de corazón y claro, pasó lo que pasó.

—¿A qué se refiere?

—Pues que mientras le estaba empolvando la nariz a un difunto, el muerto estornudó y al chico le dio un ataque al corazón de la impresión.

—¡Qué horror!

—Sí, una tragedia. Además, al parecer, su espíritu no está en paz, y ahora su fantasma vaga por la funeraria. Sin ir más lejos, ayer se apareció durante un velatorio y no paró de incordiar en toda la tarde; que si abro el ataúd, que si cierro la ventana, que si apago las velas, que si les hago cosquillas a los asistentes... Imagínate que la familia me pidió la hoja de reclamaciones.

—Qué desgracia.

—Y que lo digas —afirmó al tiempo que sacaba un papel del escritorio—. Aun así, el negocio funerario es, por fortuna, un sector al alza en los tiempos que corren. Por eso estamos buscando una persona con un perfil polivalente que nos ayude a acceder a nuevos mercados.

—Comprendo.

—¿Sabes tocar el órgano?

—La verdad es que no.

—Qué lástima —dijo mientras anotaba algo en el papel—. ¿Tienes caballo en propiedad?

—Ahora mismo, no.

—¿Y carro?

—No, mi carro me lo robaron —bromeé.

Esta vez, Feliciano no se rio.

—Una pena, estábamos buscando a alguien con vehículo propio —dijo

recostándose en la silla—. ¿Sabes chino?

—No.

El dueño volvió a apuntar algo en la parte superior de la hoja.

—Ana, creo que ya tengo suficiente información. Si eres tan amable de esperar en la salita mientras entrevisto al otro candidato... ¡Ah!, y toma, unas tarjetas de la funeraria para que las repartas entre tus conocidos.

En las tarjetas se podía leer «Funerarias Prosperidad. El muerto, al hoyo, y el vivo, al bollo».

—Este mes tenemos una oferta especial de tres por dos en entierros. Por cada dos funerales que organices, el tercero te sale gratis. Hemos tenido que tirar los precios, porque hay mucho intrusismo profesional en el sector.

—Entiendo. Gracias por las tarjetas. ¿Quiere que cierre la puerta?

—No te preocupes, ya la cierra Ernestino.

Justo cuando me acababa de sentar en la sala de espera vi llegar al otro candidato. Venía en una reluciente carroza conducida por dos caballos. Me levanté y me dirigí a la salida. El candidato me abrió la puerta caballerosamente.

—Buenos días —me dijo.

—¡Vete al cuerno! —respondí, y me fui directa a casa.

Cuando llegué, me encontré a mi madre eligiendo el menú para la cena con el cartero culturista. A mí, solo de pensarlo, se me había quitado el hambre. Ella, en su afán por sorprender al invitado, había recuperado del trastero el *bestseller* culinario del momento, *¿Qué cocinar cuando atacan los zombis?*, un libro con más de cien recetas de platos caseros adaptados a las circunstancias actuales. Era la guía perfecta para deleitar al comensal más exigente.

La receta elegida fue topo con ortigas:

«Si quieres quedar realmente bien con tus invitados, vas a tener que poner toda la carne en el asador para sorprenderlos. La carne de topo no es algo que se coma todos los días. Gracias a que su hábitat está bajo tierra, los topos se han mantenido a salvo de los zombis y su número es todavía elevado. No escatimes en tiempo, ten paciencia, coloca las trampas y espera la llegada de tu momento de gloria. Un buen anfitrión se desvive por sus invitados, especialmente teniendo en cuenta que puede ser la última vez que los vea...».

Desafortunadamente, el cartero no se olvidó de la invitación y llegó puntual a la cita a tres. Bajo el brazo traía un bote de perdiz en escabeche que aseguró haber elaborado él mismo.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a degustar el menú.

—El topo está en su punto —dijo Valentín en cuanto lo probó—. Es lo mejor que he comido desde que aparecieron los zombis. La salsa está como caramelizada, es impresionante.

Por un despiste de mi madre, el topo se estuvo asando en la chimenea dos horas más de la cuenta. Estaba tan quemado que los tomates de la guarnición se habían desintegrado, convirtiéndose en la tan elogiada salsa caramelizada. Si aquello era lo mejor que había comido en estos últimos años, debía de haber pasado mucha hambre.

—Qué amable eres, Valentín. Es una receta familiar —mintió mi madre—. Si te ha gustado el primer plato, espera a probar el flan.

—Lo estoy deseando —contestó el cartero.

—Venga, me has convencido, voy por él —dijo mi madre.

—Pero si todavía no le has pegado ni un bocado al topo —dije para evitar quedarme a solas con Valentín.

—Tú tranquila —respondió ella guiñándome un ojo con complicidad.

Estaba claro que teníamos diferentes planes para el cartero. La seguí con la mirada mientras se alejaba, intentando devolverla a la mesa con el poder de mi mente, pero, como era de esperar, no pude.

El que estaba muy animado era Valentín, que desde que había llegado no había parado de poner poses extrañas para sacar músculo. ¿Se comportaría siempre así? Tal vez se tratase de un efecto secundario de los suplementos de proteínas.

—Qué bien hueles. ¿Qué perfume usas? —me preguntó Valentín.

—No llevo perfume. Será el topo.

Nuestro invitado no supo qué contestar, pero no se dio por vencido y probó a cambiar de tema.

—Aún no me has dicho a qué te dedicas.

—Estoy buscando trabajo —dije para salir del paso.

—¿Y en qué te gustaría trabajar?

—Me gustaría formar parte del equipo nacional de gimnasia rítmica.

—¿En serio? —me preguntó con extrañeza.

—No, era broma.

Se produjo un silencio incómodo. Estaba claro que el cartero no tenía el mismo sentido del humor absurdo que tenía yo. En aquel momento, se me pasó por la cabeza la posibilidad de huir por la puerta de atrás, pero, conociendo a mi madre, sería capaz de concertar otro encuentro. Así que pensé que era

mejor que Valentín notara por sí mismo mi desinterés.

—Voy a ver qué pasa con el postre —dije levantándome.

Aprovechando que Valentín había soltado los cubiertos, le retiré el plato, para ir aligerando. Al entrar en la cocina, vi a mi madre con la oreja pegada a la pared.

—Hija, tienes el sentido del humor de tu tía Asunción, qué desgracia.

—¿Estabas escuchando la conversación? ¿Cómo se te ocurre espiarme?

—Mi intención era echarte una mano, pero lo tuyo no tiene remedio. Cualquiera diría que no te interesa el cartero.

—No me digas —contesté con ironía—. Y exactamente, ¿en qué lo has notado?

—Pues en que no pones nada de tu parte. Por lo menos, podrías sonreír un poco, que es gratis.

Sobre la mesa de la cocina había un plato con restos de flan.

—¿Te has comido el postre? —pregunté.

—Es que cuando me aburro me entra el hambre.

Tomé la primera lata que encontré en la despensa y volví al salón. Mi madre, con una admirable falta de sigilo y de vergüenza, entró detrás de mí y se escondió detrás de las cortinas para no ser descubierta. Sorprendentemente, esta incursión pasó desapercibida para Valentín, que mataba el hambre mordisqueando un currusco de pan.

—Espero que te gusten los melocotones en almíbar —dije mientras me sentaba a la mesa.

Sin previo aviso, una silueta de lo más familiar apareció en la ventana.

—¡Juan Luis! —grité del susto.

Como el salón apestaba a chamuscado por culpa del topo, habíamos dejado las ventanas abiertas para disimular el olor. Mi ex aprovechó esta circunstancia para intentar entrar en casa. Al verlo, mi madre se abalanzó sobre él y ambos desaparecieron en la oscuridad de la noche. Por fortuna, Valentín estaba sentado de espaldas a la ventana y no vio nada.

—¿Juan Luis? —preguntó nuestro invitado, extrañado—. ¿Quién es Juan Luis?

Mi ex me había dado la coartada perfecta para deshacerme del cartero. Nunca me había alegrado tanto de verlo, ni siquiera cuando estaba vivo.

—¡Mi novio!

—¿Tienes novio? —preguntó con sorpresa.

—Bueno, en realidad es mi ex. Es que nunca cortamos del todo, es una

relación difícil de explicar. Mejor te vas ya, que como te vea aquí, va a armar un escándalo —dije al tiempo que me levantaba de la silla.

Valentín se levantó de mala gana, no daba crédito a que lo estuviera echando. Lo acompañé hasta la entrada y abrí la puerta.

—Pero... —comenzó a decir.

—Ni peros ni peras. Toma, llévatelos —dije dándole la lata de melocotones que todavía llevaba en la mano—. Gracias por venir.

En su cara se entreveía el desconcierto del guaperas al que rechazan por primera vez. Seguro que se le estaba pasando toda su vida por delante a modo de *flashback*. Le di su chaqueta y cerré la puerta.

—De la que me he librado —suspiré aliviada.

Mi madre entró por la puerta de atrás. Tenía restos de hojas y de hierba en el pelo y en la ropa.

—Pero ¿qué has hecho? —me preguntó visiblemente alterada—. Ha sido peor que cuando invitaste a un celiaco a sopas de pan. Te consigo una cita con el soltero de oro del pueblo y lo echas todo a perder. ¿Cómo puedes ser tan desagradecida? Pero ¿yo qué te he hecho?

Dejé a mi madre quejándose en voz alta en el salón y fui a buscar a mi ex.

—¿Juan Luis? —lo llamé.

—Grrrg gggrg —gruñó detrás de un arbusto.

—Toma —dije echándole el topo que no había acabado de comerse Valentín.

—Gggrrr —gruñó agradecido.

—¡Te debo una!

EXAMEN SORPRESA

—A alguien se le han vuelto a pegar las sábanas —se burló mi madre al verme entrar en el salón.

Miré de reojo el reloj de cuerda del pasillo. Eran las once y media.

—Tenemos que hacernos con un gallo —propuse mientras abría el periódico local que estaba sobre la mesa del comedor.

Hoy, la sección de ofertas de empleo era de lo más variopinto, pero hubo una que captó especialmente mi atención:

«ZafraniJobs. Se necesita censador de zombis. Requisitos: persona en buena forma física a la que no le importe trabajar al aire libre. Preferiblemente sin cargas familiares. Descripción del puesto: localización e identificación de zombis en la comarca de Zafranillo. Empresa colaboradora del Ministerio de Gestión de Zombis, Pesca y Agricultura. Se ofrece prima por objetivos. Seguro de vida incluido. Jornada completa».

—¿Alguna oferta interesante? —se interesó mi madre.

—Hay un puesto de censador de zombis que no tiene mala pinta.

—¿*Sexador* de zombis? —preguntó extrañada.

—Censador de zombis —la corregí.

—¿Qué narices es eso?

—Pues me imagino que se trata de capturar zombis y ponerles una identificación.

—¿Una identificación? ¿Y eso qué sentido tiene?

—No lo tengo claro. Supongo que para estudiar sus hábitos.

—Ya te digo yo cuáles son sus hábitos. Armar escándalo y hacer el vago.

Justo en ese instante oímos un gran estruendo en el jardín.

—¡Zombis! ¡Se van a enterar! Voy por la escopeta —dijo mi madre mientras se alejaba en dirección a su habitación.

Al mirar por la ventana, vi a Juan Luis entrar a todo correr en el cobertizo, tirando todo lo que encontraba a su paso. Iba a ver qué le pasaba cuando alguien aporreó la puerta de entrada como si la quisiera echar abajo. Miré por la mirilla. Una señora de unos cincuenta años esperaba con impaciencia en la entrada.

—Hola —dije al abrirle la puerta—. ¿Desea algo?

—¿Y tú quién eres? —me contestó con cara de pocos amigos.

—Soy Ana, la hija de Carmen. ¿La puedo ayudar en algo? —insistí, molesta por el tono de la pregunta.

—Soy Sara de Montemayor, presidenta de la junta de vecinos. Venía a

informaros de que el zombi mugroso que vive en vuestro cobertizo ha estado hurgando en mi basura —vociferó furiosa.

No supe qué contestar. Su comentario me pilló por sorpresa. ¿Cómo podía saber lo de Juan Luis?

—Hija, ¿cuántos son? —gritó mi madre desde el salón.

—No son zombis, mamá, es la presidenta de la junta de vecinos.

—¡No me fastidies! No le abras la puerta. Está loca de remate —dijo a voz en grito mientras se acercaba.

—Un segundo, Sara —dije entrecerrando la puerta de entrada—. Mamá, ¡que te está oyendo!

Mi madre abrió la puerta escopeta en mano, pero Sara ya había puesto rumbo a su casa.

—¡Como lo vuelva a ver, os denuncio por dar cobijo a un zombi! —gritó la vecina ya desde su jardín.

—¿Qué le pasa a esta? —preguntó mi madre—. Parece más malhumorada que de costumbre.

—Ni idea. Voy a ver si Juan Luis está bien —dije encaminándome al cobertizo.

—Pero ¿no quedamos en que te ibas a deshacer de él? No me gusta tener a tu ex rondando por aquí. Va a ahuyentar a todos tus pretendientes —protestó mi madre mientras me seguía por el jardín.

Cuando llegamos al patio trasero, mi ex salía sigilosamente de su escondite con una tomatera en cada mano. Teniendo en cuenta lo concienciado que había estado siempre por los temas del reciclaje y del medioambiente, no me extrañaba que los hubiera rescatado de la basura de la vecina. Después de comprobar que no había peligro, trajo una pala del cobertizo y se puso a hacer unos agujeros en el suelo.

—¿Está haciendo lo que creo que está haciendo? —pregunté atónita.

—¡Al lado del jazmín no, hombre! ¡Que no van a tener luz! —exclamó mi madre.

Juan Luis nos miró y un instante después se fue con la tomatera unos metros más allá, lejos de la sombra de otras plantas, donde retomó su trabajo.

—¡Mamá, que te ha entendido!

—Eso es imposible. Habrá sido casualidad.

—Pídele que haga otra cosa.

—Juan Luis, ¿te importaría meterte el dedo en la nariz? —le dijo.

Ante nuestro asombro, Juan Luis se llevó el dedo a la nariz.

—A lo mejor solo entiende órdenes sencillas. Tenemos que ponérselo más difícil —sugirió mi madre—. Juan Luis, atento. Si un coche sale de Zafranillo del Valle a veinte kilómetros por hora en dirección a Brezales del Puerto, ¿cuánto tiempo tardará en llegar a su destino?

Mi ex dejó su labor y entró en el cobertizo.

—¿Ves como ha sido casualidad? —dijo mi madre—. Será algún tipo de acto reflejo de cuando estaba vivo. Como cuando te golpean en la rodilla.

Al poco rato, Juan Luis regresó con un papel en la mano. En una letra desigual y casi ilegible había escrito «Ya no hay coches». Nos quedamos boquiabiertas. Mi ex no solo comprendía lo que decíamos, sino que también podía escribir.

Nuestro asombroso descubrimiento planteaba una importante incógnita:

—¿Nos entendéis todos o eres una especie de superdotado zombi? —le pregunté.

—Grg r rrgg —gruñó encogiéndose de hombros.

Estaba claro que Juan Luis no se había relacionado mucho con otros zombis, lo cual resultaba entendible, teniendo en cuenta que la mayoría de ellos eran un pelín agresivos.

—Tenemos que hacer algo —sugirió mi madre.

—¿A qué te refieres?

—No nos vamos a quedar con la duda. Si los zombis nos entienden, yo quiero saberlo.

—¿Y qué propones?

—Tengo una idea.

Mi madre trajo las judías verdes que estaba cocinando para el almuerzo y las colocó encima de la mesa del jardín. Durante un buen rato, estuvimos esperando escondidas detrás de unos maceteros a que algún zombi cayera en nuestra trampa, pero su guiso no despertó mucho interés entre los no vivos.

—Descuida, que cuando los necesitas para algo, no les ves el pelo —se quejó mi madre.

—Ten un poco de paciencia.

Media hora después, nos entró el hambre y nos comimos las judías mientras vigilábamos la perdiz en escabeche, cortesía de Valentín, que habíamos puesto en su lugar. Estábamos tan cómodas tumbadas al sol en el césped que, cuando por fin apareció nuestro conejillo de Indias, mi madre se había quedado dormida. Tuve que zarandearla para que se despertara.

—¿Qué pasa? —me preguntó desorientada.

—Ha picado uno —le dije en voz baja mientras señalaba a nuestro invitado con el dedo.

El zombi, que se había sentado cómodamente en la silla, le pegó un mordisco a la perdiz. Era el momento de entrar en escena.

—¡Que aproveche! —le dijo mi madre.

El zombi se llevó un susto de muerte. Cuando se recuperó de la impresión, intentó salir huyendo, pero no pudo porque habíamos echado pegamento instantáneo en la silla que, a su vez, estaba fijada al suelo.

—No te asustes. Te prometo que no te vamos a hacer nada malo —le aseguré—. Solo queremos hacerte unas pruebas. Va a ser solo un momento y el examen es completamente anónimo.

El zombi, que seguía intentando liberarse, nos miró con desconfianza, lo que era más que comprensible.

—La recompensa por participar es esta deliciosa perdiz en escabeche que ya has empezado a degustar —le contó mi madre—. Un manjar a la altura de los paladares más exigentes.

—¿Qué me dices? ¿Quieres seguir adelante con esto? —le pregunté.

El zombi asintió con la cabeza, dando su consentimiento. Era evidente que nos entendía. Ahora íbamos a comprobar hasta qué punto era inteligente.

—Tienes quince minutos para contestar todos los apartados —le expliqué mientras le entregaba un test de inteligencia que había rescatado de mis días de instituto—. Tu tiempo comienza ¡ya!

Sin perder un segundo, el zombi agarró el lápiz que habíamos puesto sobre la mesa para que rodeara las respuestas correctas. Una vez agotado el tiempo, nos entregó el test.

—Gracias por participar. Ha sido un placer. Puedes irte cuando quieras —le indiqué.

—Toma, no te olvides tu recompensa. Te la has ganado —añadió mi madre al tiempo que le acercaba el plato.

El zombi se levantó de la silla con facilidad. Hacía rato que todos nos habíamos dado cuenta de que el pegamento había dejado de surtir efecto, pero nos lo estábamos pasando tan bien que nadie quiso decir nada.

—¿Te lo envuelvo para llevar? —le ofreció mi madre.

—Grg, gggrrr —negó el zombi con la cabeza.

En cuanto se fue, cotejamos sus respuestas con las de la plantilla. Su cociente intelectual era de ciento ocho o, dicho de otra forma, su inteligencia era igual que la del humano medio.

EL GNOMO DE MILO

Esa mañana, cuando bajé a desayunar, me encontré a Juan Luis intentando encender la cocina de leña con el periódico. Mi madre había accedido, aunque a regañadientes, a que se quedara con nosotras hasta que le encontrara otro lugar donde vivir.

Iba a pedirle a mi ex que en el futuro no usase la sección de empleos para avivar el fuego, pero no fue necesario. No sé en qué momento se había enterado de que estaba en paro, pero el caso es que había tenido el detalle de separar una oferta de trabajo de lo más interesante:

«ZafraniJobs. Se busca *project manager* para el área de *Business Improvement* en una empresa del sector del *Mindfulness*. Requisitos: persona con don de gentes y *open-minded*. Imprescindible buenas habilidades comunicativas. Media jornada. Incorporación inmediata. Salario a convenir. Preguntar por Berto».

—¿Tú crees que tengo posibilidades? —le pregunté.

—G rrrg gg gr —gruñó mientras asentía con la cabeza.

—Supongo que no pierdo nada por intentarlo.

Avisé a mi madre de mis intenciones, me bebí de un trago un café con leche, preparé una tostada para comérmela por el camino y salí de casa camino de la calle Las Alabardas, número cuatro, para solicitar el puesto.

He de confesar que, al llegar a la dirección, se me pasó por la cabeza dar media vuelta. La casa, por llamarla de alguna manera, era en extremo pintoresca. Construida en madera, estaba cubierta casi en su totalidad por plantas trepadoras. Varias palomas picoteaban la densa capa de musgo bajo la que se intuía la existencia de un tejado y en la terraza había un número alarmante de gnomos de jardín. La portezuela de aquella especie de cabaña estaba abierta de par en par, y pese a la inquietud que me producía la posibilidad de encontrarme algún tipo de ser mitológico en su interior, reuní el valor necesario para entrar.

—¿Hola? —dije avisando de mi presencia.

En medio del salón, un hombre meditaba en la postura del loto. Llevaba un chaleco de punto sin mangas y unas mallas con un estampado de flores de lo más llamativo. El extraño personaje abrió los ojos y se me quedó mirando fijamente.

—Hola, venía por lo del trabajo. ¿Es usted Berto? —pregunté.

—Sí, ese es mi nombre en esta dimensión. Pero, por favor, tutéame —contestó con voz pausada—. ¿Y tú eres...?

Me dieron ganas de darle un nombre falso.

—Me llamo Ana.

—¡Qué alegría que estés aquí! Entra y cierra la puerta.

Así lo hice.

—Eres la primera que viene a solicitar el trabajo. Bueno, no es exactamente un trabajo, a mí me gusta más verlo como un proceso asistido de enriquecimiento personal.

—¿En qué consiste el puesto? —le pregunté—. No venía especificado en la oferta.

—Serías mi ayudante en las clases que imparto de *mindfulness* 2.0. Se trata de meditación consciente adaptada al contexto actual; lo he llamado *zombifulness*.

Aunque no entendía de lo que me estaba hablando, asentí con la cabeza.

—Somos una pequeña gran familia —prosiguió—, y por eso me gusta dar un trato personalizado a mis alumnos a través de clases *one to one*, o en el peor de los casos, *two to one*. ¿Me sigues?

—Sí, claro. *One to one*...

—Me gustaría que lo vieras como una oportunidad de aprendizaje bidireccional a nivel cósmico. ¿Tienes experiencia en el sector?

—La verdad es que no —contesté, sin tener demasiado claro a qué sector se refería—. ¿Quieres ver mi currículum?

A Berto debió de hacerle gracia mi pregunta, porque se le escapó una carcajada.

—El único currículum que vale está aquí dentro —dijo señalándose la cabeza con el dedo índice—. Algunos de mis mejores ayudantes habían estudiado Ingeniería Naval. El talento es caprichoso y a veces te lo encuentras en quien menos te lo esperas.

Después de decir estas palabras, Berto se acercó a la ventana y guardó silencio; parecía pensativo. Aproveché la oportunidad para echar un vistazo a mi alrededor. De entre todas las rarezas que plagaban el salón, me llamaron especialmente la atención unas esculturas de zombis en diferentes poses.

—Hermoso, ¿verdad? —preguntó Berto, que me había pillado in fraganti mirando una horrenda escultura de un zombi vestido con traje de baño.

—Es... No tengo palabras —le dije, y realmente no las tenía.

—Lo sé. A mí también me conmueve. Representa la levedad del ser.

«Pues te tienes que haber quedado a gusto», pensé para mis adentros.

—Ana, la fuerza es muy poderosa en ti. Me recuerdas a mí cuando empecé

en el mundo de la meditación. Si aprendes a controlar tu energía, te espera un futuro muy prometedor en el mundo del *zombifulness*. Si quieres, el puesto es tuyo.

—Estoy deseando empezar —contesté.

Berto no cabía en sí de gozo. Se acercó y me dio un abrazo largo e incómodo. Cuando me liberó, se apresuró a sacar un libro de la estantería.

—El camino hacia la sabiduría es el camino hacia la armonía, y la armonía se alcanza a través de la disciplina —dijo al tiempo que me ofrecía el libro—. Léetelo en cuanto puedas.

En la cubierta se podía leer: *Zombifulness. Berto Rija. Manual para hallar la paz interior durante la invasión zombi. 3.ª edición*. Pero lo más interesante estaba en la contracubierta:

«Berto Rija estudió Ingeniería Agrogónica, Bellas Artes y medicina oriental. Antes de conseguir la fama como maestro *zombifulness*, obtuvo gran renombre en el mundo de la escultura gracias a obras como *El Gnomo de Milo* y *Discóbolo gnomo*. Su carrera literaria se inicia con su libro de juventud *Descubre el zombi que hay en ti*. Años después, publica su obra maestra *Piensa como un genio, muere como un zombi*, que se convierte rápidamente en un *bestseller*, valiéndole un merecido reconocimiento mundial de crítica y público. Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas».

—Te espero pasado mañana a las nueve —me informó.

—Vale, aquí estaré.

—Casi se me olvida —añadió mientras sacaba un papel de uno de los bolsillos de su chaleco—. Toma, una octavilla del curso.

En el papel ponía lo siguiente: «Curso *zombifulness*. Respeta a los zombis para respetarte a ti mismo. 10 horas. Convalidable por 2,5 créditos de libre elección. Cuenta como mérito en las oposiciones para funcionario público. Horarios. De lunes a jueves. 09:00-10:00 h. *Zombifulness*. 11:00-12:00 h. *Zombi indoor*. 12:00-13:00 h. *Zombi zumba*. 13:00-14:00 h. *Zombifulness* de mantenimiento. De viernes a domingo. 11:00-12:00 h. *Zombifulness*. 12:00-13:00 h. Meditación».

Estaba a punto de irme cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Alberto Rija! Sé que estás ahí. Abre de una vez.

Era la voz de Sara. Al parecer, mi madre y yo no éramos las únicas que sufríamos la ira de la vecina.

—Mejor sales por la puerta de atrás —murmuró Berto con cara de susto—. Es que tengo ciertas desavenencias con la presidenta de la junta de

vecinos. Nada serio.

—A nosotras tampoco nos tiene en mucha estima.

—¿Nosotras?

—Vivo con mi madre.

—¡Qué bien! Que venga a una clase de *zombifulness* si le apetece.

—¡Ahí tienes tus multas! —gritó Sara pasando unos papeles por debajo de la puerta—. Una por atentar contra la salud pública por tener una casa putrefacta que atrae a las alimañas y otra por poner en peligro la integridad de los vecinos por alimentar a los zombis.

—Sara tiene su energía bloqueada, su alma está intranquila —afirmó Berto mientras me conducía a la puerta de atrás—. El otro día intenté razonar con ella, hablar de su problema. Incluso le ofrecí venir a alguno de mis cursos. ¿Te puedes creer que me tiró un bollo de leche a la cabeza?

—¿Y qué hiciste?

—Guardar el bollo, no me gusta tirar comida. ¿Lo quieres? Yo no puedo comerlo, soy crudivegano.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—Me alegra saberlo. El desayuno es la comida más importante del día —dijo al tiempo que me abría la puerta. Nada más hacerlo, comenzó a estornudar y su cara se puso roja como un tomate—. ¡Otra vez se ha escapado el caballo de los vecinos! —se quejó señalando al animal que pastaba tranquilamente en su jardín.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. ¡Achís! Es que tengo SHE, el síndrome de hipersensibilidad equina... ¡Achís!

—Vaya, lo siento —musité sin atreverme a preguntar qué era eso.

—¡Achís! Le tengo alergia a burros, caballos y ponis, en ese orden —me aclaró mientras sacaba un bote del bolsillo del pantalón.

Entre estornudo y estornudo, se tomó dos pastillas.

—¿Son para la alergia? —quise saber.

—No, estas son para mi trastorno bipolar —explicó, y acto seguido me dio otro abrazo—. Hasta pronto, Ana, y, si no es mucho pedir, ¿te importaría sacar al caballo del jardín? Es que si me acerco mucho me va a salir sarpullido.

—Cómo no.

Después de hacerle aspavientos al animal para que saliera de la propiedad de mi nuevo jefe, puse rumbo a casa preguntándome si habría hecho bien en

aceptar el trabajo. Más aún cuando no tenía muy claro en qué consistía. Tendría que esperar para salir de dudas.

No llevaba más de cinco minutos caminando cuando al final de la calle apareció Valentín. Lo último que me apetecía era entablar una conversación con el cartero culturista, así que me di la vuelta disimuladamente y volví sobre mis pasos con la esperanza de que no me hubiera visto.

—¡Ana! —gritó Valentín.

Presa del pánico, giré a la izquierda en el primer desvío con la intención de despistarlo, pero de nada sirvió.

—¡Ana! —insistió.

Sin pensármelo dos veces, salté la verja que tenía más cerca y me oculté detrás de una mata de hortensias. Esperé en mi escondrijo sin mover ni un solo dedo a que Valentín continuara su camino. Una vez pasado el peligro, me disponía a saltar de nuevo la verja cuando un ronquido de una intensidad considerable llamó mi atención. Al volverme, me di cuenta de que, no muy lejos de donde me encontraba, una señora mayor dormía plácidamente en una tumbona.

—¡Vaya ronquidos! —exclamé en voz alta sin darme cuenta.

—Es mi abuela y, por cierto, esto es una casa particular —comentó una voz a mi derecha.

Asomé la cabeza por entre las hortensias para ver quién se dirigía a mí. Un hombre de unos treinta años que estaba tendiendo la ropa me miró con curiosidad. Supuse que esperaba algún tipo de explicación, lo que por otra parte era lógico, dadas las circunstancias.

—Yo... Estaba buscando a mi perro. Se llama *Fufi* —traté de excusarme mientras salía del arbusto—. ¿No lo habrás visto, por casualidad?

—¿*Fufi*? —inquirió con expresión seria—. ¿Y de qué raza dices que es?

—Es... un... dogo.

—Ya. ¿Sabes que el allanamiento de morada es un delito?

—Vaya, ¿qué eres, abogado? —pregunté con ironía.

—En realidad, soy policía —respondió.

Se me quitó la tontería de golpe. Algo me decía que no estaba bromeando. Para rematar la situación, vi que Valentín se acercaba hacia la entrada de mi adusto anfitrión para entregar el correo. Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. El policía debió de percatarse de mi situación y, en un acto de compasión, me tiró encima la sábana que sostenía en las manos justo antes de ser descubierta.

—Hola, Álex —saludó el cartero.
—Buenos días, Valentín. ¿Mucho trabajo?
—Como siempre, no me quejo.
—¿No me traerás más facturas?
—Creo que esta es la factura del gas.

Los dos se rieron. Los chistes sobre la falta de recursos energéticos estaban muy de moda.

—¿Qué es eso? —curioseó el cartero.
—Es... una escultura... Quiero dar un toque francés al jardín.
—Te entiendo, en estos tiempos hay que mantenerse entretenido con lo que sea. Pues nada, sigo con lo mío.

—Que pases un buen día —se despidió Álex.
—Igualmente.

Cuando oí el sonido de la portilla cerrándose, me liberé de la sábana. Valentín seguía su ruta calle adelante. El tal Álex se acercó.

—Pensaba que ninguna mujer podía resistirse a los encantos de Valentín —bromeó.

—Y yo pensaba que los policías no mentían. Creo que, salvo que me vayas a detener, me voy a ir a mi casa —contesté mientras le devolvía la sábana—. Vas a tener que buscar otra estatua para el jardín francés.

—Te has librado porque no estoy de servicio —afirmó Álex sonriente—. Pero si vas a colarte en una propiedad ajena, deberías tener más cuidado, no vaya a ser que te confundan con una zombi.

—¿Estás insinuando que parezco una zombi?

—¡No! En absoluto —el policía se puso nervioso, no sabía qué decir—. Eres mucho más guapa que una zombi...

—Es el peor piropo que he oído en mi vida —confesé sin poder evitar sonreír—. No te preocupes, ya sé lo que querías decir y te informo de que por hoy no tengo pensado saltar más verjas, pero gracias por el consejo, de todas formas.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Ana —le dije dirigiéndome hacia la portilla—. ¡Espera! ¿No será un truco para ficharme?

Sonrió.

—Ya te he dicho que hoy no estoy de servicio.

—Debe de ser mi día de suerte. Bueno, adiós —me despedí y, sin más, emprendí la vuelta a casa.

Estaba deseando darle la buena noticia a mi madre. Por la mañana, antes de salir de casa, cuando creía que no la veía, había metido en mi bolso su búho de la suerte y un tentempié por si me entraba el hambre.

—¡Qué pronto has vuelto! —exclamó al verme—. No te han dado el trabajo. Lo sabía, tenía una mala corazonada, las madres notamos esas cosas. Bueno, hija, no te preocupes, ya encontrarás otra cosa. Además, ese trabajo era una mierda y estaba mal pagado...

—Empiezo pasado mañana a las nueve.

—¡Sabía que te iban a dar el trabajo! ¡Enhorabuena! —me felicitó, dándome un abrazo—. ¡Vamos a festejarlo ahora mismo! En Don Calamar tienen unas tapas que quitan el sentido.

—No sé si debería, mi jefe me ha dado un libro escrito por él para que me lo lea.

—¡No me seas aguafiestas! Ya te lo leerás luego. Ahora toca celebrarlo con tu madre.

—Bueno, vale. Pero solo un rato.

Estaba tan contenta que no fui capaz de decirle que no. Aunque la dicha nos duró poco, justo hasta que abrimos la puerta de casa y vimos que encima del felpudo había una octavilla publicitaria de la lechería de la vecina.

—Mira, ha dibujado una vaca —dijo mi madre mientras la recogía—. Hay que ver cómo cuida los detalles la vecina. Espera un momento, ¿le ha puesto mi cara a la vaca? —preguntó ofreciéndome el papel para que lo comprobase.

—Sí que os dais un parecido —admití.

Cuando mi madre, visiblemente enfadada, me arrebató el papel de las manos, me percaté de que, por detrás, la vecina nos había escrito un mensaje:

«Vuestro zombi sarnoso ha vuelto a entrar en mi finca. No os molestéis en buscarlo. Avisé a la policía y se lo han llevado. Sara. PD. Recordad que, toda esta semana, con cada litro de leche que compréis, participáis en el sorteo de diez quesos frescos».

—¡No me lo puedo creer! ¡Lo que faltaba! —exclamé furiosa—. ¿Cómo puede ser tan despiadada?

—Pero si la acabas de conocer, no sabes cómo se las gasta esa mujer. De todas formas, hay que admitir que, en este caso, ella no sabe de tu extraña amistad con Juan Luis.

—¿Por qué la defiendes?

—Hija, él se lo ha buscado. ¿A quién se le ocurre provocar a la vecina con lo chiflada que está? Además, Juan Luis ya es mayorcito y bastante

tenemos nosotras con lo nuestro como para preocuparnos de los problemas de los demás.

—Supongo que eso era lo que tenía que haberte dicho él cuando le mandabas traerte centollo de Asturias, o cuando le pedías que te hiciera la declaración de la renta, o cuando lo usabas de perchero humano cuando ibas de compras...

—Vale, vale. No hace falta que sigas, ya me habías convencido con lo del centollo. De todas formas, creo que lo mejor sería que avisáramos a su familia y que se encarguen ellos del asunto.

Aunque no me gustase admitirlo, tenía razón. No estaba precisamente bien visto simpatizar con los zombis, y menos si ni siquiera eran de la familia.

—Sus padres viven en las afueras del pueblo —recordé—. Si nos damos prisa, nos da tiempo a ir y volver antes de que anochezca.

—Pues ya podemos darnos prisa, porque hoy hay luna llena y ya sabes cómo se ponen los zombis de pesaditos. Voy por el bolso y nos vamos.

Tardamos algo más de media hora en llegar hasta el barrio donde se había criado Juan Luis. Aquel chalet ya no tenía la elegancia de antaño. En el tejado comenzaban a crecer las malas hierbas, el césped estaba sin segar y los muebles del jardín estaban cubiertos por una capa verdosa de aspecto mucilaginoso. Sin embargo, aunque el inmueble parecía abandonado, se oía bastante bullicio en el interior de la casa, así que llamamos a la puerta.

—¿Han venido a la subasta? —dijo una voz detrás de nosotras.

Mi madre y yo pegamos un salto del susto. Al volvernos, vimos a un hombre corpulento que sujetaba un palo de manera intimidatoria. En ese momento, la puerta se abrió y una mujer salió de la casa llevando consigo una lámpara de salón.

—Lote veintinueve —dijo una voz en el interior del chalet—. Juego de platos de porcelana. Precio de salida, dos docenas de huevos. ¿He oído tres docenas?

—¿Y usted quién es? —le pregunté al hombre aun a riesgo de llevarme un palo.

—¿Son ustedes las dueñas de la casa? —preguntó.

—No.

—El dueño de la casa —aseguró.

—¿Dónde está la familia que vivía antes aquí?

—No lo sé. Cuando llegamos ya no había nadie. En los tiempos que corren...

—¿Hace cuánto que viven aquí? —insistí, aunque no parecía que le fuese a sacar mucha información a aquel tipo.

—Un mes escaso —respondió con desgana—. Si no vienen a comprar nada, les voy a tener que pedir que se vayan, si son tan amables.

—¡Muy buenos los aperitivos! Gracias por todo —dijo un joven saliendo del chalet con una docena de platos.

—Gracias a usted. Hasta pronto —le contestó el hombre del palo.

—¿Qué tipo de mercancía tienen? —se interesó mi madre, que no quería perderse la ocasión de merendar gratis.

—¿Tienen algo para canjear? —preguntó el hombre con desconfianza.

—Tenemos un salchichón —contestó mi madre con cara de póker.

—En realidad, nosotras ya nos íbamos —me apresuré a decir antes de que mi madre nos metiera en un lío.

—Bueno, hija, si quieren darnos de merendar, no hacen daño a nadie —me susurró al oído.

—Acabamos de hacer *hummus* —nos informó el hombre, que se había dado cuenta de de qué pie cojeaba mi madre.

—¿*Hummus*? —preguntó ella con cara de disgusto.

—Sí, es un cáterin vegano.

—Pensándolo mejor, nos vamos, que se nos va a hacer de noche —dijo ella.

Una pasta de garbanzos no era suficiente aliciente para que mi madre se quedara, así que emprendimos el regreso a casa sin más demora.

—Pobre Juan Luis, somos lo único que le queda. Por eso vagabundea por nuestra casa todo el día. Tenemos que ir por él —propuse.

—Primero estaría bien saber dónde está. Además, no creo que la Policía nos lo vaya a entregar tan alegremente —repuso mi madre.

—¡Eso es! —exclamé—. ¡Álex!

—¿Quién es Álex? —preguntó con interés mi madre.

—Es un chico que acabo de conocer.

Mi madre se paró en seco.

—¿Tienes novio? Hija, cógeme, que me desmayo.

—Mamá, no me escuchas cuando hablo. Lo acabo de conocer, solo sé que se llama Álex, que es policía y que vive con su abuela.

—¿Te ha presentado ya a su familia? ¿No os estaréis precipitando?

—Planeta Tierra llamando a Carmen. Lo he visto una vez y lo conozco desde hace medio día.

—Vale —replicó enojada—. Si no me quieres contar tu vida sentimental, lo comprendo. ¿Quién soy yo, que te he dado la vida, para meterme en tus asuntos?

—Mañana te lo presento —dije para darle el gusto—. Pero borra esa sonrisa de tu cara antes de que me arrepienta.

EL ANTIARRUGAS SKYLINE

Al día siguiente nos levantamos temprano para ir a comisaría. Una vez allí, como no sabía en qué unidad trabajaba Álex, tuvimos que recorrer todos los pisos en su busca. Finalmente, lo encontramos en la tercera planta, en la brigada antizombis. Mejor, imposible. Desde el umbral de la puerta le indiqué a mi madre discretamente quién era nuestro objetivo.

—Ahí está —le dije.

—Pero ¡qué feo es! ¡Parece un zombi! —exclamó—. En fin, qué le vamos a hacer, supongo que es mejor tener nietos feos que no tener nietos.

Aunque sobre gustos no hay nada escrito, no me parecía que Álex fuera precisamente feo.

—Es el que está sentado en el escritorio —precisé.

Mi madre suspiró aliviada. Su expresión cambió por completo.

—¡Esa es mi niña! ¡Choca esos cinco! —dijo levantando la mano en el aire.

Empezaba a arrepentirme de haberla llevado a la comisaría.

—Está más bueno que Valentín —añadió sin dejar de mirarlo—. Y hay que ver cómo le sienta el uniforme...

Empecé a preocuparme cuando me di cuenta de que había dejado de pestañear. Tuve que pasar la mano varias veces por delante de su cara para que me prestase atención.

—Vale, vamos a hacer lo siguiente —le dije—: nos hacemos las encontradizas y le decimos que venimos a pagar una multa de tráfico que te han puesto por saltarte un *stop* con el carro. ¿De acuerdo? Cíñete al plan. Nada de improvisar, que ya nos conocemos.

—¡Que sí! Me han puesto una multa de tráfico, bla, bla, bla... Venga, vamos, que me muero por conocerlo.

Mamá tomó la delantera sin previo aviso. Cuando entramos en la oficina, Álex levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron.

—¿Ana? —preguntó sorprendido.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre fingiendo sorpresa—. ¡Qué casualidad! El mundo es un pañuelo. Soy Carmen, la madre de Ana. Encantada.

—Igualmente —dijo Álex un poco aturdido por la cantidad de información que acababa de recibir—. ¿Qué os trae por aquí? ¿Habéis tenido algún problema con un zombi?

—¡Qué va! Veníamos a poner una denuncia. ¡Nos han robado! —afirmó mi

madre ajustándose al plan.

—Cuánto lo siento. ¿Vosotras estáis bien? —se interesó.

—Sí, no ha sido nada —me apresuré a decir para quitarle hierro al asunto—. Solo nos han robado un... acordeón.

Podía haberle dicho mil cosas y lo único que se me vino a la cabeza en ese momento fue un ridículo acordeón.

—Y las joyas de la familia —añadió mi madre—. Tenían mucho valor, no solo sentimental, tú ya me entiendes. Collares de oro macizo, anillos con unos pedruscos engarzados del tamaño de huevos y una tiara. Mi abuela era de la nobleza.

Mi madre empezaba a desvariar y, como siguiera dando datos absurdos, el policía nos iba a pillar en nuestra mentira.

—Mamá, ¿no es ese el sobrino de la Paqui? —se me ocurrió decir, señalando a un chico que estaba en el otro extremo de la oficina.

—Lo dudo bastante —respondió entornando los ojos mientras examinaba al susodicho—, no recuerdo que el sobrino de la Paqui fuera rubio platino.

—Es que en la oficina hay poca luz. Acércate un poco más, ya verás como es él. No te olvides de darle recuerdos de mi parte.

—Si insistes, pero ya te digo yo que no es.

Aproveché que mi madre se había ido para disculparme con Álex por el incidente en su casa.

—Quería pedirte perdón por lo del otro día —le dije.

—No te preocupes, me pasa mucho.

—¿En serio?

—La verdad es que no —sonrió—. ¿Quieres sentarte?

—No, gracias. Tenemos un poco de prisa.

Al otro lado de la oficina, mi madre charlaba animosamente con un policía.

—Igual te pillo en mal momento —dije señalando al zombi que estaba esposado a una silla en frente de su escritorio.

—En absoluto. Hoy casi no tenemos trabajo. Tendrías que ver cómo se pone esto los sábados por la noche.

El zombi, que tenía cara de estar aburriéndose, se puso a grapar unos papeles que estaban sobre la mesa con la mano que tenía libre.

—¿Y qué hacéis con los zombis que capturáis? —pregunté intentando sonsacarle el paradero de mi ex.

—Grgrrrrgr rg rgrrrgr —gruñó el zombi con desgana.

—Primero los traemos aquí para hacer el papeleo y luego los trasladamos a la cárcel de zombis.

Mis peores temores se confirmaron.

—Vaya. ¿Y ahora mismo tenéis más zombis en el edificio? —pregunté para asegurarme.

—Solo nos queda este —dijo refiriéndose al esposado—. Intentamos que estén el menor tiempo posible en nuestros calabozos.

El zombi alcanzó un sacapuntas y comenzó a afilar unos lapiceros.

—Bueno, Álex, te estoy entreteniendo. Hacerle perder el tiempo a un agente de la ley debería ser delito —bromeé—. ¡Mamá, nos vamos!

A estas alturas, mi madre echaba un pulso con uno de los policías. El resto de los agentes habían hecho un corro a su alrededor.

—¡Un segundo! —gritó en pleno duelo—. ¡Estoy a punto de batir al campeón de la comisaría!

—Tu madre derrocha energía —apreció Álex.

—Es que come muchas espinacas.

Álex me miró y sonrió.

—Tienes sentido del humor —dijo.

—Depende del día.

—¡Ja! ¡Gané! —se oyó gritar a mi madre.

El zombi bebió un sorbo del café que había sobre la mesa.

—¡Gg rrgrrgr! Grgggrrg grrgr.

Mi madre llegó hasta nosotros enseñándome una especie de taza trofeo.

—Mira lo que me han dado. Tengo que venir la semana que viene para las semifinales.

—Muy bien, pero ahora nos tenemos que ir.

—Con lo bien que me lo estaba pasando —se quejó mi madre—. Bueno, Álex. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, Carmen —dijo él, y se puso a buscar a alguien con la mirada—. ¡Tomás!

Un joven policía que se disponía a salir de la oficina con un montón de papeles bajo el brazo se giró.

—¿Podrías acompañarlas? —le preguntó Álex—. Vienen a poner una denuncia.

—Claro. Vengan conmigo —nos indicó Tomás.

Después de denunciar el inexistente robo de un acordeón y de las joyas de nuestra dinastía familiar, uno de los policías se ofreció a llevarnos a casa.

—¿Ya habéis quedado para otro día? —me preguntó mi madre nada más entrar por la puerta.

—¡Claro que no! Si no lo conozco.

—Hija, para eso son las citas, para conocerse mejor. Si es que pareces nueva —refunfuñó mi madre.

—Te recuerdo que íbamos a averiguar el paradero de Juan Luis.

—Bueno, lo cortés no quita lo valiente —replicó—. ¿Y qué información le has sonsacado al policía?

—Según lo que me ha dicho, creo que lo más probable es que esté en la cárcel para zombis.

—¿Está en prisión? Pues con lo blando que es, no va a aguantar ni un día. Le van a dar para el pelo los otros zombis.

—Tenemos que ir por él.

—Espera un momento, ¿la cárcel de zombis no era antes una residencia de estudiantes? —preguntó mi madre intentando hacer memoria.

—Eso creo, pero ¿qué importancia tiene eso ahora?

—Hay un túnel que nos puede llevar hasta el sótano del edificio.

—¿Cómo sabes eso?

—Unas amigas mías que estudiaban Topografía se alojaban allí y usábamos el túnel para entrar y salir sin ser descubiertas. El caso es que todavía conservo el plano —dijo mi madre mientras comenzaba a rebuscar entre los libros del salón—. ¡Aquí está! —exclamó desplegándolo sobre la mesa del salón.

—¿Crees que el túnel seguirá siendo transitable? —pregunté.

—Supongo que pronto lo averiguaremos.

Después de meter todo lo que necesitábamos en un par de mochilas, nos dirigimos hasta donde el plano situaba la entrada del túnel, un pequeño parque a las afueras del pueblo. Una vez allí, hicimos las últimas comprobaciones.

—¿Seguro que lo llevamos todo? —le pregunté a mi madre.

—A ver, aquí están las antorchas, la pala, las cantimploras, las cuerdas, los bocadillos y el plano. Está todo.

—Estupendo. Yo voy a ir delante con el mapa y la antorcha. Tú lleva la pala y vigila la retaguardia, no vaya a ser que se meta un zombi en el túnel. ¿Te parece bien?

Mi madre asintió con la cabeza. Se la veía muy animada.

—¡Qué emocionante! —exclamó—. Nunca hemos hecho nada tan divertido juntas.

—No sé yo si esto va a ser divertido —dije nada más adentrarme en el túnel.

Aunque la galería tenía un diámetro considerable y se podía ir de pie perfectamente, había mucha humedad y el suelo estaba lleno de charcos. Caminamos durante un rato largo sin mayor problema hasta que, de repente, mi madre se paró en seco.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿No oyes eso? —dijo en voz baja con cara de preocupación.

—¿El qué? —pregunté también en voz baja mientras miraba a mi alrededor en busca de alguna amenaza.

—El silencio.

—¿El silencio? ¡Me has dado un susto de muerte, creía que habías oído a un zombi!

—Shhhh, baja la voz, nos están escuchando.

—Aquí solo estamos tú y yo, mamá.

—Te digo que noto una presencia —insistió.

Justo en ese momento, una horrenda criatura pasó corriendo delante de nosotras.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté mientras intentaba iluminar a aquel ser con la antorcha.

—¡Es un topo! —exclamó mi madre con sorpresa.

El roedor, lejos de amedrentarse por nuestra presencia, se plantó ante nosotras irguiéndose sobre sus patas traseras.

—¿Los topos no huyen de la luz? —observó mi madre.

—Debe de ser un mutante, porque es enorme. Y mira qué ojos tiene, son como de besugo.

El topo nos gruñó desafiante y un instante después desapareció en la oscuridad del túnel.

—¿Dónde se habrá escondido? —preguntó mi madre—. ¡Míralo! Ahí está. A ver si lo cazo.

—Anda, deja al topo en paz y vamos a continuar.

—Dame un minuto, que no están los tiempos como para hacer ascos a la comida —dijo mi madre, cuando, de pronto, algo en la pared del túnel llamó su atención.

—¿Y ahora qué pasa? —le pregunté.

—Apostaría a que he visto antes esa piedra con forma de ensaimada —dijo señalando el pedrusco en cuestión con el dedo.

—Es una piedra, son todas iguales.

—¡Ahora me acuerdo! —exclamó mi madre con repentino entusiasmo para, acto seguido, ponerse a cavar justo debajo de la piedra.

—¿Qué estás haciendo?

—Aquí debajo hay algo que me va a venir muy bien.

—Espero que sea una tila y así nos tranquilizamos las dos.

Mi madre estaba tan ensimismada cavando el agujero que ni siquiera intenté disuadirla. Sabía de sobra que, cuando se ponía así, no había nada que hacer. Solo me quedaba esperar y, por fortuna, no tuve que hacerlo mucho tiempo. Enseguida la pala chocó contra algo metálico.

—¡Aquí está! —exclamó.

Me acerqué intrigada. Mi madre acababa de desenterrar un pequeño cofre que se apuró a abrir. Dentro había un montón de botes de color blanco.

—¿Qué hay en esos botes? —pregunté sorprendida por su hallazgo.

—Extractos de hierbas. Los usábamos en la herboristería en la que trabajé de joven. Con ellos elaborábamos crema antiarrugas.

—¿Y se puede saber qué hacen aquí enterrados?

—Los tuvimos que esconder cuando los prohibió el Gobierno. Según ellos, podían producir alucinaciones. Yo nunca lo creí. Bueno, tampoco las probé porque por aquel entonces no las necesitaba, pero nuestras clientas jamás se quejaron —aseguró.

—¿Y por qué no los tirasteis?

—Nos dio pena. Es el producto más efectivo que existe contra las arrugas. ¿Crees que habrán caducado? Llevan veinte años aquí abajo, pero no parece que se hayan estropeado —afirmó al tiempo que examinaba el bote que acababa de abrir.

—No lo sé, pero yo no los usaría.

—Bueno, me los voy a llevar por si acaso.

—Como quieras. ¿Ya podemos continuar?

—Sí —contestó sonriente.

Al poco rato de emprender la marcha, llegamos a la escalera que, según el mapa, nos conduciría justo hasta lo que antaño fue la sala de juegos de la residencia de estudiantes.

—¡Yo subo primero! —dijo mi madre con entusiasmo.

—Vale, pero toma entonces la antorcha.

—¿Dejo la mochila aquí? —me preguntó—. Mira que, como me pillen con las cremas, encima me puede caer una buena.

—Si nos pillan, lo de las cremas va a ser el menor de nuestros problemas.

—Tienes razón. Entonces se vienen conmigo.

—Vete despacio —dije ayudándola a subir.

—¡Ahhhh! —gritó mi madre.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo desternillándose—. Hija, necesitas relajarte. Ya verás como todo va a salir bien.

Mi madre, que se lo estaba pasando en grande, siguió subiendo como si tal cosa. Cuando estuvo arriba del todo, abrió la trampilla.

—¡Vaya, cómo han reformado esto! —exclamó.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—Veo varios estantes con productos de limpieza, pilas para fregar la ropa y cestos para la colada.

—Déjame ver —dije mientras subía la escalera.

En el mismo momento en el que conseguí hacerme un hueco al lado de mi madre, la puerta de la lavandería se abrió de par en par. Una señora de mediana edad vestida con un camisón rosa gritó con horror al vernos.

—¿Qué hacen ustedes en mi casa? —gritó amenazándonos con la escoba que llevaba en la mano.

¿Su casa? ¿Dónde narices habíamos ido a parar?

—¡Como no se vayan ahora mismo, voy a ir a buscar al vecino, que es policía! —nos amenazó la señora.

Tras el susto inicial, mi madre reaccionó con rapidez.

—Gracias por recibirnos —dijo con cordialidad—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con Antonia —contestó ella de mala gana y con el ceño fruncido.

—Hola, Antonia, encantada. Nosotras somos Ana y Carmen, del servicio de ventas a domicilio de SkyLine. ¿Ha oído hablar de nosotros?

—No crean que me engañan. ¡Ustedes han venido a robarme! —exclamó.

—Es cierto —respondió mi madre—, pero solo queremos robarle unos minutos de su tiempo. Le aseguro que no se arrepentirá, Antonia.

Yo asentí con la cabeza mientras sonreía para intentar hacer más creíble la historia.

—Y si son de un servicio de ventas, ¿por qué no han llamado a la puerta en vez de colarse por el desagüe?

—Política de empresa. Nos obligan a hacer estas campañas de publicidad agresiva.

—Ya veo. ¿Y qué es lo que venden, desatascadores? —preguntó con ironía.

—Vendemos la mejor crema antiarrugas del mercado —afirmó mi madre mientras sacaba de la mochila el cofre y lo abría—. SkyLine ha desarrollado especialmente para usted, Antonia, un cosmético de alta tecnología que va a eliminar de una vez por todas esas antiestéticas líneas de expresión.

—¡Ja! No he visto ni una sola crema antiarrugas que funcione —replicó la señora—. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

—Carmen. Carmen, de SkyLine.

—Muy bien, Carmen, de SkyLine. Y si esa crema es tan buena como dice, entonces ¿por qué tiene usted todas esas arrugas en el contorno de los ojos? —dijo en tono acusador señalando con el dedo—. Y en la frente, y alrededor de los labios, y en el cuello...

El comentario pilló a mi madre desprevenida y su primera reacción fue la de fulminarla con la mirada. Antonia había tocado un tema sensible y yo temía que mi madre perdiera los papeles y acabásemos hoy las dos en la cárcel tal y como habíamos planeado, pero con condena firme.

—Veo que es usted una mujer muy observadora —la interrumpió mi madre forzando una sonrisa—, no se la puede engañar fácilmente.

—Eso dicen —sonrió Antonia complacida.

—Pues yo se lo explico encantada. Los comerciales solo podemos usar la crema en las demostraciones a domicilio. Esto es así precisamente para que las clientas puedan ver en tiempo real el efecto rejuvenecedor de nuestra crema.

—¿Por eso ponen de comercial a gente tan mayor como usted?

—Sí, por eso mismo —contestó mi madre haciendo un esfuerzo por contenerse.

—¡Haberlo dicho antes! Era lo único que no me cuadraba. Pero pasen al salón, por favor. Allí estaremos todas más cómodas para la demostración.

—Muy amable, Antonia —dijo mi madre—. ¿Le importa que dejemos la antorcha encendida? Es que si la apagamos luego es una lata volver a encenderla con la humedad que hay en el túnel.

—Sí, no hay problema. Déjela donde quiera.

Antonia nos condujo hasta el salón y nos sentamos cada una en un sofá.

—¿Les apetece tomar algo? ¿Un té o un café?

—No, muy amable —contestó mi madre—. No nos permiten tomar estimulantes en horario laboral.

—Además, se nos está haciendo tarde. Quizá deberíamos volver otro día —propuse intentando que la situación no se nos fuera de las manos más todavía.

—Pero si acabamos de llegar —dijo mi madre, que a esas alturas ya estaba abriendo uno de los botes.

—Carmen, creo que la nueva normativa de SkyLine prohibía las demostraciones fuera del horario laboral y me temo que ya son las ocho —dije señalando el reloj de cuerda que teníamos en frente.

—Un día es un día, ¿verdad, Antonia? —dijo guiñándole un ojo—. Voy a necesitar un poco de agua para hidratar la fórmula, una cucharilla para mezclarlo todo y un espejito para poder extender bien la crema.

—Sí, cómo no. Ahora vuelvo —dijo la señora y se fue por ellos.

Cuando Antonia se alejó lo suficiente, intenté hacer entrar en razón a mi madre.

—Mamá, ¡déjate de demostraciones, que por algo prohibirían las cremas! ¡Nos tenemos que ir ahora mismo!

—Pero si solo lleva extractos de hierbas. ¿Qué va a pasar?

—Sinceramente, prefiero no saberlo —respondí.

Antonia volvió al salón con los objetos especificados.

—Tome, aquí tiene.

—Muchas gracias.

Mi madre echó entonces agua al extracto y removió la mezcla como si de un cacao instantáneo se tratase. Cuando el preparado se rehidrató, dejó la cucharilla encima de la mesa y extrajo una generosa cantidad de aquel mejunje potencialmente psicotrópico con los dedos. Vi a cámara lenta cómo su mano avanzaba inexorablemente hacia sus pómulos.

—¡Carmen! —grité en un último intento de detenerla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Antonia extrañada por mi reacción.

No quería ver a mi madre cometer semejante temeridad, pero tampoco podía hacer nada sin destapar nuestro engaño.

—Solo quería decir que, para una correcta absorción, el masaje, mejor en círculos —dije resignándome.

—Cuánto entusiasmo muestra su compañera —le dijo Antonia a mi madre.

—Es que el producto lo merece, Antonia. ¡Fíjese!

La señora y yo observamos con curiosidad y preocupación, respectivamente, el efecto del cosmético. Ante nuestros ojos, las arrugas de mi madre desaparecieron como por arte de magia en cuestión de segundos. Su tez

volvía a lucir tan tersa como la de un bebé.

—Es impresionante —admití.

—¡Increíble! —exclamó Antonia—. ¡Me quedo con todos los botes!

Mi madre no dijo nada, se había quedado sin palabras tras el *lifting*.

—Trabajamos bajo encargo —me apresuré a decir.

—Qué lástima —dijo decepcionada Antonia—. Pues resérveme siete para la semana que viene. A no ser que sean muy caros. ¿Qué precio tienen?

—Cada bote cuesta un queso curado.

—¡Qué barato! —exclamó Antonia gratamente sorprendida—. ¿Les pago ahora?

—Mejor cuando le entreguemos la mercancía —contesté.

—Ustedes sí que saben hacer clientes.

—Bueno, nos vamos a tener que ir yendo, que se nos ha hecho muy tarde. Vamos, Carmen —dije quitándole el espejo en el que se contemplaba.

—Las acompaño hasta la puerta —dijo Antonia.

—Si no es mucha molestia, preferiríamos salir por el desagüe. Ya sabe, normas de la empresa —le dije mientras ayudaba a mi rejuvenecida madre a levantarse del sofá.

—Claro, cómo no. Ha sido la falta de costumbre.

La confiada y paciente Antonia nos acompañó hasta la lavandería.

—Les abro la tapa del desagüe si quieren.

—Muy amable por su parte —le agradecí.

Alcancé la antorcha y se la di a mi madre, que no dejaba de sonreír, para que bajara la primera. Dadas las circunstancias, no quería dejarla a solas con la señora.

—Adiós, Toñi, ha sido un placer conocerla —se despidió mi madre dándole un efusivo apretón de manos.

—Lo mismo digo. Hasta la semana que viene —dijo Antonia cerrando la tapa del desagüe.

Cuando llegué al final de la escalera, me volví hacia mi madre, que seguía diciéndole adiós con la mano a Antonia.

—Mamá, ¿estás bien?

—Claro que sí, ya te dije que el Gobierno prohibió la crema sin motivo.

—Menos mal —suspiré aliviada—. Pero si te sientes mal, me lo dices y nos volvemos a casa de inmediato, ¿vale?

—No te preocupes. Estoy perfectamente —aseguró.

—Pues continuemos. A ver si conseguimos llegar a la cárcel de una vez...

—¡Mira, Ana! —me interrumpió mi madre—. Ahí está el topo mutante que nos encontramos antes. Ha venido a saludarnos de nuevo. Qué simpático.

El topo estaba parado justo en medio del túnel que teníamos que atravesar. Iba a espantarlo con la pala cuando vi aparecer detrás de él a una veintena de topos con aspecto agresivo.

—¡Ha llamado a sus amigos para que los conozcamos! —afirmó mi madre con una particular visión de la situación—. Qué bonito mensaje de paz y amor.

—Pero ¿qué dices, mamá? ¡Si nos están enseñando los dientes!

—Sí, mira cómo nos sonríen. ¡Qué criaturitas tan adorables! —exclamó mi madre mientras avanzaba hacia ellos con los brazos abiertos.

—Madre mía. A ti te está empezando a hacer efecto el antiarrugas. —Caí en la cuenta al tiempo que la sujetaba del brazo para que no siguiera avanzando—. Tenemos que irnos.

—Pero ¿cómo nos vamos a ir si han venido expresamente a vernos! Sería una grosería.

A mi madre le había dado un ataque de amor fraternal en el peor de los momentos. Tenía que cambiar de estrategia si quería alejarla de los topos.

—Mamá, te estás confundiendo. No han venido a visitarnos, han venido porque van a correr un maratón. ¿No sabías que a los topos les encantan las competiciones?

—Pues es lo primero que oigo —respondió sorprendida.

—Si quieres, podemos participar, ya que estamos aquí.

—¡Sí, claro! —aceptó entusiasmada—. Pero no estamos inscritas.

Lo que me faltaba por oír.

—¿Cómo qué no? Pero si nos inscribimos ayer. ¿No te acuerdas?

Mientras mi madre hacía memoria, el topo mutante, que parecía estar al mando, emitió una especie de bufido y, acto seguido, la horda de roedores comenzó a avanzar hacia nuestra posición. Teníamos que salir pitando de ahí.

—¿Estás preparada? —le pregunté.

—He nacido preparada.

—Pues a la de tres. Una, dos y tres, ¡corre!

Comenzamos a correr sin rumbo fijo por los túneles perseguidas por los topos. Mi madre, que tenía mal perder, no paraba de mirar hacia atrás para ver cuánta ventaja les sacábamos. Hasta que, en una de esas, se tropezó y cayó al suelo y, con ella, parte del contenido de su mochila. El cofre con los botes de SkyLine se abrió y una gran nube de polvo se levantó detrás de nosotras. Agarré a mi madre del brazo y, aprovechando la confusión, nos escondimos en

una grieta de la pared para intentar despistar a los roedores.

—¿Hemos ganado? —preguntó mi madre con entusiasmo.

—¿Qué?

—La carrera, ya hemos llegado a la meta, ¿no?

—Sí, hemos ganado. Anda, bebe un poco de agua, a ver si eliminas pronto el principio activo de la crema —le dije acercándole una de las cantimploras que llevaba encima.

Saqué la cabeza fuera de la grieta. En el exterior, todavía se veían algunos topos rastreando la zona en nuestra búsqueda.

—Tendremos que esperar aquí un rato hasta que les haga efecto el polvo —informé a mi madre.

—¡Vamos a llegar tarde a la entrega de medallas! —se quejó ella.

Suspiré. Se me iba a hacer larga la espera. Después de aguardar un tiempo prudencial y de improvisar una ceremonia de entrega de medallas, salimos de nuestro escondite. El peligro ya había pasado. Los topos estaban diseminados por el túnel en actitud relajada. Algunos estaban tumbados, otros caminaban en círculos y el resto chapoteaba en los charcos. Al vernos, el líder de los topos se acercó a mi madre. Ella lo levantó del suelo y lo estrechó entre sus brazos.

—Perdóname, pequeñín. Tienes mi palabra de que no volveré a cazar ningún animal nunca más —le prometió mi madre.

—¡Esto es un desastre! —exclamé mientras sacaba el plano de un charco —. No sé dónde estamos ni cómo llegar de vuelta a casa.

—¿A casa? Pero ¿no habíamos venido a hacer algo aquí? ¿Qué era? —preguntó mientras acariciaba al topo como si fuera una mascota.

—A ayudar a escapar a Juan Luis de la cárcel —le recordé.

—Pues vamos, hija.

—Es demasiado tarde. Estamos perdidas; aunque quisiéramos, no sabríamos llegar.

Entonces, mi madre le susurró algo en el oído al topo y a continuación lo posó en el suelo. Este empezó a caminar por uno de los túneles que teníamos a nuestra izquierda.

—Sigámoslo, él nos llevará —aseguró mi madre.

Aunque la idea de seguir a un topo que estaba bajo los efectos de un antiarrugas psicotrópico no me parecía muy razonable, no podíamos quedarnos allí paradas y, francamente, tampoco se me ocurría ninguna idea mejor. Después de una caminata de unos quince minutos con varias paradas para contemplar los charcos, llegamos al final del túnel. El topo se había detenido

justo a los pies de una escalera de piedra que comunicaba con una puerta de metal. Subí las escaleras y abrí la puerta con cuidado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé al iluminar con la antorcha el interior y ver algunas máquinas de *pinball* llenas de polvo y telarañas—. ¡Hemos llegado a la cárcel!

—Gracias, pequeñín. Sabía que podíamos confiar en ti, pero ¿dónde se ha metido? —preguntó con inquietud mi madre al ver que no estaba.

—No te preocupes. Habrá regresado con los demás —intenté tranquilizarla.

—¿Sin despedirse? —se lamentó.

—Es mejor así.

Mi madre asintió con la cabeza y entró a la cárcel cabizbaja. Antes de cerrar la puerta, vi al topo dirigiéndose a un pequeño agujero del que asomaban las cabezas de varias crías. Sonreí. En realidad, nos había conducido hasta su madriguera.

¡VIVAN LOS NOVIOS!

La sala a la que habíamos accedido daba a un largo pasillo al fondo del cual se veía claridad. Apagamos la antorcha para no ser descubiertas y avanzamos intentando hacer el menor ruido posible. Enseguida llegamos a un patio interior iluminado por antorchas que tenía en uno de sus laterales una especie de garita de paredes acristaladas desde la que se divisaban los dos pisos de celdas. Mi madre y yo nos acercamos con sigilo. Entonces, con cuidado de no ser descubierta, asomé la cabeza por el cristal. Dentro, un vigilante tomaba un sorbo de una taza indiferente a los escalofriantes gruñidos de los zombis allí encarcelados.

—Vuelvo ahora —me dijo mi madre al oído.

—¿A dónde vas? —murmuré.

—Ahí —dijo señalándome el servicio de señoras.

—¿En serio pretendes ir al baño de la cárcel?

—No sé qué problema hay. Es un edificio público, lo pagamos todos con nuestros impuestos.

—No me refiero a eso... —Suspiré—. Date prisa, por favor. Te espero aquí.

Ella asintió y se dirigió al baño. Mientras la esperaba, volví a asomar la cabeza por el cristal. El vigilante llevaba las llaves de las celdas colgando del pantalón. Me preocupaba no saber cómo íbamos a quitárselas sin ser descubiertas, pero, a medida que pasaban los minutos, comenzó a inquietarme más el hecho de que mi madre no hubiese vuelto todavía. Empezaba a plantearme ir por ella cuando, por fin, regresó.

—¿Por qué has tardado tanto?

—He tenido algunos problemas técnicos —se excusó mostrándome la cadena de una cisterna que traía en las manos.

—¿Qué has hecho?

—Nada —aseguró.

Algo en su mirada me decía que no estaba contando toda la verdad.

—¿Hay algo que quieras decirme? —pregunté, temerosa de lo que me pudiera contestar.

Mi madre guardó un sospechoso silencio que solo rompió cuando por debajo de la puerta de los servicios de señoras comenzó a salir agua a borbotones.

—Es posible que haya inundado el baño —confesó con cara de circunstancias.

No había nada que pudiéramos hacer, el agua ya había comenzado a entrar en la garita del vigilante.

—¡Otra vez! —se quejó el vigilante—. No hay un solo día en que pueda trabajar tranquilo. ¡Como no cambien las tuberías, dejo el trabajo!

El hombre, con un enfado monumental, se levantó de su asiento, sacó una llave inglesa de un cajón y salió en dirección al baño.

—¿Alguna idea para quitarle las llaves que lleva encima? —le pregunté a mi madre.

—Podemos esperar a que se duerma —sugirió.

—¿Y si no lo hace?

—Pues habrá que darle un empujoncito —dijo abriendo su mochila—. Voy a echarle un preparado para dormir en el café.

—¿Por qué llevas eso en la mochila? ¿Y para qué lo quieres, si duermes como una marmota?

—Me viene bien para las varices. Allá voy, cúbreme.

Mi madre se arrastró hasta el escritorio. Una vez allí, desenroscó con cuidado un bote y echó un poco de su contenido en la taza. Después de removerlo, me guiñó un ojo e hizo amago de beberse: humor Gutiérrez en estado puro. Cuando dio por terminada la misión, volvió hasta mi posición. Instantes después, el vigilante regresó con una fregona en una mano y un cubo en la otra.

—¡Con lo bien que estaba yo en mi pueblo! ¡Quién me mandaría a mí aceptar este trabajo!

El vigilante continuó quejándose mientras achicaba el agua que había entrado en la garita. Cuando dio el trabajo por terminado, se sentó en su silla y se bebió el café de un sorbo.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto? —le pregunté a mi madre.

—Unos quince o veinte minutos.

—Pues nos va a tocar esperar.

Mi madre asintió con la cabeza y sacó de su mochila un libro de crucigramas.

—¿También te has traído pasatiempos?

—Los llevo siempre conmigo. ¿Quieres uno?

—No, gracias —contesté.

Pero, a medida que pasaban los minutos, comencé a aburrirme y acabé sucumbiendo.

—Ocho letras. «Actividad al aire libre que atrae a los zombis» —leyó en

voz baja mi madre.

—Dame una pista —le pedí.

—La cuarta letra es una *b*.

—Barbacoa.

—Me vale —respondió—. Empieza por *o*. «El que va al bosque y piensa que no se va a encontrar a ningún zombi».

—¿Optimista?

—Puede valer. «Vulgarmente, sobrevivir a un ataque zombi».

—¿Suerte?

—No. Son siete letras. La segunda letra es una *h*.

—Chiripa.

—Perfecto.

Después de resolver tres crucigramas, eché de nuevo un vistazo al interior de la garita. El vigilante se estaba rascando de forma compulsiva los brazos.

—¿El picor es algún tipo de efecto secundario? —le pregunté a mi madre—. A ver si va a ser alérgico a algún componente del preparado.

Ella se quedó pensativa. Sacó un bote de la mochila y se puso a leer la etiqueta. Mientras, el vigilante comenzó a reírse sin motivo aparente.

—Vale, que no cunda el pánico —dijo mi madre—. Creo que existe la remota posibilidad de que le haya echado el principio activo del antiarrugas en el café.

—¿Cómo dices? —le pregunté con la esperanza de haberla entendido mal.

—Ha sido un error —se disculpó.

—¡Un error! —chillé colérica.

—¿Quién anda ahí? —gritó el vigilante levantándose de la silla.

—¡Nos ha descubierto! ¡Corre!

Salimos en dirección al pasillo y nos metimos en la primera puerta que encontramos abierta. La luz que se colaba por el tragaluz era tan tenue que casi no se veía nada dentro.

—Quieta, no hagas ruido —le dije mientras acercaba el oído a la puerta.

—¿Lo hemos despistado? —preguntó, todavía con la respiración entrecortada por la carrera.

—¡Oigo pasos! —murmuré—. ¡Tenemos que escondernos!

Con las prisas, mi madre tropezó con algo en el suelo y soltó un grito de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¡Mi pie! ¡Vaya golpe! —dijo agachándose y recogiendo algo del suelo

—. Pero ¿qué rayos es esto?

—¡Nos va a descubrir! ¡Escóndete, por lo que más quieras!

En ese momento, el vigilante abrió la puerta. Yo me oculté a toda prisa detrás de un pequeño mueble, pero a mi madre no le dio tiempo a reaccionar.

—¿Quién es usted? —le preguntó el vigilante al tiempo que la iluminaba con la antorcha.

Hubo un instante de silencio que se me hizo eterno.

—Soy la Muerte —respondió mi madre sosteniendo una guadaña.

El hombre la miró con recelo. Aprovechando que la atención estaba centrada en mi madre, estiré el brazo para alcanzar un martillo que estaba colgado en la pared por si nos teníamos que defender, con tan mala suerte que mi movimiento llamó la atención del vigilante.

—¿Y ella? —le preguntó el vigilante a mi madre mientras trataba de iluminarme con la antorcha.

—Es Thor —contestó ella con fría serenidad.

Por cómo me miró, cualquiera diría que ya le habían presentado a Thor con anterioridad y quisiera comprobar que no le estaban dando gato por liebre.

—¿No te fías de mi palabra? —preguntó mi madre.

—No es eso —se apresuró a decir el vigilante—. Yo solo...

—¿Cómo te llamas, mortal? —le preguntó mi madre.

—Jacinto.

—Thor, enséñale el martillo a Jacinto, para que salga de dudas —me animó mi madre.

—¿A qué habéis venido? —preguntó el vigilante atemorizado.

—Hemos venido a sembrar el caos... —comenzó a decir mi madre con voz profunda al tiempo que blandía la guadaña en el aire de forma intimidatoria.

—Mamá, por favor.

—¡Nunca me dejas divertirme! Danos las llaves de las celdas o te...

No hizo falta que terminara la frase. El pobre hombre, aterrorizado ante la posibilidad de que le hubiera llegado su hora, le entregó a mi madre las llaves y todo lo que llevaba encima: la cartera, un caramelo, un silbato, un destornillador y una castaña.

—Con las llaves me vale; bueno, el caramelo también me lo quedo, que tengo la garganta un poco seca —le dijo al tiempo que le devolvía el resto de sus pertenencias.

Aunque las cosas no estaban saliendo como habíamos planeado, al menos ya teníamos las llaves, así que comenzamos a recorrer la cárcel en busca de Juan Luis. A nuestro paso, los zombis gruñían con fuerza y sacaban los brazos entre las rejas en un desesperado intento de alcanzarnos. A medida que avanzábamos, me di cuenta de que dar con mi ex iba a resultar más complicado de lo que había supuesto. Nunca habría imaginado que en una cárcel comarcal el número de zombis fuera tan elevado.

—Huele a cerrado —dije mientras cambiaba de mano el pesado martillo.

—Pues a mí me huele a cordero asado —afirmó mi madre, que llevaba la guadaña a rastras.

—Huele a flores —opinó el vigilante, que nos seguía a una distancia prudencial.

—¡Esto está lleno de zombis, no lo vamos a encontrar nunca! —exclamé.

—¡Juan Luis! —chilló mi madre, pero los gruñidos de los zombis aplacaron su grito.

—¿Qué es eso que brilla? —pregunté.

—No sé, vayamos a ver —contestó mi madre.

—Huele a flores —insistió el vigilante.

El brillo provenía de la última celda del pasillo. Cuando nos acercamos, vimos a Juan Luis en un estado más lamentable de lo habitual. En la mano llevaba la pequeña libreta que el día anterior le habíamos colocado estratégicamente en el bolsillo de la camisa para que se comunicara con nosotras y que, casualmente, tenía un espejo en una de las tapas.

—¡Juan Luis! Hemos venido a sacarte de aquí. Te vamos a llevar a casa —le dije.

—¡Grrgr gg ggggr rgr ggg rrrrrrr! —gruñó mi ex emocionado.

—Vuestro amigo tiene mal color —observó el vigilante.

—No vamos a tardar en sacarte, ahora vuelvo —le dije a Juan Luis.

Me alejé de la celda y le hice un gesto a mi madre para que se acercara. No quería que los zombis se enteraran de cuál era nuestro plan.

—¿Cómo sacamos a Juan Luis de la celda sin que salgan el resto de zombis? —le pregunté.

—Podemos usar el bocadillo de tortilla como cebo —propuso mi madre —. Lo tiro dentro de la celda, tú abres la puerta y lo sacamos.

—¿No es un poco arriesgado?

—Es de huevos de gallinas camperas, les va a gustar a la fuerza —aseguró.

Estaba claro que no era un buen plan, pero como era el único que teníamos, dejamos el martillo y la guadaña en el suelo y nos pusimos manos a la obra.

—¿Cuál es la llave de la celda? —le pregunté al vigilante.

—Es esta —contestó señalando una del llavero.

—A ver, ¿a quién le gusta la tortilla? —dijo mi madre mostrándonos el bocadillo.

Semejante provocación hizo que los hambrientos zombis casi tiraran abajo los barrotes. Juan Luis, que había adivinado nuestras intenciones, iba acercándose discretamente a la puerta. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, hice una señal a mi madre y ella tiró el tentempié al otro extremo de la celda. Mientras los zombis se tiraban en plancha por el bocadillo, nosotras nos apresurábamos a sacar a Juan Luis.

—¡Grg grrgg rrrr rgrg gggg grgr rgrrr! —gruñó mientras nos abrazaba.

—Nosotras también te hemos echado de menos —le dije, suponiendo que él habría dicho algo así.

—No nos pongamos emotivos, que soy de lágrima fácil —dijo mi madre.

—¡Os quiero! —exclamó el vigilante sumándose al abrazo en grupo.

—Vámonos a casa antes de que alguien más nos descubra —sugerí mientras recogía el martillo del suelo.

—¿Puedo ir con vosotros? Es que se me está haciendo muy largo el turno —dijo el vigilante justo antes de que su expresión cambiara por completo—. ¡No has cerrado con llave!

Cuando nos volvimos, los zombis ya habían comenzado a salir de la celda.

—Hemos venido en son de paz —dijo mi madre, al tiempo que recogía la guadaña del suelo.

Como era de suponer, nuestras buenas intenciones los traían sin cuidado y, viendo que no les ofrecíamos más comida, gruñeron furiosos.

—¡Hay que salir por patas! —gritó mi madre, manteniendo a los zombis a raya con su guadaña.

Jacinto fue el primero en emprender la huida.

—¡Sigamos al vigilante! —chillé cuando los zombis comenzaron a avanzar hacia nosotros.

Confiaba en que el instinto de supervivencia de aquel hombre lo condujera hasta un lugar seguro. Pero no fue así. Tras recorrer, perseguidos de cerca por los zombis, un largo pasillo, llegamos hasta una puerta que estaba cerrada con candado.

—¿Cuál es la llave? —le grité al vigilante.

—¡No me acuerdo! —dijo él asustado.

—¡Pues haz memoria! —le ordené a voz en grito.

—¡Date prisa! —gritó mi madre al ver que los zombis se nos echaban encima.

—¡Hay doscientas llaves! —chillé.

—¡Thor! ¡Usa tu martillo! —gritó el vigilante en un momento de lucidez.

—¡Apartaos! —exclamé.

El golpe hizo añicos el candado justo a tiempo para evitar convertirnos en la sobrecena de los zombis. La puerta cedió y entramos en un patio de luces que estaba lleno de sacos de carbón y leña. De inmediato, bloqueamos la entrada, apilando todos los sacos que había contra la puerta. Cuando acabamos, me di cuenta de que en el extremo opuesto del patio había otra puerta.

—¿A dónde conduce? —le pregunté al vigilante.

—A un asador. Acaban de inaugurarlo.

Me acerqué. Al otro lado de la puerta se oían voces.

—No podemos entrar con Juan Luis —indiqué.

—Tengo una idea —dijo mi madre, y después se dirigió al vigilante—.

Tú, mortal, quítate la ropa.

El hombre obedeció sin rechistar hasta que le ofrecimos la ropa de Juan Luis para que se la pusiera.

—Ha quedado buena noche, estoy bien así —afirmó.

—Me temo que es estrictamente necesario que te vistas —repuse tajante.

Él miró de reojo a mi madre, que se estaba atusando el pelo mientras contemplaba su reflejo en el filo de la guadaña. Por no enfadarla, se acabó poniendo la ropa. En cuanto a Juan Luis, su aspecto mejoró considerablemente cuando se puso el uniforme; sin embargo, aun con la gorra, su rostro lo seguía delatando.

—Falta el toque final —dijo mi madre sacando de la mochila unos pantis que todavía estaban sin estrenar.

—¿También has traído medias? —pregunté atónita.

—Hija, la gente de pueblo nunca sale de casa sin una muda seca. Por si te caes al río, por si pisas un charco, por si llueve...

—Bien hecho —intervino Jacinto—. Si yo me hubiera traído un uniforme de repuesto, ahora no llevaría puesta la ropa de un zombi.

Le hicimos unos agujeros a la media y se la pusimos a Juan Luis en la

cabeza. El resultado era algo cutre, pero servía para atenuar sus rasgos zombis. Ya estábamos listos para entrar en el asador.

Abrimos la puerta y echamos un vistazo a nuestro alrededor. En el recinto se estaba celebrando una boda y debía de ser de alguien importante, teniendo en cuenta la cantidad de invitados y la calidad de sus vestimentas.

—Recuerda que me debes una —le dijo mi madre al vigilante a modo de despedida—. Un día vendré a cobrar mi deuda.

Al oír estas palabras, el hombre pegó un grito y salió corriendo abriéndose paso a empujones entre los allí congregados.

Los invitados que estaban más próximos se giraron hacia nosotros y nos miraron de arriba abajo con perplejidad. Y no era de extrañar, porque muy de boda no íbamos vestidos, la verdad.

—¡Vivan los novios! —gritó mi madre ganándose el aplauso de la multitud.

—Deben de ser parientes del novio, porque no los conozco —se oyó decir a alguien a nuestra derecha.

—Mejor nos vamos antes de que se pongan a sacar parecidos... —murmuré—. ¿Mamá? Pero ¿dónde se ha metido?

Mi madre estaba sirviéndose comida del bufé en un plato. Iba a ir a buscarla cuando una mujer se acercó a Juan Luis y comenzó a mirarlo con desconfianza.

—¿Y este quién es? ¿Qué hace vestido de guardia? —preguntó.

—¡Ya era hora! —exclamó una joven agarrando a mi ex del brazo—. Pensaba que ya no venías. ¡Chicas, acaba de llegar el *boy*! ¡Traed a la novia!

Sin que pudiera hacer nada por impedirlo, unas veinte mujeres formaron un círculo en torno a Juan Luis y empezaron a examinarlo.

—¿Por qué lleva una media en la cabeza? —quiso saber una de ellas.

—Yo qué sé. Será muy feo —contestó otra—. ¿Qué querías que nos dieran por una botella de sidra y dos quesos?

—Pues debe de llevar el queso encima —observó la primera llevándose con disimulo la mano a la nariz.

Vi cómo Juan Luis fruncía el ceño por debajo de la media. Con lo aseado que había sido siempre, el destino le había jugado una mala pasada al convertirlo en zombi.

—Este por lo menos tiene un buen disfraz. Acuérdate del *boy* vestido de trol de la despedida de soltera de Julia. No he pasado tanta vergüenza en mi vida.

Un grupo mujeres vestidas igual, que supuse eran las damas de honor, trajo a la novia hasta donde se encontraba el pobre Juan Luis. Entretanto, mi madre me saludó desde el medio de la pista de baile donde estaba bailando la conga con los invitados.

—Como la despedida de soltera no salió exactamente como esperábamos —empezó a decirle una dama de honor a la novia—, por lo del ataque zombi y eso, queríamos organizarte algo especial para compensar. ¡Hemos traído a un *boy*!

—Gracias, chicas, pero igual no es el mejor momento. Además, está presente mi abuela y se impresiona con facilidad —se excusó la novia mirando a mi ex con desagrado.

—Fue idea mía —admitió la abuela mientras se acercaba con la ayuda de un andador—. ¡Vaya bombón que habéis traído! ¿A qué está esperando para empezar?

Empecé a preocuparme por la integridad física y moral de Juan Luis, que estaba visiblemente asustado. El público comenzaba a impacientarse, habían pagado por el espectáculo y no se iban a ir con las manos vacías. Una de las invitadas fue la primera en romper el hielo. Ni corta ni perezosa, se abalanzó sobre mi ex e intentó abrirle la camisa. Las otras comenzaron a animarla. Al percibir jaleo, mi madre se acercó de inmediato. Llevaba un plato repleto de langostinos.

—¿No oís ese zumbido? —preguntó la novia.

La puerta por la que habíamos accedido al asador se abrió de par en par y un puñado de zombis se colaron en la boda, sembrando el pánico a su paso.

—No era un zumbido, ¡era un *zombido*! —exclamó mi madre, y le dio tal ataque de risa que se le cayeron los langostinos al suelo.

Aproveché la confusión para sacar a Juan Luis de entre las fauces de las invitadas, que lo soltaron de mala gana. Se notaba que la oferta de solteros dejaba mucho que desear.

—¡Vámonos! —grité a mi madre.

—Dame solo un segundo —dijo ella.

Mi madre corrió en dirección al bufé con la mochila abierta. Un puñado de zombis no iban a privarla de disfrutar de semejante banquete nupcial.

ZOMBIFULNESS

—¡Ana! Justo a tiempo, los alumnos acaban de llegar —dijo mi jefe acercándose para darme un abrazo—. Esta debe de ser tu madre. Soy Berto Rija, maestro *zombifulness*.

—Yo soy Carmen. Un placer conocerlo.

—El placer es mío —dijo mientras la abrazaba con efusividad.

No pude contener un bostezo. Solo habíamos dormido un par de horas y me parecía sorprendente que me pudiera mantener de pie.

—Ana, ¿te encuentras bien? —se interesó Berto—. No tienes muy buen aspecto.

—Sí, estoy bien. Es que los zombis no nos han dejado pegar ojo en toda la noche.

—Eso es que habrán percibido alguna perturbación energética en vuestro entorno.

—Bueno, eso y que Ana se ha quedado leyendo su libro hasta las tantas —añadió mi madre—, y no me extraña, porque es una obra maestra.

Menudo farol.

—Vaya, me voy a ruborizar —dijo él halagado—. Admito que me he volcado por completo en ese libro. He querido hacerlo muy *easy going*, ¿sabéis?, para todos los públicos.

Las dos asentimos con la cabeza aunque no supiéramos de qué estaba hablando.

—¿Qué os ha parecido mi idea de usar la reflexología podal para liberar tensiones en los zombis? —preguntó deseoso de saber nuestra opinión.

—Creo que es una propuesta muy prometedora —contestó mi madre.

—Sí, es un concepto muy transgresor —respondí.

—Eso mismo pienso yo —dijo Berto complacido—. Me alegro de que mi mensaje haya calado en el lector.

El reloj de la sala dio las nueve en punto.

—Pues vamos a empezar ya, que hoy tengo el día movidito —aseguró Berto—. Ana, tú no te preocupes, que yo te voy a ir guiando en cada paso y, sobre todo, estate tranquila; no quiero que se te saturen los chacras el primer día.

—De acuerdo —contesté.

Berto dio dos palmadas para que todos le prestaran atención.

—Hoy, como veis, tenemos dos nuevas incorporaciones —les comunicó a sus alumnos—. Os presento a Ana, mi nueva ayudante, y a Carmen, su madre.

—Hola —nos saludaron todos al unísono.

—Estos son Luis, Alfredo, Lorena y Juana —los presentó Berto—. Démosles la bienvenida a nuestras nuevas compañeras haciendo el saludo al sol. Venga, todos juntos haciendo la asana *tadasana*, hasta *uttanasana*, *padahastasana*, *ashwa sanchalanasana*...

—¿Por qué habla solo con la *a*? —me susurró mi madre al oído.

—No lo sé, pero espero que no tengan un lenguaje propio, que bastante me costó sacarme el C1 de inglés como para ponerme ahora a aprender otro idioma.

—Muy bien. Y ahora, id sentándoos sobre el círculo de amor —indicó Berto a sus alumnos.

—¿Dónde está eso? —me preguntó mi madre en voz baja.

—Ni idea. Tú siéntate donde se sienten los demás.

—Creo que mejor me pongo aquí a tu lado, que estoy más cerca de la puerta —dijo mi madre, que empezaba a arrepentirse de haberme acompañado.

—Ana, cuando quieras puedes tocar el gong —me indicó Berto señalando a mi derecha.

Me levanté para llevar a cabo mi primera tarea como profesional del sector del *zombifulness*. Nunca había tocado un gong, pero no podía ser muy difícil. Al fin y al cabo, era un gong y no una flauta travesera.

—Compás simple en do sostenido —especificó mi jefe.

Agarré el martillo que estaba en el suelo y golpeé el gong con fuerza para que quedara patente mi interés y compromiso con la clase. La onda expansiva resultante tiró al suelo un cuadro de la pared e hizo estallar varios cuencos tibetanos. Todos se llevaron las manos a las orejas.

—Ana, querida —dijo Berto en cuanto se repuso—, ya sé que la energía fluye en ti con mucha fuerza, pero no uses un martillo de percutor. La próxima vez utiliza la pequeña maza que está encima del gong.

Asentí con la cabeza, avergonzada.

—Bien, ahora, para calentar un poco los chacras, quiero que todos cerréis los ojos y os concentréis en vuestro plexo solar. ¿Notáis cómo fluye en vosotros la energía cósmica? —preguntó.

Aunque solo llevábamos cinco minutos de clase, mi madre estaba ya más que aburrída y, aprovechando que estaban todos con los ojos cerrados, se levantó del sitio y comenzó a pasear por el salón. De nada sirvieron las señales desesperadas que le hice para que volviera a su sitio. Solo después de

prepararse un café con leche y comerse unas galletas se volvió a sentar.

—Bien. Ahora, poco a poco, vamos a ir abriendo los ojos, cada uno a su ritmo.

Berto se sorprendió de que ahora mi madre estuviera sentada a su lado.

—Vaya, Carmen, eso ha estado realmente bien. No todo el mundo consigue teletransportarse el primer día.

—He usado la energía cósmica —aseguró mi madre.

—Pues tienes muy buena técnica; felicidades. Bueno, sin más dilación, vamos a comenzar con el ejercicio de hoy: cómo afrontar el miedo irracional a los zombis. Pero, antes, me gustaría felicitar a Luis porque hoy está de aniversario, ¿no es así?

—Sí, maestro. Llevo ya un mes sin atacar a un zombi.

—Enhorabuena, Luis —lo felicitaron todos a la vez.

—¿Y cómo lo has hecho? —preguntó intrigada mi madre.

—Usando el *zombifulness* —respondió él.

—¿Eso es un repelente de zombis o algo así? —quiso saber mi madre.

—Como ya habrás leído en mi libro —intervino Berto—, el *zombifulness* es un método que he desarrollado para vivir en armonía con los zombis. Para ponerlo en práctica, debemos dejar de juzgar a las personas en función de si están vivas o no. Los prejuicios que tenemos contra los zombis nos hacen más daño a nosotros mismos que a ellos. Y, si no, decidme, ¿qué opináis de los zombis?

—A mí me dan miedo —dijo Juana—. Siempre que intento darles de comer intentan mordirme.

—También hay gente que le tiene miedo a las mariposas y eso no las hace peligrosas —replicó Berto—. ¿Y tú qué piensas, Lorena?

—Que son muy feos.

—Lorena, la belleza es algo muy subjetivo —le explicó—. Te invito a que pongas un espejo en tu casa y lo compruebes tú misma. En fin, a lo que vamos, hoy os he traído una sorpresa.

Mi jefe se incorporó y se dirigió a la cocina. Al poco rato, volvió a aparecer, arrastrando una jaula enorme cubierta con una manta.

—¿Preparados? —nos preguntó.

Antes de que nos diera tiempo a contestar, quitó la manta de un tirón. Dentro había un zombi que comenzó a gruñirnos mientras se golpeaba contra los barrotes. Todos gritamos de la impresión salvo Berto, que pidió calma.

—Uy, qué malas vibraciones hay aquí —nos recriminó—. ¿Cómo va a

querer Venancio quedarse con nosotros con este recibimiento?

—¿Venancio? —preguntó Lorena con la voz temblorosa.

—Se llama así: Venancio Ruiz, y es neurocirujano. Este hombre ha salvado muchas vidas y mira qué bienvenida le dais —continuó mi jefe.

¿Cómo podía saber Berto toda esa información del zombi?

—Es que asusta mucho —se atrevió a decir Alfredo.

—Todo está en tu mente, Alfredo —le dijo mi jefe—. Nosotros creamos la realidad. Y para que lo comprobéis por vosotros mismos, vamos a hacer un ejercicio de relajación mientras dejo libre a Venancio por el salón.

Todos abrimos los ojos como platos.

—Confiad en mí. Venga, cerrad los ojos y no hagáis trampas.

A pesar de las reticencias que todos mostraron, al final le hicieron caso. Cuando los alumnos, incluida mi madre, cerraron los ojos, el zombi Venancio salió de la jaula.

—Mañana a la misma hora —le susurró mi jefe.

Venancio asintió con la cabeza, le dio un abrazo, se puso una cazadora que había en el perchero y se fue. Estaba claro que Berto también había encontrado la forma de comunicarse con ellos. Al parecer no éramos las únicas que sabíamos que los zombis nos entendían.

Entonces, Berto se acercó a mí y me dijo en voz baja que caminara por detrás de los alumnos fingiendo ser Venancio. Así lo hice.

—Maestro, noto una presencia —murmuró Juana atemorizada cuando pasé a su lado.

—¿Crees que es Venancio? —quiso saber Berto.

—Podría ser... —susurró ella con la voz entrecortada.

—¿Y qué crees que quiere?

—¿Morderme?

—Vamos a preguntarle. Venancio, ¿quieres morder a Juana?

—Grggrgrgrg —gruñí.

—Dice que no, que lo que quiere es darte un abrazo —tradujo Berto, y me hizo un gesto indicándome que la abrazara.

En cuanto la toqué, la pobre Juana se desmayó en el acto.

—A veces pasan estas cosas —dijo mi jefe—, es parte del proceso. No todo el mundo asimila el *zombifulness* a la misma velocidad.

Me apresuré a ponerle los pies en alto mientras Berto descolgaba un paipái que estaba expuesto en la pared.

—Si fueses tan amable de traer un vaso de agua... —me pidió al ver que

la alumna comenzaba a volver en sí.

Fui a la cocina y llené un vaso con agua. Cuando volví al salón, Berto, que se estaba abanicando, me lo quitó de las manos y se lo bebió.

—Gracias, lo necesitaba —dijo devolviéndome el vaso vacío—. Hace un bochorno que no se puede aguantar.

—¡Creo que Venancio me está mordisqueando los tobillos! —exclamó nervioso Luis.

—No, eso es un ratón —le informó Berto.

Luis suspiró aliviado.

—Bien, ya ha terminado el ejercicio. Podéis abrir los ojos —dijo Berto.

Los alumnos miraron en todas las direcciones buscando al zombi, a excepción de mi madre, que se había quedado dormida. Tuve que darle un codazo para que se despertara.

—¿Dónde está Venancio? —preguntó Lorena.

—¿Ya lo echas de menos? ¡Esa es la actitud! Ven aquí, te has ganado un abrazo —dijo Berto.

—Gracias, maestro.

—No, gracias a ti. Pues hasta aquí nuestra sesión de hoy —anunció Berto—. Mañana hablaremos de vuestras impresiones con Venancio, hoy no hay tiempo para más. Espero que hayáis interiorizado la moraleja de la clase de hoy y es que en esta vida recibís en función de lo que dais. Ana, puedes pasar la gorra.

La gorra era en realidad un cesto de mimbre de gran tamaño en el que los alumnos fueron depositando todo tipo de viandas como donativo.

—Por cierto —añadió Berto para concluir—. A los que estéis apuntados a gimnasia de mantenimiento, quiero recordaros que tenéis que traer un acompañante si no queréis hacer los ejercicios por parejas con Venancio.

TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A ROMA

A la mañana siguiente, me entró el pánico cuando recogí el periódico, que todavía estaba tirado en el jardín, y leí el titular que aparecía en primera página: «Una veintena de zombis consiguen escapar de la cárcel local».

«Zombi Sucesos. Una veintena de zombis se escaparon de la cárcel local en la noche del pasado miércoles. En su huida, los no vivos fueron a parar a la boda de la hija del alcalde, sembrando el pánico a su paso y causando numerosos destrozos. Según fuentes oficiales, este hecho puede estar relacionado con el mal estado de conservación del centro penitenciario. El vigilante de la cárcel, que responde a las iniciales de J. D. S., fue encontrado horas después en estado de *shock* subido a un árbol en un barrio residencial de Zafranillo del Valle».

—Menos mal que no dicen nada de nosotras —suspiré aliviada enseñándole la noticia a mi madre.

Ella le echó un vistazo por encima mientras se atiborraba de los canapés que había sustraído del banquete de bodas.

—Tienes que probar estas croquetas —balbuceó con la boca llena—. ¡Menuda bechamel!

—A ver si te van a sentar mal. Te has comido casi una docena.

—Esto mañana se ha echado a perder. Prefiero reventar antes de tener que tirar estas delicias.

Mi ex entró en casa acariciando una gallina que traía debajo del brazo.

—¿De dónde has sacado esa gallina? —le pregunté—. Por favor, dime que no es de la vecina.

Juan Luis negó con la cabeza, dejó el ave en el suelo y escribió en su libreta que estaba en el bosque.

—Lo que le pasa a Juan Luis es que se aburre. Podrías pedirle a Berto que le dé un trabajo —propuso mi madre—. El zombi que tenía para la clase no sabía ni hacer la *o* con un canuto.

—Habría que preguntarle a Juan Luis qué le parece la idea, ¿no?

—Pero míralo, lo está pidiendo a gritos. Además, así lo mantenemos alejado de Sara.

En ese momento llamaron a la puerta. Me dirigí a la entrada y eché un vistazo por la mirilla por precaución. Fuera estaba Álex con una caja de madera bastante voluminosa en los brazos. Llevaba puesto el uniforme de policía, así que supuse que estaba de servicio.

—¡Es Álex! —exclamé.

—¡No fastidies! —dijo mi madre mientras se acercaba para comprobarlo ella misma—. ¡Lo tienes en el bote!

—¿Cómo sabe dónde vivimos?

—No sé qué tienen los uniformes... —añadió mi madre, que seguía con el ojo pegado a la mirilla.

—¡Tenemos que esconder a Juan Luis! —exclamé.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Álex al otro lado de la puerta.

—Sí, un momento —respondió mi madre haciendo tiempo mientras yo llevaba a Juan Luis y a su gallina a la despensa.

—¡Álex, qué agradable sorpresa! ¿Te apetece tomar algo? Tenemos gambas de Huelva —oí que le decía.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—A un cafecito no me dirás que no —insistió mi madre.

—Me encantaría, pero tengo que volver enseguida a la oficina.

—Hola, Álex —lo saludé al entrar en el salón—. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a entregaros vuestras joyas y el acordeón.

¡La denuncia falsa! Ya se me había olvidado. Por eso sabía nuestra dirección.

—Mis compañeros han encontrado vuestras pertenencias en un chalet a las afueras del pueblo. Al parecer, los ladrones organizaban subastas con la mercancía robada.

—Qué coincidencia —lo interrumpió mi madre—. Justo el otro día estuvimos en casa de...

—En Casa Pancraccio —me apresuré a decir antes de que mi madre confesara nuestra presencia en una subasta ilegal—. Tienen el mejor cocido de garbanzos de la zona a un precio sin competencia.

—Tomo nota —dijo el policía mientras posaba la caja sobre la mesa del salón—. Espero que esté todo.

Por un momento, pensé que nos estaba tomando el pelo. ¿Cómo podían haber aparecido los objetos robados de un hurto imaginario? Pero cuando el policía abrió la caja y comenzó a sacar joyas, me di cuenta de que no era una broma. Anillos de oro, colgantes con piedras preciosas, sortijas de diamantes, collares de perlas, una tiara y, cómo no, un acordeón. Mi madre se quedó boquiabierta, era como si le hubiera tocado el gordo sin necesidad de haber comprado lotería.

—Creo que ha habido un error. Estas joyas no son nuestras. No tienen —No se me ocurría nada—... las iniciales de la familia.

—Hija, ¿qué dices!

—Mamá, ¿por qué no vas por las gafas de cerca y así sales de dudas tu misma?

—No hace falta, hija. Me fío de tu palabra. Eres una persona honesta e íntegra, que nunca va a salir de pobre.

—¿Y el acordeón? —preguntó Álex, algo contrariado por la equivocación.

—Me temo que tampoco es nuestro —contesté.

—¿Estás segura? Se parece mucho al tuyo —afirmó mi madre.

—Estoy segurísima —repuse lanzándole una mirada fulminante.

—Vaya, cuánto lo siento —se disculpó el policía, un poco avergonzado.

—Bueno, hija, aunque no sea el tuyo, tócale una canción a Álex, para que se vaya con buen sabor de boca.

Estaba claro que mi madre quería vengarse por no haberla dejado quedarse con las joyas y, por la cara de interés que puso el policía, todo apuntaba a que iba a salirse con la suya.

—Venga, hija, no seas tímida —insistió mi madre—. No hagamos perder más tiempo a Álex, que se tiene que ir a trabajar.

—Seguro que a Álex no le gusta mi repertorio de música folclórica.

—En realidad, sí que me gustaría escucharte tocar algo —afirmó él.

Sus palabras fueron mi sentencia. A mi madre le faltó tiempo para sacar el acordeón de la caja y ponérmelo en las manos. Era la primera vez que sostenía uno y ni siquiera sabía por dónde agarrarlo. Estaba intentando hacerme la remolona para ver si Álex renunciaba a la actuación en directo cuando, de repente, se oyó el característico chirrido de la puerta de la despensa seguido del cacareo de la gallina de Juan Luis. ¿Habría salido mi ex de su escondite? Me entró el pánico y decidí aplacar el ruido haciendo sonar el acordeón. Apreté y extendí varias veces el fuelle, consiguiendo que del instrumento brotaran unos desagradables sonidos que hicieron que Álex, hasta entonces sonriente, pusiera cara de circunstancias. Cuando me pareció que no se oían más ruidos sospechosos, di por concluida mi actuación.

—Es que no está afinado —me excusé, y volví a meter el acordeón en la caja.

—Ha estado... Ha sido... interesante —apreció el policía.

—Cinco años pagándole el conservatorio para esto —dijo mi madre conteniendo la risa.

—Siento que no sean vuestras pertenencias —dijo Álex metiendo de nuevo los objetos robados en la caja—. Seguiremos buscando vuestras cosas.

Ahora tengo que volver a comisaría.

—¿Seguro que no quieres tomar nada antes de irte? —volvió a insistir mi madre.

—Se lo agradezco, pero no puedo. Hoy tenemos mucho lío con todo el asunto de los zombis que se han escapado de la cárcel. Me va a tocar hacer papeleo hasta tarde.

—Siento que te hayas molestado en venir para nada —le dije mientras lo acompañaba a la puerta.

—No pasa nada. Ha sido un placer volver a veros —se despidió.

—Lo mismo digo —le dije.

—Álex —interrumpió mi madre—, tal vez podrías llevar a Ana hasta el trabajo. Se le ha hecho tardísimo.

Mi madre no perdía ninguna oportunidad de hacer de casamentera.

—Claro, no hay problema —se apresuró a decir Álex.

—No hace falta que te molestes, no quiero hacerte perder más tiempo —le dije.

—No te preocupes, me queda de camino.

No pude evitar sonreír.

—Todavía no te he dicho dónde trabajo.

Él también sonrió al darse cuenta de la metedura de pata.

—Todos los caminos conducen a Roma —dijo para salir del paso.

—En ese caso, supongo que no me puedo negar.

—¡Vuelve cuando quieras! —se despidió mi madre desde el salón.

Salimos de casa y nos montamos en el carro de policía.

—¿Dónde trabajas? —me preguntó.

—En la calle de Las Alabardas. ¿Sabes dónde está?

—Claro —dijo emprendiendo la marcha—. ¿Y a qué te dedicas?

Era una buena pregunta. Ni siquiera yo lo tenía claro y menos aún después de la sesión de ayer.

—Colaboro en unas clases de *zombifulness*.

—¿*Zombifulness*? ¿Qué es eso?

—Bueno, intentamos que la gente aprenda a respetar a los zombis y a convivir con ellos de forma pacífica.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿También enseñáis a los zombis a respetar a los vivos? —preguntó con ironía.

—Creo que eso entra más dentro de tus funciones.

—Sinceramente, yo no creo que se les pueda enseñar nada, no son muy razonables que se diga.

Si él supiera. Algunos zombis como Juan Luis sí que eran razonables. Su respuesta me hizo pensar que tal vez no estaría de más que hiciésemos públicos nuestros recientes descubrimientos sobre los zombis, pero últimamente habían pasado tantas cosas... ¡Y yo que pensaba que me iba a aburrir en el pueblo!

—Yo creo que hay zombis pacíficos con los que se podría convivir sin problema.

—¿De verdad lo crees? —dijo con escepticismo—. Ojalá yo hubiera visto ese lado amable de los zombis, pero ha sido más bien todo lo contrario. Me paso el día persiguiéndolos para intentar que hagan el menor daño posible.

El caballo, que avanzaba a su ritmo sin que nadie lo azuzara, iba tan despacio que me pregunté si, en realidad, no estaríamos parados. Parecía que a Álex se le había pasado la prisa de repente.

—Hace poco que te has mudado, ¿verdad? —me preguntó, cambiando de tema.

—Hace una semana. ¿Cómo sabes que llevo poco tiempo en el pueblo?

—Si te hubiera visto antes, me acordaría —afirmó.

Me pongo colorada en tres, dos, uno.

—A tu madre la había visto antes en la tienda de Benito —continuó—, pero no nos habían presentado. En realidad, yo también me vine al pueblo hace unos meses.

Mientras decía esto, el caballo se paró a pastar.

—¿Por qué te viniste? —pregunté—. Si no es indiscreción.

—Me vine a cuidar a mi abuela. Ya no tiene edad para estar sola y mis padres no pueden dejar su trabajo en la capital. Pedí el traslado y me lo concedieron de inmediato. Creo que fue el traslado más rápido de la historia. La gente no quiere ir a los pueblos y menos en los tiempos que corren.

—No te imagino en la capital —se me escapó.

—En serio, ¿por qué? —preguntó con una media sonrisa en los labios.

—Bueno, quiero decir que... No sé, eres muy...

—¿Pueblerino?

Nos reímos. Un anciano en bicicleta nos increpó por obstaculizar la circulación. El bocinazo que nos dedicó mientras nos adelantaba asustó al caballo, que retomó la marcha.

—¿No echas de menos poder callejear sin que nadie te conozca? —me preguntó.

—¿Y qué me dices de poder salir por la noche sin que te confundan con un zombi?

—¿Y la empanada de espinacas del puesto de la plaza Mayor?

—A veces sueño con ella —dije sin poder contener la risa.

—¿Te está resultando complicado el cambio? —quiso saber.

—Echo de menos algunas cosas de la ciudad, pero la verdad es que menos de lo que pensaba. Y tú, ¿cómo lo llevas?

—He de confesar que me gusta el pueblo. Especialmente desde hace unos días —dijo mirándome a los ojos.

Tardé unos segundos en recobrar el aliento, justo a tiempo para decirle que habíamos llegado a mi destino.

—Es aquí —le indiqué.

Álex se quedó mirando la cabaña de Berto con una mezcla de asombro y estupefacción.

—¿Trabajas para un elfo? —se burló.

—No exactamente —dije bajándome del carro—. Muchas gracias por traerme.

—Ha sido un placer. Me ha gustado hablar contigo.

—A mí también me ha gustado hablar contigo.

—Tal vez deberíamos hacerlo más a menudo.

—Tal vez —contesté mientras me alejaba.

Llegaba tardísimo al trabajo. Cuando entré en clase, el zombi Venancio me había sustituido y tocaba el gong desde su jaula para dar inicio a la sesión.

—Gracias por cubrirme las espaldas —le dije—. Te debo una.

EL CHEF ZOMBI

Cuando volví del trabajo, me encontré a mi madre mirando con unos prismáticos por la ventana del salón.

—Hola, mamá. ¿Qué haces?

—Espiar a la vecina —contestó como si tal cosa, sin despegar la vista de los prismáticos—. ¿Qué tal con el policía? ¿Ya te ha pedido una cita?

—¡Claro que no!

Resopló.

—¡Pues habérsela pedido tú! —me echó en cara—. ¿No te diste cuenta de cómo te miraba esta mañana?

—¡Mamá!

—Si el problema es que no es tu tipo, habrá que ampliar el radio de búsqueda de pretendientes.

Ante semejante comentario, opté por desviar su atención hacia otro tema de conversación.

—¿Por qué espías a la vecina? —le pregunté.

—¡No te lo vas a creer! ¡He descubierto que tiene mayordomo! Mira, echa un vistazo.

Aunque no aprobaba las labores de vigilancia de mi madre, la verdad es que sentía curiosidad. Me acerqué a la ventana y miré por los prismáticos. La mansión de Sara estaba construida en una finca de diez mil metros cuadrados y contaba con un jardín bien cuidado, un establo, un gallinero, un estanque con dos fuentes y un pequeño invernadero.

—¿A dónde tengo que mirar? —le pregunté.

—A la planta baja de su casa, la segunda ventana por la izquierda —respondió ella.

En cuanto enfoqué en la dirección que me había indicado, vi a Sara gritándole a un hombre vestido de mayordomo que aguantaba el rapapolvo cabizbajo. Cuando acabó, la vecina se sentó en un sofá y, acto seguido, un brillo inusual iluminó la habitación en la que se encontraba.

—¿Qué narices es eso? ¿Lo has visto? —preguntó mi madre.

—Será un reflejo —dije sin darle mayor importancia al tiempo que le devolvía los prismáticos—. ¿Dónde está Juan Luis?

—En el jardín. Le está dando de comer a la gallina —respondió—. ¡Vaya fastidio! Han corrido las cortinas.

—Mamá, ¿a nosotras qué más nos da lo que haga o deje de hacer la vecina? Bastante tenemos con lo nuestro como para meternos en la vida de los

demás, ¿no te parece? —le dije mientras me dirigía a la despensa para guardar el bacalao en salazón que me había dado Berto como salario.

Cuando volví al salón, mi madre ya no estaba. Desde la ventana vi cómo entraba en la propiedad de la vecina. Sin perder un segundo, salí corriendo detrás de ella, pero cuando conseguí darle alcance ya había tomado posiciones debajo de la ventana de la discordia.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le pregunté enfadada.

—¡La vecina está ocultando algo y voy a descubrir qué es! —exclamó.

—Mamá, déjate de conspiraciones, está todo en tu mente.

—Hija, ya hablas como Berto y solo llevas tres días trabajando con él —me echó en cara—. Vamos a tener que entrar, las cortinas son muy gordas, no se ve nada.

—¡Vuelve a casa, por lo que más quieras! —le rogué.

Las vacas de Sara comenzaron a mugir sin parar. Apostaría a que estaban avisando a su dueña de nuestra presencia. Su insistencia fue tal que Sara salió a la entrada a echar un vistazo.

—¡Clotilde! ¿Qué es ese escándalo? —gritó.

Por fortuna, la vecina no nos descubrió y volvió a entrar en la casa.

—¿Quién es *Clotilde*? —pregunté a mi madre en cuanto se fue.

—Es una de las tres vacas de la vecina. La que tiene suelta por el jardín. Las otras se llaman *Gertrudis* y *Genoveva* —me informó mientras examinaba la fachada—. Mira, esa ventana está abierta.

—¡Mamá, esto no está bien! Vámonos ahora que todavía estamos a tiempo, por favor.

Pero ella hizo oídos sordos y, ni corta ni perezosa, se subió encima de una alpaca de heno que estaba en el jardín para ver si llegaba a la ventana, y lo habría conseguido si no hubiera sido porque en ese mismo momento *Clotilde* hizo acto de presencia. La psicología bovina nunca ha sido mi fuerte, pero me daba la impresión de que a la vaca no le había hecho mucha gracia que tocáramos su comida.

—No me gusta cómo nos está mirando la vaca —le indiqué a mi madre—. Creo que va a atacarnos.

—¡Pero si solo es una vaca! No la molestes y listo —dijo mi madre sin prestarle atención.

La vaca, que ya estaba suficientemente enfadada sin falta de que yo la provocara más, mugió furiosa mientras tomaba impulso para embestirnos. Dadas las circunstancias, el asunto del allanamiento de morada me pareció

secundario. Sin pensarlo dos veces, ayudé a mi madre, que ya tenía medio cuerpo dentro de la casa, a entrar por la ventana, y yo fui detrás. Caímos en medio del pasillo.

—¿Las patatas bravas son para hoy? ¿Las estáis cocinando o recolectando? —gritó Sara, que no parecía muy contenta con el servicio.

Las palabras de la vecina movilizaron al mayordomo, que salió disparado por el pasillo con una bandeja en la mano. Entramos a toda prisa en la primera habitación que encontramos para evitar ser descubiertas. Nada más abrir la puerta, nos quedamos atónitas; cinco zombis caminaban dentro de una especie de carrusel gigante que estaba conectado a un generador eléctrico. Los zombis, que no esperaban visita, pararon en seco y nos miraron desconcertados. La bombilla que iluminaba la habitación parpadeó hasta apagarse por completo.

—¡Os vais a enterar, holgazanes! —se oyó gritar a Sara.

—¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! —exclamé.

Volvimos al pasillo con la intención de salir por la ventana, pero ya era tarde; los pasos de Sara se oían muy cerca. Tuvimos el tiempo justo para meternos en la puerta de enfrente. La cosa iba de mal en peor; en la habitación, un zombi planchaba una blusa mientras otro, sentado frente a una lavadora, doblaba calcetines.

—¡Esto es increíble! —exclamó mi madre—. ¡Le están haciendo la colada!

—¿Qué hacéis mirando a las musarañas? —se oyó decir a Sara a los zombis del generador—. ¡No he visto zombis más vagos en toda mi vida! ¡Como no os pongáis a trabajar ahora mismo, vais a hacer la dieta de la alcachofa a partir de hoy y hasta nuevo aviso!

Los zombis debieron de ponerse de inmediato en movimiento, porque el piloto de la plancha se encendió y la lavadora se puso a dar vueltas.

—¡Todo lo tengo que supervisar yo! —se quejó Sara a voz en grito—. ¡Seguro que no tengo ni la ropa lavada!

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamé.

—¡La trampilla! —dijo mi madre señalando una trampilla que había en la pared.

Con no pocas dificultades, atravesamos aquella portezuela y llegamos a la cocina. Al lado de los fogones, un zombi con una redcilla en la cabeza picaba unas zanahorias mientras el mayordomo, que también resultó ser un zombi, pelaba patatas con desgana. En ese momento, se oyó gritar de nuevo a Sara.

—¿Otra vez habéis lavado junta la ropa blanca con la de color? —se

quejó a voz en grito—. ¡Me habéis desteñido mi pijama! Y a ver si la laváis a menos temperatura, que me estáis encogiendo toda la ropa.

Mientras tanto, mi madre, con su habitual templanza, probaba el guiso del chef zombi.

—¡Qué bueno! Ana, ven aquí y prueba estas lentejas. ¿Le echas pimentón dulce al refrito? —le preguntó al cocinero.

—Grg —gruñó el zombi al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Carne de pimiento choricero? —intentó adivinar mi madre.

—Mamá, déjate de pimientos choriceros, que Sara está haciendo la ronda y estos zombis son los siguientes.

—Hija, este zombi quiere llevarse el secreto de estas lentejas a la tumba.

—Es un riesgo que tendremos que correr.

Después de que mi madre le aconsejara al mayordomo que pelara las patatas con más esmero para no desperdiciar la mitad, salimos de la cocina y nos colamos en el salón. Allí descubrimos al responsable del destello misterioso: un televisor HD con pantalla de cuarenta y seis pulgadas que estaba conectado a un reproductor de DVD.

Estábamos a solo un paso de la puerta de salida, pero Sara, que al parecer tenía más confianza en el cocinero que en el resto de zombis, volvió directa de la lavandería al salón y tuvimos que lanzarnos detrás del sofá para no ser descubiertas.

—Panda de inútiles, todo lo tengo que hacer yo —murmuró entre dientes mientras tomaba asiento y ponía en marcha el reproductor.

En la pantalla apareció la cabecera de un culebrón. Aprovechando que estaba entretenida, le hice una señal a mi madre para irnos. Pero ella, que en ese momento degustaba una de las patatas bravas de Sara, se había quedado absorta mirando la tele.

—¿Podríamos quedarnos? —me susurró al oído—. Este capítulo no lo he visto.

Le dije que no con la cabeza con tal rotundidad que no insistió y, sin más demora, salimos sigilosamente por la puerta. Fuera nos estaba esperando la vaca *Clotilde* con cara de pocos amigos. Salimos a todo correr en dirección a casa perseguidas por el bóvido que, a pesar de su peso, se movía con asombrosa rapidez. Cuando cruzamos la verja, vi que Sara se asomaba a una de las ventanas alertada por los mugidos de la vaca.

—Mamá, ¿has visto qué geranios más hermosos tiene la vecina? —dije en voz alta intentando disimular.

—Un poco mustios... —repuso mi madre.

—¡Clotilde! ¡Aléjate de esa verja! ¡A ver si te van a pegar los chinches las vecinas! —gritó Sara y, acto seguido, cerró la ventana.

—Ha faltado poco —dije—. Tenemos que ir a hablar con Álex y decirle lo que hemos visto.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? Hija, si quieres ver a Álex podemos pensar en una excusa mejor.

—Sara tiene zombis esclavizados haciendo las labores del hogar, ¿no te parece suficiente motivo?

Mi madre se encogió de hombros.

—Y para colmo —añadí—, mantiene en secreto que ha conseguido generar electricidad por su cuenta, algo de lo que todos podríamos beneficiarnos...

—Y cuando nos pregunten cómo sabemos todo eso —me interrumpió—, ¿qué les decimos?

Estaba claro que íbamos a tener que omitir datos durante la explicación, por lo menos en lo referente al allanamiento de morada.

—Tampoco hace falta que entremos en detalles... —contesté.

—Ana, ahora no piensas con claridad, porque aún no has almorzado y tienes los niveles de azúcar por los suelos.

—Bueno, pues vamos después de comer.

—Recuerda que hoy tienes *zombifulness* también por la tarde.

—Tienes razón. Hoy viene el grupo de la tercera edad de Zafranillo del Valle.

Me sorprendió que mi madre no quisiera denunciar a la vecina cuanto antes, a sabiendas del poco aprecio que le tenía, pero tampoco le di más vueltas y decidí ir yo sola a avisar a Álex después del trabajo.

Por desgracia, durante la última clase, uno de los alumnos de *zombifulness* salió corriendo cuando vio a Venancio y tuvimos que buscarlo por todo el barrio. Cuando lo encontramos escondido en unos matorrales, era tan tarde que no me quedó más remedio que aplazar la visita a Álex para otro momento.

EL CARTEL INDISCRETO

Al llegar a la casa de Berto a la mañana siguiente, me resultó extraño que el maestro no estuviera haciendo sus estiramientos en el aula de *zombifulness*. En aquel momento, no le di mayor importancia y me puse a colocar las esterillas en el círculo del amor. Pero, a medida que pasaban los minutos y se acercaba la hora de la clase, comencé a impacientarme. Lo busqué por toda la casa, pero allí no estaba. Tampoco encontré a Venancio, aunque teniendo en cuenta la flexibilidad de su jornada laboral, bien podría haberse tomado el día libre. Cuando llegaron los alumnos, les dije que el maestro había tenido que ir a un congreso de *zombifulness* de improviso y que quería que hoy meditaran en sus casas. Después de esperar un tiempo prudencial por si aparecía, yo también me fui.

Acababa de emprender el camino de regreso a casa cuando vi un zombi avanzando en mi dirección. Aunque mi amistad con Juan Luis, el *zombifulness*, el test de inteligencia zombi y los últimos descubrimientos en casa de Sara habían hecho que me replanteara mi opinión sobre los zombis, no era una ingenua y sabía que muchos de ellos eran peligrosos, así que guardé las distancias por si acaso y me mantuve alerta. Para mi sorpresa, el zombi iba tan ensimismado que ni siquiera me miró cuando nos cruzamos. Su actitud me resultó tan llamativa que no pude evitar volverme cuando pasó de largo. Fue entonces cuando me percaté de que en la espalda llevaba una especie de cartel publicitario en el que se podía leer «Busco novio» con mi nombre, mi dirección y una postdata que ponía «Preguntar por Carmen».

—¡Mamá! —grité furiosa.

Al contrario de lo que era habitual, esta vez fui yo la que salió corriendo detrás del zombi. Alcanzarlo fue sencillo porque estaba algo cojo de una pierna, pero quitarle el cartel ya fue otro cantar; aquel zombi valoraba la misión que le había encomendado mi madre. Estuvimos forcejeando durante varios minutos, hasta que decidí cambiar de estrategia.

—¿Cuánto te paga por la publicidad? —le pregunté.

Aunque, en un primer momento, el zombi no estaba muy por la labor, después de un instante de reflexión, sacó un bocadillo de tortilla del bolsillo a modo de respuesta.

—Si me das el cartel, te doy dos.

—Gggr rggg grggr —me regateó enseñándome tres dedos.

—¿Tres? Bueno, está bien. Venga, dámelo antes de que cambie de opinión.

Pero el zombi, que no debía de fiarse de mí, extendió la mano para que

antes le entregara sus bocadillos. Como no llevaba nada encima, le pedí que me acompañara hasta casa para saldar la deuda. Así lo hizo.

Hasta que no llegué a casa, no me di cuenta del alcance real de la situación. De nuestra propiedad no paraban de entrar y salir zombis cargando con cajas repletas de botellas de ginebra y con un cartel que ponía «Ginebra Express: allá donde estés». Entretanto, en el jardín, otros zombis hacían cola esperando su turno. Tuve que abrirme paso entre ellos para poder entrar en casa, y no fue fácil, porque no se tomaron nada bien que me colara. Cuando por fin llegué a la cocina, un zombi esperaba sentado en una banqueta a que mi madre terminara de rotular un cartel.

—Hija, qué pronto has vuelto —dijo en cuanto me vio.

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —preguntó con cara de sorpresa, como si no supiera de qué estaba hablando.

—¡A qué me voy a referir! A los zombis que hay en nuestra casa, al que acaba de salir con una caja de nuestra ginebra ¡y al que llevaba el cartel de «Busco novio»! —exclamé enfadada.

—¡Ah! ¡Eso! Es un empujoncito para ayudarte a encontrar novio, porque te veo un poco perdida.

—¡Pero qué manía te ha entrado con buscarme pareja!

—No me des las gracias. Una madre debe hacer todo lo que esté en sus manos por la felicidad de sus hijos.

—¿Y la publicidad de la ginebra también me va a ayudar a encontrar la felicidad?

—Pues claro que sí. A mayor número de clientes, más beneficios, cuantos más beneficios, más bienes y cuantos más bienes, más pretendientes. Pero, para que el negocio despegue, necesitamos mano de obra para la distribución.

—¿Mano de obra zombi? —le pregunté para saber si seguíamos hablando de lo mismo.

—Si Sara emplea a los zombis, ¿por qué no vamos a poder hacer lo mismo nosotras?

—¡Por eso no querías delatar a la vecina!

Mi madre, que seguía con su tarea sin ningún tipo de reparo, le colocó el cartel recién rotulado al zombi de la banqueta, le dio una caja con ginebra y le hizo entrega de un bocadillo. El zombi se fue cojeando.

—¿Se puede saber por qué son todos cojos? —pregunté.

—Los otros salieron corriendo en cuanto se dieron cuenta de que los

perseguía.

Yo en su lugar habría hecho lo mismo.

—¡Nos van a acusar de colaboración zombi! —intenté hacerla entrar en razón.

—Tranquilízate. No hay ninguna ley que prohíba dar trabajo a un zombi.

—¡Porque a nadie se le ha ocurrido nunca semejante barbaridad!

—¿Y qué me dices de tu jefe? ¿Y de Sara?

—Ellos no cuentan porque no están bien de la cabeza.

—Te recuerdo que ya estamos dando cobijo a un zombi en nuestra propia casa.

—¡No es lo mismo! —exclamé a punto de perder los papeles—. Juan Luis no lleva un cartel con nuestra dirección a la espalda.

—¿Quieres añadir algo más al cartel? —preguntó cambiando de tema—. Iba a poner tus aficiones, pero no quise espantar a los posibles candidatos.

—¡Retira todos estos carteles de la circulación ahora mismo!

—Hija, eso es imposible. No podría hacerlo aunque quisiera. Estos zombis son impredecibles —dijo al tiempo que hacía pasar a otro zombi a la cocina.

—¡Pero si es Venancio! —exclamé al verle la cara—. ¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba vagabundeando por la calle y en cuanto me vio quiso venirse conmigo. Tu jefe no debe de alimentarlo muy bien, porque se comió la mitad de los bocadillos que llevaba como cebo.

—Venancio, ¿tú sabes dónde está Berto? —le pregunté.

Mi compañero de trabajo se encogió de hombros.

—¿Te dijo si se iba a ausentar? —insistí.

Negó con la cabeza. Empecé a preocuparme. Desde que comenzó la invasión zombi, desaparecer de forma repentina no solía ser muy buen augurio.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber mi madre.

—Berto no estaba en su casa esta mañana. He tenido que suspender las clases de *zombifulness*.

—Bueno, hija, vamos a ser positivos. Igual le ha tocado el viaje a Albacete con todos los gastos pagados que sorteaba Benito.

—Aun considerando la remota posibilidad de que le hubiese tocado ese viaje, no lo habría aceptado. Tiene alergia a los caballos, ¿cómo iba a ir hasta Albacete?

—Rrrg, rrrg —interrumpió el zombi con el que había hecho el trato.

—¡Se me había olvidado! —exclamé, y me puse a hacer los bocadillos que le debía.

En ese momento, apareció mi ex. Le traía un café con leche a mi madre en una bandeja.

—¿Qué hace Juan Luis vestido de mayordomo? —le pregunté a mi madre.

—No vamos a ser las únicas sin servicio en el barrio.

¡QUE NO CUNDA EL PÁNICO!

—¿Y bien? —preguntó mi madre cuando regresé.

—Berto sigue sin aparecer. He tenido que volver a suspender las clases de hoy. Creo que deberíamos informar de su desaparición.

—Hija, dale una oportunidad, no lo envíes al otro barrio tan pronto —me reprochó—. ¿Por qué no me acompañas a la reunión de vecinos? Así mantienes la mente ocupada en otra cosa.

—¿Dónde se celebra la junta?

—En casa de la vecina —respondió—. Yo, si pudiera, me escaquearía, pero la asistencia es obligatoria para los propietarios. ¡Venga, ánimo! Si vamos las dos será menos aburrido.

Aunque la simple idea de volver a la casa de Sara me producía escalofríos, decidí acompañar a mi madre para darle apoyo moral.

Cuando llegamos, la sesión estaba a punto de comenzar y los miembros de la junta tomaban ya asiento en la mesa presidencial. Sara ocupaba la posición central. A su izquierda estaba Arturo, el secretario, actualmente jubilado. A su derecha estaba el vicepresidente, que no era otro que Benito, el dueño de la tienda de alimentación.

Mi madre y yo nos tuvimos que poner en primera fila porque era el único lugar en el que quedaban asientos libres.

—Buenos días —empezó Arturo—. Da comienzo la reunión ordinaria de la junta de vecinos. Tiene la palabra nuestra excelentísima presidenta doña Sara de Montemayor.

—Gracias, Arturo. Vecinos y vecinas, estamos aquí reunidos para informaros de los temas de interés que han tenido lugar este mes en nuestra comunidad.

—¡Qué aburrimiento! Algunas tenemos cosas mejores que hacer —murmuró mi madre.

—El primer punto del día que me gustaría abordar —prosiguió Sara— es el avistamiento de zombis en el interior del tanque de agua de la calle Olivares. Debido a este desafortunado incidente, el agua de la fuente de la plaza Mayor ha sido declarada, hasta nuevo aviso, no apta para el consumo humano.

—Seguro que sabe mejor que la leche que nos vende —afirmó mi madre.

—Mamá, que te va a oír —le dije en voz baja.

—Tanto mejor.

Mi madre, que no paraba quieta en el sitio, se puso a mirar a los vecinos

que estaban en la reunión.

—Pero ¡mira quién acaba de llegar! —exclamó.

Cuando me volví, Álex tomaba asiento al fondo de la sala.

—Me gustaría aprovechar la ocasión para recordar que está terminantemente prohibido alimentar a los zombis —continuó la presidenta—. De hecho, si la memoria no me falla, está prohibido en territorio local, regional y estatal.

—Mira quién fue a hablar —dijo mi madre.

—A continuación, por petición expresa de la vecina Juana Gómez, vamos a repasar las nuevas recomendaciones para la correcta gestión de los ataques zombis...

La reunión estaba siendo tan soporífera que se me estaban empezando a cerrar los ojos. Intenté mantenerme despierta contemplando el paisaje por la ventana que daba al jardín. Hacía un día precioso, el cielo estaba despejado y la brisa mecía la ropa que la vecina tenía tendida fuera. Todo parecía salido de una postal costumbrista hasta que apareció Juan Luis y se puso una bata del tendedero.

—¡Mamá! —murmuré señalando discretamente la ventana con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Mira quién está en el jardín.

Cuando vio a mi ex se le cambió la cara.

—Como lo vea la vecina, nos echa del pueblo —murmuró.

—Recordad que el horario para sacar la basura comienza a las nueve y termina a las diez de la noche —continuó Sara—. Y si nadie tiene ninguna duda, eso es todo por hoy.

—Mamá, tenemos que hacer algo, rápido —le susurré.

Mi madre, que siempre había sido una mujer de recursos, se levantó de la silla como un resorte y se puso a improvisar sobre la marcha.

—¿Tan pronto? ¡Pero si acabamos de empezar! —dijo cuando todos se disponían a levantarse—. ¿Por qué no se ha hablado de los nuevos presupuestos?

—Los presupuestos llevan en vigor más de seis meses —contestó Sara, molesta por la intromisión.

—¿Y qué hay de la nueva guía de seguridad ciudadana? —continuó mi madre.

—Acabamos de hablar de ella...

—¡Esto es el caos! No podemos seguir así ni un minuto más. Esta

presidencia no está cumpliendo con sus funciones.

Los presentes empezaron a cuchichear. Desde que no había televisión, las discusiones entre vecinos daban mucho juego y esta vez no iba a ser una excepción.

—¡Eso es una infamia! —gritó Sara—. ¡Me desvivo por este barrio!

—¡Hay que elegir nuevo presidente! —propuso mi madre.

—Si no hay candidatos, no hay nada que elegir —la rebatió Sara.

—¿Y quién ha dicho que no haya candidatos? —le espetó mi madre—. Me presento a presidenta de la junta.

Se hizo el silencio en la sala. Mamá acababa de tocar un tema sensible. Era ya más de un año de dictadura *sarista*. En el ambiente había ganas de cambio, pero nadie se atrevía a enfrentarse a ella en unas elecciones.

—La presidencia de la junta tiene que ser elegida por los vecinos en votación pública —dijo Sara, claramente afectada por la propuesta.

—¡Pues votemos! —exclamó mi madre desafiante—. Pero antes, me gustaría decir unas palabras.

Aproveché que la atención estaba centrada en mi madre para escabullirme al jardín. Lo último que oí antes de salir fue: «Juntos, hoy, en esta habitación decorada con mal gusto, podemos hacer historia». Mientras mi madre daba un discurso que algunos después calificarían de golpista, arrastré a mi ex como buenamente pude hasta nuestra casa.

Una vez a salvo, me disponía a tener una conversación con él sobre los riesgos de entrar en la finca de la vecina, cuando me pareció oír la voz de Álex.

—¿Ana? ¿Estás ahí? —preguntó asomando la cabeza por la puerta de la entrada.

Con las prisas, se me había olvidado cerrar la puerta.

—¡Escóndete! —le dije a Juan Luis.

Corrí en dirección a la entrada para evitar que Álex descubriese a mi ex, pero cuando llegué a la altura del recibidor tuve que frenar en seco porque mi madre había dejado encima del aparador un bote de tamaño familiar del antiarrugas ilegal. Lo agarré y lo lancé hacia atrás, con tan mala suerte que el medio kilo de potingue impactó de lleno en la cabeza de Juan Luis, que lanzó un gruñido y cayó boca abajo inconsciente.

—Perdona que entre así —se excusó Álex al verme—, pero me ha parecido verte forcejear con alguien en el jardín de Sara y...

Estaba pensando qué contestarle cuando me percaté de que, desde su

posición, el policía podía ver a Juan Luis. El pobre seguía tendido en el suelo con la bata de la vecina todavía puesta.

—¿Quién...? —preguntó señalando a Juan Luis.

—Es mi abuela —se me ocurrió decir.

—¿La de la nobleza?

—La misma.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué está...?

—Sí, no te preocupes. Está haciendo yoga. Le gusta mantenerse en forma.

Álex no parecía muy convencido con mis explicaciones. No lo culpaba, teniendo en cuenta que, por razones ajenas a mi voluntad, desde que lo había conocido no le había dicho más que mentiras.

Intenté desviar la atención de la abuela zombi.

—No sabía que asistir a las juntas de vecinos formara parte de las obligaciones de la brigada antizombis.

—Vengo en calidad de vecino —contestó sin quitarle el ojo de encima a Juan Luis—. Oye, tu abuela no se mueve. Tal vez deberíamos comprobar si tiene pulso.

—Ni se te ocurra. ¡Con lo que le cuesta llegar al nirvana!

Lo agarré del brazo y le hice pasar a la cocina.

—¿Te apetece un café? —le pregunté.

—Sí, vale.

—Pues ahí tienes la cafetera. El mío, con leche. Vuelvo en un momento.

Cerré la puerta de la cocina y fui a socorrer a mi ex. Al incorporarlo del suelo, vi que tenía la cara completamente cubierta con la crema antiarrugas. El bote se había abierto al caer al suelo y todo el contenido estaba desparramado por la alfombra.

—¡Juan Luis! —dije zarandeándolo para ver si volvía en sí.

—¡Ggggg! —gruñó con desgana.

—¡Levanta, Juan Luis!

Como mi ex todavía estaba atontado por el golpe, no me quedó más remedio que arrastrarlo por los pies hasta el baño. Mientras lo recostaba contra la pared, escuché los mugidos de las vacas de la vecina. Era un mal presagio, esos animales tenían un sexto sentido para el peligro. Al asomarme por la ventana, vi cómo una veintena de zombis se dirigían al jardín de Sara.

Salí corriendo para alertar a los vecinos. A mitad de camino me di cuenta de que tendría que haber avisado a Álex, pero ya era tarde, no había tiempo para dar la vuelta. Por suerte, los zombis estaban entretenidos persiguiendo a

los patos del estanque y no se percataron de mi presencia. Cuando entré en la sala en la que se estaba celebrando la reunión, la votación ya había finalizado.

—Por una abrumadora mayoría —anunció Arturo—, Carmen ha sido elegida como nueva presidenta de la junta de vecinos.

Los vecinos se levantaron y comenzaron a aplaudir. Mi madre levantó los brazos haciendo el símbolo de la victoria. Me dirigí hacia ella.

—Hija, ¡cómo me alegro de que hayas vuelto a tiempo para presenciar mi triunfo! —exclamó dándome un abrazo.

—Si nadie más tiene nada que añadir, damos la reunión por terminada —concluyó Sara, visiblemente afectada por su destitución.

—Mamá, hay que desalojar a los vecinos de inmediato...

—Sí, hija, ahora me dices lo que quieras —me interrumpió.

Mientras mi madre estrechaba la mano de los vecinos que venían a felicitarla, yo me puse de pie sobre una silla. No sabía muy bien cómo enfocar la situación para que los allí presentes mantuvieran la calma.

—¡Que no cunda el pánico! —exclamé—. Un grupo de zombis...

Ni siquiera esperaron a que terminara de hablar. Los vecinos comenzaron a gritar y salieron despavoridos. Todos, a excepción de mi madre y de Sara, que se quedaron donde estaban, mirándose la una a la otra en actitud desafiante.

—Vaya, ahora que íbamos a festejarlo —se lamentó mi madre.

—¿Para qué quieres ser tú presidenta? —le preguntó la vecina.

—No sé. Tal vez haga alguna reformilla, un par de leyes nuevas. Ya iré viendo sobre la marcha.

—Mamá, déjate de reformillas o vas a ser la primera presidenta zombi del barrio. ¡Vámonos ahora mismo!

En el jardín, algunos vecinos peleaban contra los zombis. Sara se levantó de la silla y se acercó a mi madre.

—¡Mantente alejada de la junta! —la amenazó Sara.

—¡Ahora la junta soy yo! —le espetó mi madre.

Hizo falta que entraran varios zombis en el salón para que las dos se dieran cuenta de la gravedad de la situación. Sara salió corriendo en dirección al pasillo, entró en una de las habitaciones y cerró la puerta detrás de ella con pestillo.

—¡Disfruta de la presidencia mientras te dure! —gritó desde el interior.

Mi madre y yo nos refugiamos en la cocina, donde nos encontramos al chef zombi, que, ajeno a lo que sucedía fuera, preparaba la comida. Le debíamos

de haber causado una buena impresión la vez anterior, porque en cuanto nos vio se le iluminó la cara y rápidamente nos acercó un plato del guiso.

—Ahora tenemos un poco de prisa —nos excusé al tiempo que bloqueábamos la puerta con la nevera.

—Pero no tanta como para no probarlo —dijo mi madre aceptando la cuchara que le ofrecía el cocinero—. ¡Deliciosos! Son los mejores guisantes que he probado en mi vida. Es como una explosión de sabores en la boca.

El chef zombi sonrió orgulloso.

—Vamos a tener que saltar por la ventana —le señalé a mi madre, que, a estas alturas, rebañaba el plato con un poco de pan.

En ese instante, la nevera cedió y un zombi entró en la cocina.

—¿Rgr grrrr grggg grrrg gg grgrg? —gruñó el chef zombi propinando un sartenazo al intruso.

—¡Menudos reflejos! —lo elogió mi madre.

Tras asegurarnos de que en el exterior no había peligro, nos dispusimos a salir por la ventana aprovechando que el chef zombi nos cubría las espaldas.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotras? —le pregunté antes de saltar.

—Grg, gggrrr. Grrgrrr gg grgrrrr grr rgrrr rgr grr grgrgg —dijo mientras negaba con la cabeza.

Nada más pisar el jardín salimos corriendo a toda velocidad hasta llegar a casa.

—Hija, ¿no huele como a café recién hecho? —se percató mi madre en cuanto abrió la puerta de entrada.

—¡Álex! —exclamé—. Se me había olvidado...

En la cocina, Álex servía un café a Juan Luis que seguía con la cara embadurnada de crema.

—¿Lo toma con azúcar? —le preguntó Álex.

La abuela zombi negó con la cabeza.

—Menos mal, porque no encuentro el azucarero por ninguna parte.

—¡Álex! Tú por aquí. ¡Qué alegría! —dijo mi madre, que se olvidó de los zombis en el mismo instante que vio al policía.

—Hola, Carmen. Me temo que os he revuelto toda la cocina.

—Pues habrá que probar ese cafelito para saber si ha merecido la pena el desorden. Voy por los hojaldres de Astorga. Los estaba guardando para una ocasión especial —dijo adentrándose en la despensa.

Justo entonces sonaron dos campanadas alertando de la presencia de

zombis.

—Me temo que me tengo que ir —dijo Álex levantándose de la silla—. ¿Tenéis donde esconderos?

—Sí, estaremos bien —le contesté—. Tú ten cuidado.

—Claro, no te preocupes —dijo sonriente—. Despídete de tu madre por mí. Por cierto, ¿cómo se llama tu abuela?

—Luisa —me inventé.

—Luisa, ha sido un placer conocerla —le dijo a Juan Luis.

Mi madre salió de la despensa con la caja de dulces en el mismo instante en que el policía cerraba la puerta.

—¿A dónde va Álex? —preguntó desilusionada.

Iba a responderle cuando varios zombis comenzaron a golpear la ventana de la cocina.

—¡Deprisa! —grité—. ¡Vamos al refugio!

Nuestro refugio consistía en un trastero que mi madre había tenido que remodelar para adaptarlo a la nueva normativa de seguridad de búnkeres y habitaciones del pánico de la comarca de Zafranillo. Para ello, había tenido que instalar una puerta blindada y cambiar la ventana por un pequeño tragaluz. Estaba, además, provisto de comida y bebida en abundancia, pasatiempos, lectura ligera y demás entretenimientos con el fin de hacer más llevaderos los ataques zombis.

Estaba a punto de cerrar la puerta del refugio, cuando mi madre salió disparada hacia la cocina.

—¡Los hojaldres! —exclamó.

—Pero ¿qué haces? ¿Tú crees que es el momento de preocuparse por la merienda? —le grité desde el trastero.

—¿Y si se los comen los zombis? ¡A saber cuándo vamos a volver a Astorga! —me dijo volviendo a toda velocidad con la caja en la mano.

Después de merendar, decidimos pasar el rato jugando al póker.

—Doble pareja —dije mientras mostraba mis cartas.

—¡Full! ¡Toma ya! —exclamó mi madre, que ya se veía ganadora.

Juan Luis enseñó sus cartas de forma inexpresiva. Tenía una escalera real.

—¡Zombi ludópata! A ver si te echo fuera con tus primos —lo amenazó mi madre, que siempre había tenido mal perder.

—Mamá, por favor, que estamos jugando con botones.

—Mi primera medida como presidenta de la junta va a ser prohibir a los zombis jugar al póker.

—Ya que sacas el tema, no sé si habrá sido buena idea arrebatarse el cargo a la vecina —aproveché para decirle—. Conociéndola, seguro que intentará fastidiarnos de alguna forma.

—Hija, el pueblo ha hablado y se va a hacer su voluntad —dijo con solemnidad—. Además, ya era hora de que alguien le plantara cara a Sara, que se está enriqueciendo a nuestra costa. Y, si no, que me digan a mí a dónde va a parar la cuota mensual que pagamos, porque el barrio sigue igual de cochambroso que siempre.

Cuando levanté la vista para contestarle, me di cuenta de que, por la pequeña rejilla de ventilación, estaba entrando un humo blanquecino.

—¿Qué rayos es eso? —le pregunté a mi madre.

—¡Oh, oh...! —exclamó con cara de culpabilidad nada más verlo.

—¿Qué pasa?

—Con todo lo que ha pasado, se me ha olvidado tapar el alambique y el gas está subiendo por la tubería.

—¿Y eso es malo?

—Depende de con qué lo compares —contestó.

Unos quince minutos después de empezar a inhalar los vapores etílicos, comenzamos a manifestar los primeros síntomas. Por algún motivo que no recuerdo, nos pareció buena idea ponernos a rebuscar entre los trastos.

—¿Sabías que trabajé un tiempo vendiendo teléfonos al por menor? —dijo mi madre de repente.

—¿Por eso tienes una caja llena de móviles?

—El mundo da muchas vueltas y el que guarda siempre tiene.

—¿Y este tostador? —le pregunté al tiempo que se lo enseñaba.

—El mejor que he tenido en mi vida. Tostaba uniformemente toda la tostada.

—¿Y la pamele? —le dije señalando una de las estanterías.

—Me costó una fortuna. Quiero que me entierren con ella.

Unos veinte minutos más tarde, mi madre se había puesto la pamele, Juan Luis llevaba puesto un sombrero cordobés y yo, que no quería ser menos, lucía un casco de obra. Nos entreteníamos lanzando los móviles e intentando meterlos en la ranura del tostador.

—Esta es la buena —aseguró mi madre mientras apuntaba.

Lanzó y acertó.

—¡Toma ya! —exclamó victoriosa.

Una media hora después y tras una reñida votación, en la que el sí ganó al

no por un solo voto de diferencia, decidimos abandonar el trastero y echar a los zombis de nuestra casa. Como la pamea, el casco y el sombrero no nos parecían suficiente protección, decidimos utilizar tapas de paellera como escudo y raquetas de bádminton como arma por si los zombis no querían irse por las buenas, lo cual era más que probable.

Los ánimos estaban muy arriba y salimos a por todas, pero lo que nos encontramos fuera no fue precisamente lo que esperábamos; en el salón, seis zombis dormían a pierna suelta sobre la alfombra. Este hecho probablemente estuviera relacionado con las dos docenas de botellas de ginebra vacías que había desparramadas por el suelo.

—¡Serán caraduras! ¡Se han bebido el lote gran reserva! —exclamó mi madre haciendo amago de atizar a uno en el culo.

—Mamá, ¡no! Recuerda lo que hemos aprendido en *zombifulness*.

—Tienes razón, voy a calmarme —dijo ella haciendo una larga inspiración para acto seguido arrebatarme de las manos mi tapa de paellera y comenzar a chocarla contra la suya como si fueran unos platillos.

Los zombis se despertaron sobresaltados.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó mi madre—. ¡Como no salgáis de inmediato de mi casa, vais a saber lo que es bueno!

Los zombis comenzaron a salir a trompicones. Su estado era aún más lamentable que el nuestro. Mi ex se disponía a salir detrás de ellos.

—Juan Luis, tú no —le dije agarrándolo del brazo.

—Pero ¡mira quién ha vuelto! —dijo mi madre, tirando las tapas al suelo para dibujar con los dedos un corazón.

Era Álex. No sé si era efecto de los vapores, pero me pareció que el policía estaba aún más guapo que de costumbre. Nada más verlo, Juan Luis volvió a todo correr al refugio y cerró la puerta detrás de él.

—¿Estáis bien? Acabo de ver salir a unos zombis de la casa. Han tropezado con el bordillo y han caído unos encima de otros.

Me acerqué a Álex y, sin mediar palabra, lo besé. Luego creo que me desmayé porque no recuerdo nada más.

«Informe policial para el seguro.

A las ocho de la tarde, hora local, se procedió a la detención de seis zombis en estado de embriaguez en las inmediaciones del domicilio de la familia Gutiérrez, calle del Altramuz, 9.

Los zombis han causado cuantiosos daños materiales en el interior de la casa. A continuación, se enumeran los objetos afectados: una ventana, diez

teléfonos móviles, un tostador y doce botellas de ginebra.

En el interior del domicilio se encontraban las dueñas, que tuvieron que ser atendidas en el centro sanitario por un ataque de risa».

¡TOMA KARMA!

Debido a los contratiempos que habíamos tenido en los últimos días, nuestra reserva de bayas de enebro se estaba quedando bajo mínimos. Necesitábamos urgentemente ir por más si queríamos continuar con la producción de ginebra. Así que, aprovechando que mi jefe seguía sin aparecer, decidimos ir al bosque de Los Tréboles.

—Siempre se nos adelantan los caraduras de Destilerías Zafranillo y luego solo quedan esta birria de frutillos que no los quieren ni los pájaros — se quejó mi madre, que estaba de mal humor.

—Bueno, algo es algo —intenté animarla.

—Ana, no cojas las bayas verdes que luego la ginebra no sabe a nada. Recuerda lo que decía la yaya: «Fruto maduro, éxito seguro».

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Pues nadie lo diría. Por cierto, ¿dónde se ha metido Juan Luis? Arriesgamos nuestras vidas para sacarlo de la cárcel y así nos lo agradece. Ese zombi no da palo al agua.

—Voy a ver dónde se ha metido —dije.

—Descuida, que a la hora de comer siempre está —añadió.

Dejé el cesto y me fui a buscar a mi ex antes de que a mi madre le diera un ataque. No tardé mucho en encontrarlo. Estaba escondido detrás de un árbol a pocos metros de distancia.

—Juan Luis, no es el mejor momento para jugar al escondite. A mamá le va a dar un soponcio como no volvamos ahora mismo, y a ver quién la lleva luego en volandas hasta casa.

Sin mediar gruñido, mi ex me agarró la mano y tiró de mí hacia el suelo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Juan Luis parecía asustado y no dejaba de señalar al frente con la mano temblorosa. Cuando me giré hacia donde indicaba, se me heló la sangre. En un claro del bosque, un centenar de zombis habían montado una especie de campamento militar. Parecían estar muy bien organizados: unos talaban árboles, otros afilaban estacas, incluso algunos practicaban artes marciales por parejas. Todo esto bajo la atenta mirada de uno de ellos, que no paraba de dar órdenes desde una elevación del terreno. Nunca había visto nada así.

—¡Vaya panda de vagos! —nos regañó mi madre al vernos.

—¡Mamá! ¡Baja la voz y agáchate, que nos van a ver!

—¿Quién nos va a ver? ¿Las ardillas? —se burló justo antes de levantar la vista y ver a los zombis, momento en el que se tiró al suelo—. ¡Ay, mi madre!

Nunca había visto a tanto zombi junto. ¿Estarán recolectando enebro?

—¿A ti qué te parece? Están construyendo armas, es un ejército.

—¡Van a atacar el pueblo! ¿Qué va a ser de nosotras?

—¿Ggr g gg? —se quejó Juan Luis por no haberlo incluido.

—Y del vago este —añadió mi madre, que todavía seguía enfadada con él.

En ese momento, se oyó un crujir de ramas detrás de nosotros. Cuando me quise dar cuenta, un zombi me había agarrado del pie. Sin pensárselo dos veces, Juan Luis se abalanzó sobre él, pero aquel zombi no se daba por vencido tan fácilmente y seguía sin soltarme. Las fuerzas no se igualaron hasta que intervino mi madre.

—¡Esto, para que aprendas! —gritó alzando en el aire el cesto con las bayas.

El golpe fue a parar a la cabeza de Juan Luis.

—¡Mamá! ¡Céntrate, por lo que más quieras! —grité.

—¡Es que son los dos iguales! —se excusó mientras repartía mamporros a diestro y siniestro.

Varios golpes después, el zombi debió de darse cuenta de que tenía las de perder y, en cuanto consiguió zafarse de mi ex, salió huyendo, con tan mala suerte —para él— que tropezó con una piedra y cayó al suelo inconsciente.

—Vaya leñazo —dijo mi madre.

—¿Estáis bien los dos? —pregunté.

—Gr.

—Sí, pero vámonos de aquí antes de que este se despierte —aconsejó mi madre.

—O vengan más —añadí.

De vuelta al pueblo, decidimos que lo mejor era que mi madre regresara con Juan Luis a casa, mientras yo iba a contarle a Álex lo que habíamos visto.

Cuando, tras una larga caminata, llegué a casa del policía, estaba tan exhausta que casi no podía sostenerme en pie y a duras penas conseguí llamar a la puerta. Después de esperar sin éxito a que alguien me abriera, me asomé a la ventana que tenía más cerca y por entre las cortinas vi a Álex dando martillazos en el suelo. Debía de estar haciendo reformas porque estaba todo patas arriba. Los muebles estaban apilados en una esquina cubiertos con plásticos y había herramientas por todas partes.

—¡Álex! —lo llamé mientras golpeaba la ventana con la mano, pero no conseguí captar su atención.

No podía esperar más tiempo, tenía que hablar con él de inmediato. Di la

vuelta alrededor de la casa para ver si había alguna ventana abierta por la que entrar. Por fortuna, así fue. Tomé impulso y me lancé ventana adentro, pero debí de calcular mal las distancias porque acabé enredándome con las cortinas y cayendo de culo sobre unos cojines. Cuando conseguí levantarme, me di cuenta de que una anciana me observaba con frialdad, sentada frente a una mesa sobre la que había una bola de cristal.

—Te estaba esperando —dijo—. Acércate, no tengas miedo. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Usted perdone. Creo que me he equivocado de casa —me disculpé.

—No, Ana. Estás exactamente donde tienes que estar.

—¿Nos conocemos? —pregunté sorprendida de que aquella desconocida supiera mi nombre.

—Tú no me conoces, pero yo a ti, sí —afirmó con aire misterioso.

—Ya, bueno. La verdad es que tengo un poco de prisa. Mejor me voy —dije mientras sacaba una pierna por la ventana para irme.

—Creo que Álex puede esperar cinco minutos más para saber que vamos a ser atacados por un ejército zombi.

—¿Cómo sabe usted eso? —pregunté atónita.

—Niña, tengo muchos dones, pero la paciencia no es uno de ellos. Entra de una vez y cierra la ventana, que llevo toda la mañana esperándote y me estoy quedando helada.

Llegados a este punto, no quise ser desconsiderada con la anciana y decidí seguirle el rollo, al menos durante un rato. Así que hice lo que me pedía y me acerqué.

—Puedes sentarte, te voy a cobrar lo mismo —dijo.

—¿Me va a cobrar? Pero si me ha obligado a quedarme.

—Es broma. La primera sesión es gratis —puntualizó, y se puso a mezclar las cartas de una baraja.

Al tomar asiento, me di cuenta de que la bola de cristal era, en realidad, una bola de nieve de juguete. Mi desconcierto crecía por momentos.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy Angustias. Vidente, médium y sanadora —contestó al tiempo que extendía las cartas sobre la mesa—. Elige tres cartas.

Hice lo que me dijo. Ella les dio la vuelta sobre la mesa.

—Estas no me gustan —protestó, frunciendo el ceño—. Elige otras tres.

Volví a sacar otras tres.

—¡Esto ya es otra cosa! —exclamó mientras las volteaba—. La

emperatriz, la fuerza y la muerte. ¿Comprendes lo que nos dicen las cartas?

Me encogí de hombros.

—Esfuézate un poco —insistió.

Comenzaba a impacientarme.

—¿Nos queda mucho? —pregunté.

Alguien llamó a la puerta. En la habitación entró un hombre mayor vestido de mayordomo. Al final mi madre iba a tener razón; éramos las únicas en el pueblo que no teníamos servicio.

—Señora, acaba de llegar Feliciano para solucionar lo de Ernestino —le anunció.

—Vaya, se me había olvidado. ¡Qué cabeza! Gracias, Legubrino, puedes retirarte —dijo mientras miraba el reloj—. Resumiendo, Ana, eres la elegida, como no organices la defensa del pueblo, estamos perdidos.

—¿Qué? ¿A qué se refiere con *elegida*?

—A que es tu destino. Cada uno tiene el suyo; el tuyo es salvar el pueblo, bueno, entre otras cosas...

—¿Cómo puede usted saber eso?

—Niña, soy vidente. Me avalan más de sesenta años de éxitos profesionales. Y no es por presumir, pero incluso me han otorgado la máxima distinción al mérito astrológico por haber predicho, contra todo pronóstico, la llegada de los zombis con un margen de error de dos horas. Eso es nada.

La miré con incredulidad.

—¿No me crees? Toma mi agenda, lee lo que tengo apuntado para el día de hoy —dijo señalándome una hoja en concreto.

—«Comenzar operación bikini: hacer quince sentadillas...» —empecé a leer en voz alta.

—Eso no. Más abajo —me indicó.

—«20:15 h. Cita con Ana. Decirle a Legubrino que ponga unos cojines debajo de la ventana para frenar la caída».

Había que admitir que, si era un truco, era un truco muy bueno. Empezaba a preguntarme si habría algo de verdad en todo lo que me estaba contado.

—¿Y qué pasa si no hago nada por salvar el pueblo? —pregunté para ponerla a prueba.

—Mi deber es informarte de tu cometido. Tú eres libre de hacer lo que quieras. Si tienes más dudas, vas a tener que pedir cita, porque tengo la agenda hasta arriba.

—Pero...

—Tú, tranquila. Ya verás cómo, a medida que lo vayas asimilando, todo irá cobrando sentido —aseguró mientras volvía a mirar el reloj—. ¿Te importaría salir por la ventana? Es que a Feliciano le gusta la discreción, ya sabes, no quiere que se sepa que tiene un fantasma en la funeraria.

—Faltaría más. ¿Cierro la ventana?

—No te preocupes, ya cierra Ernestino.

Sin perder más tiempo, salté por la ventana.

La conversación con la extraña vidente me había dejado desconcertada. Ni siquiera estaba segura de si había sido real o era una alucinación fruto del trauma del ataque zombi. Con estos pensamientos en mi cabeza, llamé de nuevo a la puerta de la casa de Álex. Esta vez tuve más suerte y apareció su abuela.

—Hola. ¿Está Álex? —pregunté.

—¿Qué? —gritó la señora.

—Que si está Álex, el policía —insistí.

—Sí, duermo la siesta por el día —confesó la abuela que, por lo visto, estaba un poco sorda—. ¿Es una encuesta?

—La verdad es que no. Me gustaría hablar con Álex —dije vocalizando de forma exagerada.

—¿Qué si me gustaría ver Llanes? Querida, a mi edad y con la artritis, ya no estoy para esos trotes. ¿Para qué dices que es la encuesta?

—Va a ser mejor que vuelva más tarde.

—¿Es mejor tomar huevo por la tarde? Es lo primero que oigo. Yo a mi nieto se los preparo escalfados por la mañana.

Al paso que iba, si los zombis hubieran tenido la tecnología adecuada, podrían haber construido ya un portaaviones, un castillo y hasta un cohete. Tenía que haber alguna forma de que la abuela me entendiera. ¡Piensa, Ana! ¡Piensa!

—Me gustaría ver Llanes —dije.

—Pero ¿por qué no lo has dicho antes? ¿No serás Ana, por casualidad?

Por lo visto, todo el mundo en el pueblo sabía mi nombre. En este caso, como la abuela no tenía pinta de dedicarse a la adivinación, supuse que Álex le habría hablado de mí. Me pregunté qué le habría contado. Tal vez el episodio en el que saltaba la valla de su casa huyendo del cartero o el beso que le planté sin venir a cuento. En realidad, prefería no saberlo. Había tomado la firme decisión de olvidar ambos incidentes y hacer como si nunca hubieran pasado. Instalarse en la negación era una buena opción cuando vivías

rodeado de zombis; te ayudaba a gestionar tus emociones cuando no podías permitirte pagar a un psicólogo.

—Sí, soy Ana —contesté.

—Yo soy Esperanza. Pasa, querida, Álex está arreglando el suelo. Tenemos una plaga de termitas que dan más guerra que los zombis —se quejó mientras me conducía al salón.

La primera reacción de Álex al verme fue de sorpresa, pero, acto seguido, esbozó una gran sonrisa. Quizás porque se le vino a la cabeza la imagen de una loca con casco de obra y con una tapa de paellera como escudo. El caso es que no pude evitar devolverle la sonrisa a pesar de que había ido a advertirle de que un ejército zombi estaba a punto de atacar el pueblo.

—¡Ana! ¿Te encuentras mejor? ¿Y tú madre? —se interesó—. Ayer estabais...

—Sí, no hace falta que especifiques —le pedí—, ya me imagino.

—Fueron necesarios dos policías para reducir a tu madre. Nunca había visto a nadie resistirse así a ir al centro de salud.

Sinceramente, no me acordaba de esa parte, pero no me sorprendió en absoluto. Mi madre aborrecía a los médicos casi tanto como a los zombis.

—¿Te apetece tomar un té? —me preguntó la abuela al tiempo que me asía del brazo y me llevaba a la cocina—. Estaba preparando uno para nosotros ahora mismo.

—No, gracias. Me marchó enseguida.

—Marchando un té —dijo ella.

Esperanza sacó tres tazas de un armario y retiró la tetera de la cocina de leña. Álex y yo nos sentamos a la mesa.

—Álex, tenemos que hablar, es importante.

—Toma, querida —dijo la abuela al tiempo que me servía el té.

—Gracias, Esperanza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el policía.

—Hay un centenar de zombis en el bosque de Los Tréboles.

—¡Un centenar de zombis! —exclamó la abuela, aterrorizada.

Al parecer, la abuela oía de forma aleatoria. La miré sin saber qué decir; acababa de meter la pata hasta el fondo.

—¡No! Un centenar de «combis», de neveras —se me ocurrió decir para intentar tranquilizarla—. Es que la gente tira la basura en cualquier parte.

—¡Ah! ¡Un centenar de ponis! —exclamó aliviada Esperanza—. Pues no me extraña, allí hay muy buenos pastos.

Cuando acabamos de tomar el té, Álex me condujo al salón para poder hablar a solas.

—Y los «ponis» esos —dijo en clave por si su abuela escuchaba—, ¿qué estaban haciendo exactamente?

—Pues algunos estaban afilando estacas y otros parecían entrenarse para el combate —murmuré.

Álex puso cara de preocupación.

—Avisaré en comisaría e iremos a echar un vistazo ahora mismo —dijo mientras salía hacia la cocina—. Abuela, no salga de casa hasta que regrese. Intentaré volver lo antes posible.

—Vale. Pasadlo bien —contestó la abuela.

—¿Quieres que me quede con ella? —le pregunté cuando regresó al salón.

—No te preocupes, estará bien. Es más fuerte de lo que parece.

—En ese caso, me voy a ir a casa. Tendría que haber regresado hace tiempo y mi madre debe de estar preocupada por mí.

—Ten cuidado en el camino —dijo; luego, me miró a los ojos como queriendo decirme algo más, pero, en el último momento, debió de arrepentirse.

—Sí, descuida. Ten cuidado tú también.

Álex me sonrió y se fue.

Cuando volví a casa, un carro propiedad de Funerarias Prosperidad estaba aparcado en medio de nuestro jardín. Contemplé con horror que, en la parte de atrás, había un ataúd. No me lo podía creer. Hacía apenas una hora mi madre estaba perfectamente y ahora... Me quedé paralizada de la impresión.

—¡Qué bien que ya estés aquí! Ven a ayudarme con esta caja, por favor —dijo mi madre al verme—. ¿Te encuentras bien, hija? Estás pálida, ni que hubieras visto un fantasma.

—¡Mamá! —grité aliviada mientras le daba un abrazo.

—No nos pongamos emotivos, que ya sabes que soy de lágrima fácil.

—¡Qué susto me has dado! Pensé que te había pasado algo.

—Hija, qué cosas tienes. Pero qué me va a pasar. Todavía no ha nacido un zombi que sea digno rival para mí.

—¿Y entonces quién está dentro del ataúd?

—Espero que nadie. Lo he comprado para esconder el alambique y la ginebra. A ningún ladrón de caminos se le ocurrirá mirar dentro.

—Creo que no te entiendo.

—No hay nada que entender. He alquilado el carro para ir a casa de la tía

Asunción en Muerte del Segura. Sirvió veinte años en la Marina y su propiedad está blindada con trampas antizombis. Allí estaremos a salvo — aseguró, y me puso una caja en las manos—. He metido tus cosas aquí, mira a ver si falta algo.

—Pero ¡qué dices! No podemos irnos. ¿Qué pasa con el resto del pueblo?

—Ya has avisado a Álex, ¿no? Pues que la Policía se ocupe del asunto, que para eso les pagan. Si quieres, como regalo de despedida, podemos dejarles ginebra para un día o dos como mucho.

—¿Lo dices en serio? —pregunté sin dar crédito a lo que decía.

—¿Para una semana? Te voy a ser franca, no creo que duren tanto.

—¡Tienes que convocar a los vecinos! ¡Hay que organizar la defensa del pueblo!

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque eres la presidenta de la junta. ¿Recuerdas? «El pueblo ha hablado», dijiste, ¿te vas a ir cuando más te necesitan?

—¡Ni que fuese yo el alcalde! No creo que los presidentes de las juntas tengamos ese tipo de competencias.

En ese mismo momento, Benito pasó por delante de nuestra casa en su paseo diario por el barrio. Lo hacía sin más motivo que el de enterarse de cualquier cotilleo que pudiera difundir al día siguiente entre sus clientes. Su comercio se había convertido en el proveedor oficial de chismes de la comunidad, por lo que no me extrañó que al ver el carro de la funeraria se acercara a curiosear.

—No sabía que estabais de duelo, no he visto ninguna esquela en el periódico —dijo.

—Ya sabes, el tío abuelo era una persona muy reservada, ya casi no salía de casa. Quería una ceremonia familiar. Lo vamos a llevar al pueblo, era su última voluntad —afirmó mi madre.

—Cuánto lo siento. Os acompaño en el sentimiento.

—Gracias, ha sido un golpe muy duro —dijo ella.

Tras darnos el pésame, Benito siguió con su paseo calle abajo. Cuando se alejó lo suficiente, continué intentando hacer entrar en razón a mi madre.

—¿Dónde está Juan Luis?

—Está lavando unos botes de cristal que ha encontrado. Conociéndolo, probablemente los habrá sacado de la basura.

—¿Y a él también nos lo vamos a llevar a casa de la tía Asunción? ¿O lo vamos a dejar aquí solo?

—A tu ex no le va a pasar nada. Los zombis no se pelean entre ellos.

—Pero si ayer mismo peleó con uno...

—Además —me interrumpió—, siempre has dicho que querías conocer Cuenca.

—¡Pero si no queda de camino!

—Hija, cuando te pones en plan negativo, no hay quien razone contigo —dijo al tiempo que se subía al remolque del carro.

—¡Lo que me faltaba por oír! Tú haz lo que quieras, pero yo me quedo.

—¡Vas a tener que hablar más alto, que desde aquí no te oigo! —gritó mientras abría el ataúd para meter el alambique.

Iba a llevar la caja con mis pertenencias de vuelta a casa, cuando me percaté de que las vacas de Sara estaban mugiendo. Algo debía de estar pasando en la propiedad de la vecina, así que posé la caja en el suelo y me acerqué a la valla para ver de qué se trataba.

—Ana, ¿a dónde vas? No hay tiempo que perder, ya es casi de noche y no sabemos cuándo van a atacar los zombis —dijo mi madre al tiempo que se acercaba—. Oye, ¿no es ese Berto?

Aunque mi jefe llevaba las mismas mallas fosforito de la última sesión de *zombifulness*, su aspecto era aún más extraño de lo habitual.

—Berto, ¿eres tú? —le pregunté.

—Hola, Ana. ¿Cómo estás? —me saludó amablemente cuando me vio—. Ahora mismo estoy contigo, dame un momentito, que tengo que resolver antes unos asuntillos con Sara.

—Hija, Berto... ¿no tiene mala cara? —murmuró mi madre.

—Como que se ha convertido en un zombi —dije con espanto.

—¿Ahora los zombis también hablan? Yo ya tengo una edad, no puedo asimilar tantos cambios.

Sara se asomó por la ventana alarmada por los mugidos de sus vacas. En la cabeza no le cabía un rulo más. Daba gusto que hubiera gente que se siguiese arreglando tanto aun estando en plena invasión zombi, daba sensación de normalidad.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la vecina con tono amenazante—. ¡Como baje, no respondo!

—Buenas noches, Sara, soy Berto.

—¡Otra vez tú, *hippie* de las narices! Mira que eres pesado, ya te dije que no pienso apuntarme al curso de *kizombi*.

—Se llama *zombifulness* —la corrigió Berto—, y a juzgar por tu

recibimiento, creo que unos ejercicios de relajación te vendrían a las mil maravillas.

Dicho esto, mi jefe hizo un gesto con la mano y de la nada surgieron dos docenas de zombis que se dirigieron hacia las vacas.

—Hombre, pero si has traído a los tarados de tus alumnos. Ya veréis cuando baje lo relajados que os dejo yo —amenazó la vecina cerrando la ventana de un golpazo.

—Tenemos que ayudar a Sara —dijo mi madre.

—¿Qué podemos hacer? Son demasiados —observé.

—¡Se me ha ocurrido una idea! —dijo ella.

Mi madre salió corriendo en dirección a nuestra casa. Más valía que se diera prisa porque, en ese mismo instante, Sara abrió la puerta principal y salió directa a por Berto. Por el camino le fue lanzando toda clase de improperios hasta que llegó a su altura y se percató del cambio que había sufrido mi jefe. Entonces le dio un ataque de risa.

—¡Ja! Pero mira quién se ha convertido en zombi. ¡Toma karma! —se burló la vecina.

—Me alegro de que saques el tema del karma —manifestó mi jefe—. Tal vez te preguntes: «¿Por qué mis vacas y no las de Indalecio, que vive a solo una calle? ¿Me guardará Berto rencor por las doscientas multas que le he puesto?».

—¡Como le toquéis un pelo a mis vacas...! —exclamó Sara.

—No te lo tomes como algo personal, es que siempre he querido tener una vaca. Cuando acabe con lo que tengo entre manos, tal vez monte una *start-up* de viajes en vaca. Bueno, no quiero decir nada, que luego se gafa.

—¡Qué vas a montar tú, si eres un sinsustancia!

A Berto el comentario no le debió de sentar del todo bien.

—Yo quería hacerlo por las buenas, pero si tú quieres que sea por las malas... ¡Sujetadla! —ordenó Berto a dos de los zombis—, quiero que vea bien esto.

—¡Soltadme, zombis asquerosos! —gritó la vecina mientras intentaba liberarse.

El zombi que se encontraba a la derecha de Berto le pasó una lanza. Mi jefe, que no era precisamente de compleción atlética, lanzó en dirección a las vacas y falló. El tiro salió tan desviado que casi le da a uno de sus zombis.

—Ha sido el viento —se excusó.

Al momento le ofrecieron otra lanza. Con disimulo, Berto dio un paso

hacia delante para estar más cerca del blanco. Volvió a tirar y erró de nuevo.

—¡Me cago...! —exclamó visiblemente cabreado.

Se veían caras de bochorno entre los zombis. La situación empezaba a dar un poco vergüenza ajena. Antes de tirar por tercera vez, Berto se tomó su tiempo, comprobó la dirección del viento con el dedo, midió la distancia en pasos al objetivo e incluso hizo unos estiramientos. La tercera lanza impactó de lleno en una de las vacas, que se desplomó en el suelo al instante. Las otras dos embistieron el cercado rompiéndolo y salieron de estampida.

—¡No! ¡Clotilde, tú no! —gritó Sara.

En ese momento, los zombis soltaron a la vecina, que corrió hacia la vaca y se arrodilló a su lado desconsolada.

—¡Me las vas a pagar todas juntas, zombi asqueroso! Te voy a destruir, aunque sea lo último que haga.

Berto, que estaba muy entretenido contemplando un calabacín del huerto, no llegó a oír las palabras de la vecina.

—¡Soldados! Requisad todas las verduras que encontréis —ordenó—. Hoy voy a cenar ensalada de calabacín, que tengo antojo.

Comenzaba a preguntarme si mi madre se había olvidado del asunto que teníamos entre manos cuando la vi aparecer con un saco enorme.

—Ya estoy aquí.

—Pensé que ya no ibas a volver. ¿Qué traes ahí?

—Munición —dijo al tiempo que abría el saco y sacaba un gnomo de jardín.

—¿De dónde has sacado esos gnomos?

—Venancio insistió en que me los quedara como agradecimiento por haberlo contratado.

—Pues no creo que sea un buen momento para devolvérselos a su legítimo dueño.

—Yo creo que sí —respondió con una sonrisa maliciosa.

—¿No huele como a ginebra? —pregunté.

—Eso es porque los gnomos se acaban de tomar un trago a la salud de Berto.

Al parecer, mi madre había tardado tanto porque había estado rellenando los gnomos de jardín con ginebra para utilizarlos como cócteles molotov. Siguiendo su plan, nos acercamos todo lo que pudimos a los zombis sin ser descubiertas. Entonces, encendimos una cerilla y prendimos fuego a la barba de los gnomos. Uno tras otro, los lanzamos contra los zombis, que observaban

con estupefacción la inesperada lluvia de gnomos molotov. Uno de los artefactos incendiarios impactó contra el establo de las vacas, haciendo que el heno allí almacenado comenzara a arder en cuestión de segundos. El fuego sembró el pánico entre los zombis, que no sabían dónde meterse.

—¡Reagrupaos, zoquetes! —les ordenó Berto—. ¡Ya veréis cuando vuelva al campamento! ¡Se acabaron las tortitas de maíz para merendar!

De nada sirvieron sus amenazas; a los zombis les faltó tiempo para salir huyendo. Muy enfadado por la falta de valor de sus secuaces, Berto se dirigió con paso firme hasta donde yacía *Clotilde*.

—Soy demasiado blando con ellos. El problema es que no tienen sentido de la autoridad. Siempre tengo que acabar el trabajo yo mismo. Anda, aparta —le ordenó a Sara, que lloraba desconsolada al lado de la vaca—, que entre unos y otros me tenéis frito.

Entonces Berto se agachó y puso su mano sobre el morro de *Clotilde*. Después de unos segundos, la vaca se levantó, para asombro de todos, incluida su dueña, que se desmayó en el acto.

—Ana, querida —dijo Berto, que nos había pillado escondiéndonos detrás de un árbol—, ahora tengo un poco de prisa. Ya si eso otro día me explicas por qué tenías tú mis gnomos de jardín y por qué les has prendido fuego. Bueno, eso si no acabo antes con este pueblo de pacotilla.

Sin esperar respuesta, él y la vaca zombi desaparecieron juntos en la oscuridad de la noche.

—¿Crees que eso era una amenaza? —me preguntó mi madre.

—Vamos por Sara —dije, sin querer responder a su pregunta—, hay que ponerla a salvo del fuego.

Llevamos a la vecina, todavía inconsciente, en volandas hasta nuestro jardín. Por fortuna, enseguida volvió en sí.

—Voy por un poco de agua —dijo mi madre—. Vuelvo ahora mismo. Asentí con la cabeza.

—Sara, ¿estás bien? —le pregunté.

—¡*Clotilde*! —fue lo primero que dijo la vecina al abrir los ojos.

—No te preocupes ahora por la vaca.

Mi madre volvió con dos vasos de agua y le ofreció uno a la vecina.

—Toma, Sara, bebe un poco de agua, te sentará bien —le sugirió mi madre—. Toma hija, que tú también la necesitas.

UNA PEQUEÑA CONFUSIÓN

Cuando me desperté, no sabía dónde me encontraba. Estaba cubierta con una manta y tenía las manos y los pies atados con una cuerda.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó mi madre mientras me quitaba la manta de encima.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, me di cuenta de que estaba en el carro de la funeraria al lado del ataúd.

—¿Qué hago aquí metida? ¿Por qué estoy atada?

—Nos vamos con la tía Asun. Ahora voy a comprar unas provisiones en la tienda de Benito, pero no tardo nada. Te até porque no sabía cómo ibas a reaccionar, pero ya veo que te lo estás tomando bien.

—¿Bien? ¡Desátame ahora mismo! —grité furiosa—. ¿Por qué no recuerdo cómo llegué hasta aquí? ¡Tú me echaste algo en el agua!

Sin el menor atisbo de remordimiento, mi madre no solo volvió a echarme la manta encima, sino que además antes me amordazó.

—Lo siento, hija, es solo hasta que salgamos del pueblo. Lamento que las cosas tengan que ser así, pero allí estaremos a salvo. Ya verás cómo, cuando llegemos a Muerte del Segura, lo vas a ver todo de otra manera —dijo cerrando la puerta de atrás del carro.

Durante un buen rato intenté soltarme, pero cuanto más tiraba de la cuerda, más me apretaba. Estaba claro que la tía Asunción le había enseñado a mi madre a hacer nudos marineros.

Al poco rato, el carro se puso en marcha de nuevo. Mi madre no se dignó decirme nada y mi enfado aumentaba por momentos. No habría pasado ni un cuarto de hora, cuando nos volvimos a parar. Era imposible que hubiéramos llegado a nuestro destino, así que pensé que mi madre quizás hubiera entrado en razón y me fuese a liberar. Nada más lejos de la realidad.

—Buenos días —dijo una voz masculina desde el pescante del carro—. ¿No sabrá, por casualidad, dónde está el cementerio?

Mi situación resultó ser aún más preocupante de lo que yo pensaba. Me entró el pánico. Como buenamente pude, me incorporé e intenté identificar a mi conductor a través de una rendija entre dos travesaños.

—Vas bien —contestó el viandante—. Si sigues todo recto y tomas el primer desvío a la izquierda, en cinco minutos estás en el cementerio.

—Muy amable. Es que soy nuevo en el trabajo y no soy del pueblo. Llevo quince minutos dando vueltas.

—Pues no tiene pérdida.

—Gracias y que pase un buen día.

¿Qué podía haber pasado? Lo único que se me ocurría es que el lumbrera del conductor hubiera confundido su carro con el nuestro en la tienda de alimentación. Me revolví en el sitio y comencé a dar patadas al carro para que el conductor se percatara de mi presencia, pero no hubo suerte. El camino estaba lleno de baches y el carro oscilaba de un lado a otro aplacando mis golpes. Solo me quedaba esperar a que parara y me viera o a que mi madre viniera por mí.

Como había predicho el viandante, después de unos minutos llegamos al cementerio. En cuanto el conductor aparcó, oí cómo una multitud llorosa se acercaba hasta donde nos encontrábamos. Me quedé inmóvil mientras descargaban el ataúd. Los familiares ya tenían suficiente con lo suyo.

Cuando se alejaron, me deshice de la manta y me senté a esperar. No sé cuánto tardó en llegar mi madre, pero a mí se me hizo una eternidad.

—¡Hija! Perdóname. Soy la peor madre del mundo. ¿Estás bien? —preguntó mientras me quitaba la mordaza—. No sabes cuánto lo siento.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¡Intentas llevarme en contra de mi voluntad con la tía y, para colmo, me pierdes por el camino!

—Lo siento. No voy a volver a hacer nada así nunca más —contestó arrepentida, y se puso a desatarme las manos.

Una vez comprobado que estaba bien, mi madre echó en falta su segundo bien máspreciado.

—¿Y el ataúd? —preguntó con preocupación.

—Creo que se lo han llevado a hombros.

—¡Ay, madre!

Sin decir nada más, saltó del carro y salió corriendo en dirección al cementerio.

—¡Mamá! ¿Qué vas a hacer? —le grité.

Salí detrás de ella para evitar que montara una escena durante el entierro. Una veintena de personas se reunían para dar el último adiós a su ser querido, sin ser conscientes de que, en realidad, estaban enterrando un alambique y una docena de botellas de ginebra. Mi madre se abrió paso entre los presentes. Mientras echaban tierra sobre el ataúd, una mujer de mediana edad decía unas palabras.

—Todos recordaremos a Gabriel por su generosidad y su honestidad, por sus valores y su integridad. Por sus numerosos actos de ayuda al prójimo, por su afán por mejorar la sociedad. Mi marido fue ante todo un amigo ejemplar,

un padre cariñoso y un esposo fiel.

—¡No! ¡Por lo que más queráis! —gritó mi madre saltando al hoyo y apartando la tierra que se había acumulado sobre el ataúd—. ¡Con la de alegrías que hemos compartido juntos! Aunque no te lo haya dicho nunca, para mí siempre has sido parte de la familia.

La viuda, que hasta ese momento estaba conteniendo las lágrimas, entró en cólera.

—Sabía que me engañaba. ¡Lo sabía! —exclamó enfurecida—. ¡Ese maldito bastardo! Lo dejé todo por él, me vine a vivir a este pueblo apestoso con estos paletos y así me lo agradeció.

—¡Me juró que era la única! —dijo una tercera mujer, echándose a llorar.

—¡Será posible! ¡Embustero asqueroso! —gritó furiosa la esposa del difunto.

Los presentes empezaron a cuchichear asombrados por el giro inesperado que había tomado el entierro. La situación se le había ido de las manos a mi madre y me acerqué al hoyo para pedirle que saliera.

—Mamá, vámonos antes de que nos linchen.

Por desgracia, mi aparición no pasó desapercibida para la viuda, cuya rabia crecía por momentos.

—¡Tenía una hija con esta buscona! ¡Bastarda!

Varios asistentes tuvieron que sujetar a la viuda para que no viniera a por nosotras.

—Ya vendremos luego a desenterrar el alambique —le prometí a mi madre mientras la ayudaba a salir del hoyo.

—Hija, tú no lo entiendes...

Conseguí alejarla unos metros del entierro, pero ella insistía en volver. Empecé a preocuparme cuando detecté en su rostro esa expresión que ponía cuando quería decirme algo que sabía que no me iba a gustar.

—No podemos irnos —dijo con angustia.

—Perdonen, señoras, ¿nos dejan pasar? —nos interrumpió un empleado de la funeraria que, junto con otro compañero, llevaba a hombros un féretro.

—Claro, perdonen —me disculpé al tiempo que nos hacíamos a un lado.

—Antonio, deja de mover el ataúd de un lado a otro, que me desequilibras —se quejó uno de ellos.

—Yo no hago nada, pensé que eras tú.

Sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo, el ataúd que transportaban cayó al suelo y la tapa se abrió por el impacto. Una gallina salió cacareando

del féretro seguida de un zombi y de varias botellas de ginebra que empezaron a rodar por el suelo. Los empleados de la funeraria salieron corriendo despavoridos.

—¡Juan Luis! —exclamé cuando lo reconocí—. Pero ¿qué...?

—¡Madre mía! ¡Me he equivocado de entierro! —dijo mi madre al ver a mi ex—. Eso es lo que te quería decir. No tuve valor para dejarlo en casa solo.

—¿Y lo metiste en el ataúd?

—¿Dónde querías que lo metiera? Al final conseguí hacerle sitio entre el alambique y las botellas.

Como la aparición de mi ex había dejado el cementerio desierto, pudimos recuperar nuestras pertenencias e irnos sin llamar más la atención.

Acabábamos de llegar a casa cuando vi a Álex en nuestra entrada ojeando con cara de preocupación un gnomo de jardín medio calcinado.

—Juan Luis, es mejor que entres por detrás para que no te vea el policía... —le sugerí, pero ya era demasiado tarde.

—¡Cuidado, un zombi! —gritó Álex al ver a mi ex.

—¡Corre! —le dije en voz baja, y después lo empujé a un lado para disimular.

Mi ex, que casi se cae de culo por el empujón, salió corriendo y nosotras hicimos el paripé fingiendo estar asustadas.

—¿Estáis bien? —preguntó Álex al llegar hasta nosotras.

—Sí, no ha sido nada —contesté.

—¡Están por todas partes! —exclamó Álex—. Creo que están recabando información para el ataque. Vuestra vecina me acaba de contar que esta misma noche una avanzadilla zombi la atacó y que vosotras la salvasteis lanzándoles gnomos de jardín ardiendo.

—La idea fue mía —afirmó mi madre, que no quería compartir el mérito.

—No fue tan grave como parece —dije, intentando quitar hierro al asunto—. Debían de ser cuatro o cinco zombis.

—¡Qué dices! —exclamó mi madre—. Yo conté más de veinte.

—Corristeis un gran riesgo enfrentándoos vosotras solas a los zombis —nos dijo—. Sois muy valientes. Van a hacer falta muchos más como vosotras para derrotar al ejército zombi.

—¿Lo has visto? —preguntó mi madre.

—Sí, de eso venía a hablaros. Pero, mejor, vamos dentro; por el momento, no quiero que lo sepan los vecinos.

Ya en el salón, Álex nos contó con detalle lo que había visto en el bosque.

—Tenías razón, esos zombis son muy peligrosos y están muy bien organizados. Nunca había visto nada igual. Además, tienen una especie de líder que es capaz de hablar.

—Sí, lo sabemos. Es mi exjefe.

—¿Cómo dices?

—El líder es mi exjefe. Se llama Berto y hasta hace unos días impartía clases de *zombifulness* en su casa.

—¿Lo dices en serio?

Asentí con la cabeza.

—Eso explica por qué lleva mallas —dijo Álex—. Yo te había entendido que lo del *zombifulness* era un rollo pacifista.

—Sí que lo es, pero, al parecer, Berto guardaba mucha ira en su interior —contesté.

—Eso es malo guardárselo —opinó mi madre.

—¿Qué os han dicho las autoridades? ¿Ya han decidido qué medidas van a tomar? —quise saber.

—Pues, decir, no han dicho mucho. Su reacción no ha sido exactamente la que me esperaba —dijo Álex.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—El alcalde, los concejales y mi propio jefe huyeron poco después de que les informáramos de la presencia del ejército zombi. Estamos solos en esto —afirmó.

—Si nos damos prisa, podemos alcanzarlos —sugirió mi madre—. Da la casualidad de que ya lo tengo todo empaquetado.

—No creo que sea buena idea. Tengo entendido que fueron atacados por los zombis antes de llegar a Zafranillo del Valle —añadió Álex.

—La situación es más grave de lo que pensaba —reconocí—. Mamá, tienes que convocar una junta de inmediato. Hay que reunir a los vecinos para comunicarles la situación y decidir qué vamos a hacer.

Mamá resopló y puso los ojos en blanco en señal de desacuerdo.

—Me parece buena idea —afirmó Álex—. Pero hay que evitar que cunda el pánico; es mejor que no se sepa el motivo de la junta hasta que estemos todos reunidos.

—Opino lo mismo —respondí—. Y mi madre, aunque todavía no lo sepa, también está de acuerdo, ¿no es así?

Mi madre, aunque de mala gana, asintió con la cabeza.

—Ahora tengo que volver a la comisaría a organizar la vigilancia del ejército zombi —dijo Álex—, pero puedo regresar más tarde para ayudaros con los preparativos.

—No te preocupes por eso, nosotras nos encargamos de la junta —le dije mientras lo acompañaba a la puerta.

—¡Puf! ¡Eso para colmo! —se quejó mi madre por lo bajo.

—Entonces nos vemos en la reunión —dijo el policía, y se marchó.

Como no teníamos la más remota idea de cómo convocar una junta, mi madre y yo fuimos a pedir ayuda a la vecina. Sara nos recibió con los brazos abiertos. El episodio de la vaca nos había hecho superar las antiguas rencillas.

—Es facilísimo —nos aseguró Sara—. Tú solo tienes que avisar a Arturo para que haga las gestiones técnicas y a Benito para que se encargue de avisar a los vecinos.

—Queríamos avisar también a las otras juntas de vecinos para que se entere todo el pueblo —le comenté.

—No os preocupéis por eso. Si lo sabe Benito, se van a enterar hasta en...

—¡Grgrggggr rgrrrgrgr grgrgg! —se oyó gruñir de repente.

La vecina se puso en tensión. Supongo que temía que descubriéramos a sus peculiares empleados.

—Es que tengo ratones en casa —nos dijo mientras se levantaba del sofá—. Si me disculpáis, voy a ver si está todo en orden. Vuelvo ahora mismo.

—Sara, sabemos que tienes zombis trabajando para ti —le confesé.

La vecina puso cara de circunstancias e intentó negarlo.

—¡Qué bromista! ¡Vaya ocurrencias tienes! —exclamó visiblemente nerviosa.

Con gran sentido de la oportunidad, el mayordomo zombi apareció en el umbral de la puerta. Al darse cuenta de la metedura de pata, el sirviente dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó a toda prisa.

—No se lo hemos dicho a nadie —dijo mi madre para tranquilizarla.

Sara cedió a la evidencia y se volvió a sentar.

—¿Cómo os habéis enterado? —preguntó.

—Eso es lo de menos ahora —contesté.

—Sé que estaréis pensando que estoy loca por haber metido zombis en casa, pero estos no son peligrosos. No harían daño ni a una mosca.

—Sí, lo sabemos. Por eso no entiendo por qué los explotas —me atreví a decirle.

—¿Explotarlos? ¡Pero si viven mejor que yo! —replicó la vecina—.

Reciben una remuneración justa por su trabajo: tres comidas al día, barra libre de productos lácteos, dos días libres a la semana y un mes de vacaciones al año. Nadie los obliga a quedarse, se quedan porque quieren.

—¡Con esas condiciones laborales, no me extraña! —exclamó mi madre—. ¿Necesitas más gente? Ana está buscando trabajo.

—Ahora mismo, no, pero cuando tenga una vacante, os aviso.

—Oye, si no es mucho pedir, ¿te importaría si celebramos la reunión en tu casa? —le pidió mi madre—. Es que solo tengo cuatro sillas y dos taburetes.

—Cuenta con ello —respondió la vecina.

Después de agradecerle a Sara su ayuda, fuimos a hablar con Arturo y con Benito. Esa misma tarde tuvo lugar la junta de vecinos. El jardín de la vecina estaba abarrotado de gente. Entre los asistentes había mucha expectación por el cambio de presidenta y por el secretismo en relación con el motivo de la convocatoria.

—Solo veo a los presidentes de otras dos juntas —le comentó mi madre a Benito—. ¿Dónde están los otros?

—Pancracio se convirtió en zombi hace una semana, Conchi está de vacaciones y a Indalecio le dio un ataque de nervios cuando le dije sin querer el motivo de la reunión —confesó el vicepresidente.

—Vaya panorama —se lamentó mi madre—. Pues si ya estamos todos, que comience la reunión. Arturo, por favor.

—Con su venia, señora presidenta. Da comienzo la reunión extraordinaria celebrada a petición de nuestra excelentísima presidenta doña Carmen Gutiérrez. Los puntos del orden del día son los siguientes —dijo el secretario con su desesperante parsimonia habitual—. Punto uno: denuncia por modificación de fachada. El cerramiento antizombis que doña Adolfa Pérez, vecina del número treinta y cinco, ha instalado en su terraza rompe la unidad estética del edificio...

—Pero ¿de qué hablas? —lo interrumpió mi madre.

—Es el primero de los puntos...

—¿Y a quién le importa? No hemos venido a hablar de eso.

—Usted verá —contestó Arturo, resignado—, pero como sigamos dejando trabajo pendiente, aquí cada uno va a hacer lo que le dé la gana y esto va a ser la anarquía. La semana pasada, sin ir más lejos, pillé a una vecina, y no quiero dar nombres, sacando la basura a las dos de la tarde.

—Mira, ahora no tengo tiempo para ponerme a discutir contigo sobre la hora a la que saco la basura.

—Si todos hiciéramos como usted, sería el fin de nuestra sociedad —replicó Arturo.

—De eso, precisamente, venía a hablaros. Vecinos —dijo dirigiéndose a los presentes—, voy a ir al grano.

—Punto dos —la interrumpió el secretario—: problemas de abastecimiento de grano en el almacén común.

—¡Arturo, cierra el pico, que no estoy de humor para tonterías! —le ordenó mi madre, dedicándole una mirada amenazante.

—¡Tiene peor genio que Sara! —murmuró el secretario.

—Vecinos —continuó mi madre—, el motivo de esta reunión de urgencia es informaros de que hay un ejército de zombis a las afueras de la ciudad.

Las palabras de mi madre provocaron un silencio sepulcral en la sala. Los rostros de todos los presentes palidieron.

—¿De cuántos zombis estamos hablando? —preguntó Pepe, el dueño del restaurante Don Calamar y presidente de la junta de vecinos del barrio Los Matorrales.

—No sé —contestó mi madre—. Toda la explanada del bosque de Los Tréboles estaba llena de ellos. Supongo que, al menos, medio millar...

—Puede que estén solo de paso —opinó Pepe.

—Sí, claro. Puede que estén realizando su famosa migración anual hacia el norte de Europa —replicó mi madre con ironía—, pero lo dudo mucho, porque estaban haciendo armas y entrenándose para la lucha. Uno de ellos casi nos muerde.

—¡Estamos perdidos! —se oyó gritar a alguien desde el fondo de la sala.

—Silencio, por favor —pidió mi madre—. Vamos por partes. Primero tenemos que decidir qué estrategia vamos a seguir.

—¡Tenemos que rendirnos! —dijo Saturnina, la presidenta del barrio Los Trampolines—. Que cojan lo que quieran y que se vayan.

—No creo que vayan a darnos esa opción —señaló mi madre.

—¡Hay que huir! —dijo Valentín.

—¿A dónde? —dije—. Una vez arrasen con este pueblo, irán al siguiente. No tienen otra cosa que hacer y disponen de todo el tiempo del mundo.

—Estoy de acuerdo con Ana —intervino Álex—. Si huimos, lo único que conseguiremos es aplazar el problema unas semanas. Además, tengo constancia de que todos los vecinos que han intentado salir del pueblo en las últimas horas se han convertido en zombis. En la Policía ya estamos tomando medidas, pero no tenemos suficientes efectivos.

—¿Qué vamos a hacer? Somos solo doscientas personas y no todos podemos luchar —dijo el dueño de la confitería.

—¿Y tú por qué no puedes luchar? —preguntó mi madre intrigada.

—¡Estaría bueno! Soy el único maestro churrero de la zona. Aunque sobreviváis al ataque, ¿qué calidad de vida tendríais si no podéis desayunar churros los domingos?

Se levantó un murmullo. Había opiniones a favor y en contra.

—Hay que pedir ayuda —sugerí—. Nosotros solos no podemos contra ellos.

—Podríamos avisar a los de Zafranillo del Valle para que nos ayuden —propuso Feliciano.

—¿Y quién va a ser el valiente que se arriesgue a ir hasta allí? —preguntó Saturnina.

—¿Algún voluntario? —probó suerte mi madre.

Los asistentes mantuvieron silencio.

—Podemos mandar una paloma mensajera —propuso Pepe.

—Me temo que no —respondió el dueño del palomar—. Unos zombis han entrado esta mañana en el palomar y se han llevado todas mis palomas.

—¡Estamos incomunicados! —gritó Valentín, presa del pánico.

—Creo que la única opción que tenemos es recurrir a métodos menos tradicionales de reclutamiento —señalé.

—Podemos liberar a los presos —propuso la madre de Casimiro el Chori, condenado por hurto y actualmente entre rejas.

—¡Cómo vamos a dejar libres a los delincuentes! —exclamó Benito—. Ellos también son peligrosos.

—Mi hijo no ha hecho nunca daño a nadie —replicó la madre de Casimiro—. Solo le cuesta distinguir lo propio de lo ajeno.

—Yo solo sé que ya hay bastante inseguridad ciudadana como para soltar a los presos —repuso Benito—. Sin ir más lejos, esta mañana, cuando llegué a la tienda vi que me habían robado toda la fruta y las hortalizas.

—Es posible que hayan sido los zombis. Su líder es crudivegano —les comuniqué.

—¿Puede un zombi ser crudivegano? —preguntó Feliciano.

—Antes de convertirse lo era y ayer se llevó todas las verduras del huerto de Sara —respondí.

—Bueno, pues que nos ayuden solo los delincuentes con delitos menores —resolvió mi madre.

—¿Y si les pedimos ayuda también a los pacientes del manicomio? —intervino Sara.

—Es un centro de atención psiquiátrica —puntualizó una de las enfermeras que trabajaba allí.

—Ah, perdón —se disculpó Sara—. Y a los del manicomio del centro de atención psiquiátrica.

—No sé si nuestros pacientes están en condiciones de colaborar —repuso la enfermera.

—¿Obedecen órdenes? —le preguntó mi madre.

—Normalmente, sí, pero...

—A mí con eso me vale, dadas las circunstancias —dijo mi madre—. ¿Votos a favor de comenzar el reclutamiento de presos y pacientes psiquiátricos?

—Perdone que la interrumpa, señora presidenta —dijo el secretario—, pero me veo en la obligación de comunicarle que no se puede proceder a la votación ya que, al no estar en el orden del día...

—¿Votos a favor? —insistió mi madre.

Todos los presentes alzaron las manos.

—Si alguien tiene algo que decir, salvo Arturo, que hable ahora o calle para siempre. ¿Nadie? Pues si estamos todos de acuerdo, que comience el reclutamiento.

Horas después, salió impresa una edición especial del periódico local con una noticia de última hora: una carta de Berto en la que nos advertía de sus planes.

«Queridos vecinos:

Os hago llegar esta carta con el fin de comunicaros que, en los próximos siete días hábiles a partir del día de hoy, voy a proceder a borrar el pueblo del mapa con la ayuda de un ejército de zombis. No os molestéis en intentar hacerme cambiar de opinión, puesto que esta idea no es fruto de un calentón puntual, sino que es una decisión meditada durante meses. Espero que no os suponga muchas molestias.

Aprovecho la gran repercusión mediática que sé que va a tener este documento para deciros que las diez primeras personas que hagamos prisioneras obtendrán un curso de *zombifulness* totalmente gratis.

Con mis mejores deseos,

Berto».

ESTOS ZOMBIS SABEN LATÍN

Tal y como se había acordado en la junta, procedimos de inmediato al reclutamiento alternativo de voluntarios. Por petición expresa de mi madre, Álex y yo fuimos juntos al manicomio comarcal. Desde el comienzo de la invasión zombi, el número de internos de este centro público había aumentado exponencialmente. Muchas personas no habían asimilado del todo bien los cambios que los zombis provocaron en el día a día y acabaron necesitando ayuda especializada.

En cuanto llegamos, uno de los funcionarios nos facilitó un listado con los nombres de todos los pacientes exceptuando los que sufrían zombifobia, por razones obvias.

Sin perder más tiempo, procedimos a entrevistar a los candidatos. Sus reacciones al conocer el motivo de nuestra visita fueron de lo más variopintas. Y aunque algunos manifestaron con claridad su intención de aceptar el trato, conseguir que firmaran la autorización resultó ser más complicado de lo que imaginábamos.

—Carlos, ¿has entendido las condiciones? —pregunté.

—Sí, claro —contestó el interno—. Puedo salir del manicomio si lucho con vosotros contra un ejército zombi. Lo que supone, más que probablemente, una muerte segura.

—Supongo que eso es un no. Gracias por tu tiempo, Carlos. Eso era todo —le dije, y me volví hacia Álex—. ¿Nos quedan muchos?

—Este era el último —respondió Álex, que, de repente, parecía algo nervioso.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí —afirmó con una media sonrisa—, es solo que me estaba preguntado si te apetecería cenar hoy con mi abuela y conmigo.

—Me encantaría —contestó el interno, que todavía no se había levantado de la silla—. Menudo detalle por tu parte. ¿A qué hora me pasas a buscar? ¿Quieres que lleve algo?

Estaba claro que no lo habían metido en el manicomio por error.

—No, no te molestes —respondió Álex.

—¡No es molestia! —exclamó Carlos—. Mira, me habéis convencido, se ve que sabéis cómo tratar a la gente. ¡Venga ese formulario!

—Entonces, ¿aceptas? —le pregunté.

—Habría que estar loco para no aceptar —contestó, y comenzó a comerse la hoja de reclutamiento—. Llevo un año aquí y lo único que hacemos es jugar

al parchís. ¿Dónde tengo que firmar?

Le acerqué con recelo otro formulario.

—¿Qué me dices de la cena? —me preguntó de nuevo el policía.

Era el chico más interesante que había conocido en los últimos tiempos y quería decirle que sí, pero...

—Antes de contestar, me gustaría que conocieras a alguien.

—Claro —dijo un tanto desconcertado por mi respuesta.

—Si es posible, mejor no prepares nada con gambas —interrumpió nuestro nuevo recluta—. Es que soy alérgico al marisco.

—Descuida —dijo Álex.

Me levanté por el bolso que había dejado al lado de la ventana. En ese momento, otro interno entró en la sala en la que estábamos haciendo las entrevistas y se acercó al policía.

—Si no les importa, vayan terminando —le pidió—. Es que necesitamos la sala para el campeonato de parchís. Falta solo una hora para que comience y todavía tenemos que colocar los tableros.

Cuando regresé a la mesa para guardar los formularios, el interno se giró hacia mí y nuestras miradas se cruzaron. Él puso cara de sorpresa; yo me quedé pensando de qué me sonaba ese rostro.

—Thor, ¿eres tú? —preguntó el interno abriendo los ojos como platos—. ¡Claro que eres tú! Sin el martillo no te reconocía.

Allí estaba Jacinto, el vigilante de la cárcel. Al parecer, después de que lo encontraran subido a un árbol diciendo cosas incoherentes, los médicos decidieron internarlo en el manicomio.

—¿Os conocéis? —preguntó Álex extrañado.

—Eh...

—¡Claro que nos conocemos! —exclamó Jacinto—. Thor y la Muerte vinieron por mí la noche en que...

—¡Jacinto! —exclamé dándole un abrazo para que no diera más detalles—. ¡No te había reconocido! ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo estás?

—Bueno, vamos tirando.

—¿Nos disculpas un momento? —le dije a Álex.

—Claro. Te espero fuera —contestó él yéndose en dirección a las escaleras.

—Oye, Thor, ¿no podrías hacer algo para sacarme de aquí? Tal vez si le explicases a mi psiquiatra que eres real...

—Dudo bastante que pueda ayudarte con eso —le respondí.

Jacinto puso cara de desilusión, y yo no pude evitar sentirme culpable por lo que le había pasado.

—Pero estamos reclutando internos para combatir a un ejército zombi y, si te alistás, podrías salir —le informé—. Tal vez te interese.

—¿No será un truco de la Muerte? —preguntó reticente.

—De la que tú conoces, no, tranquilo.

Cuando salí del edificio, después de hacer las gestiones pertinentes, Álex ya estaba sentado en el carro. En el trayecto hacia casa pensé varias veces en echarme atrás. Pero al final decidí que lo mejor era contarle lo de Juan Luis. Álex me gustaba de verdad y quería sincerarme de una vez por todas con él. Al llegar a casa, estaba tan nerviosa que no sabía por dónde empezar.

—Es mejor que te sientes —le recomendé.

—De acuerdo —dijo tomando asiento en uno de los sofás del salón.

—Vale, vamos a por ello —me dije a mí misma para infundirme valor—. En primer lugar, me gustaría decirte que todavía mantengo una bonita relación de amistad con mi ex, Juan Luis.

—Eso está muy bien.

—De hecho, ahora mismo, por circunstancias de la vida, está viviendo aquí con nosotras —continué.

—Bueno, supongo que en los tiempos que corren hay que saber compartir.

—No podría estar más de acuerdo —asentí—. Solo un detalle más. Desconozco el cuándo y el cómo, pero Juan Luis se transformó en un zombi.

Álex soltó una carcajada.

—¡Cómo me alegro de que te lo estés tomando así de bien! —exclamé.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Me temo que no.

—Esa es una de las cosas que más me gusta de ti, tu sentido del humor —dijo él, haciendo caso omiso a lo que le acababa de decir.

No me quedó más remedio que ir por mi ex, que se encontraba en plena construcción de un gallinero en el jardín, y llevarlo a la cocina.

—Este es Juan Luis.

Álex se levantó de la silla como un resorte y se lanzó a por él. Mi ex retrocedió atemorizado y se escondió detrás de mí.

—¡Es un zombi pacífico, no hace daño a nadie! —dije interponiéndome entre los dos—, ¿verdad que no, Juan Luis?

Mi ex asomó la cabeza un poco por encima de mi hombro y dijo que no con la cabeza.

—¿Hablas con él? —me preguntó Álex—. Espera un momento, me acuerdo de este zombi. Lo llevé a la cárcel hará una semana. ¿Cómo es posible que esté aquí?

—Puede que fuéramos a rescatarlo...

—¿Que hicisteis qué? —dijo sin dar crédito a mis palabras.

—No había hecho nada malo. Es una buena persona... —intenté explicarle.

—¿Hace falta que te diga que los zombis son peligrosos? Podría haceros daño a ti o a tu madre.

—Sé que puede sonar raro, pero, si le dieras una oportunidad, verías que es inofensivo...

—¿Inofensivo? Me lanzó un repollo cuando fui a por él.

Juan Luis se rio por lo bajo.

—Tienes que echarlo de casa, no estáis seguras con él aquí —me exhortó.

—No pienso hacer eso. Juan Luis es como de la familia, no lo voy a abandonar cuando más lo necesita.

—Lo siento, Ana, ya he oído suficiente —dijo contrariado—. No voy a participar en esta locura.

Lo vi marcharse en silencio. Sabía que nada de lo que dijera iba a hacerle cambiar de opinión. Aun así, cuando cerró la puerta me embargó una profunda sensación de impotencia.

—Para que luego digan que la sinceridad es la base de cualquier relación —dije.

—R grgrg —gruñó mi ex poniéndome la mano en el hombro para consolarme.

—No te preocupes, Juan Luis, no es culpa tuya.

Después de ahuyentar al único soltero interesante del pueblo, me dirigí al centro penitenciario para ver qué tal les estaba yendo a Sara y a mi madre. Cuando llegué, me las encontré charlando animadamente mientras esperaban a que llegase el último aspirante a recluta.

—¿Qué tal te ha ido en el manicomio? —preguntó mi madre al verme.

—Hemos conseguido reclutar veinte —respondí.

—No me has entendido. ¿Qué tal con Álex?

—¿Qué Álex? —quiso saber la vecina—. ¿El policía? ¡No me digas que están saliendo!

—Ya sabes cómo es Ana de reservada para su vida privada. Pero yo creo que el policía está por Ana —le dijo mi madre en confidencia.

—Lo dudo bastante —aseguré—. De hecho, lo más probable es que no me quiera volver a ver nunca más.

—Hija, ¿por qué dices eso?

—Acabo de presentarle a Juan Luis.

—¿Te has vuelto loca? ¡A quién se le ocurre! —exclamó mi madre.

—¿Quién es Juan Luis? —preguntó Sara, que no se quería perder detalle de la conversación.

—Es nuestro zombi, el ex de Ana —contestó mi madre.

—¿El que rebusca en mi basura?

—El mismo —respondió ella, y continuó con el interrogatorio—. ¿Y a cuento de qué se lo has dicho?

—En algún momento iba a tener que decírselo —dije.

—Sí, hija, justo después de la boda.

Viendo que no se podía hablar en serio con ellas, di por terminada la conversación. Sara y mi madre se dispusieron entonces a entrevistar al último preso. Hasta ese momento, habían conseguido alistar a todos los delincuentes encarcelados por delitos menores. Según me contaron, la mayoría firmó la autorización sin preguntar siquiera las contrapartidas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sara para comenzar a cubrir los datos de la hoja de reclutamiento.

—Casimiro, pero todos me llaman el Chori.

—¿El de la Paqui?

—Sí.

—Tu madre me ha dado esto para ti —dijo Sara, sacando de una bolsa un bizcocho de bordes sospechosamente irregulares.

—Dime, Casimiro, exactamente, ¿por qué te condenaron? —quiso saber mi madre.

—Un malentendido. Me pillaron transportando unos minerales.

—¿Qué tipo de minerales? —se interesó Sara.

—Lingotes de oro.

Cuanto más miraba el bizcocho, más me parecía que llevaba algún tipo de utensilio dentro.

—Casimiro, necesitamos que nos prometas que no te vas a escapar si te liberamos —le explicó mi madre.

—Yo nunca haría eso, soy un hombre de fiar —aseguró.

Mi madre y Sara se hicieron a un lado y comenzaron a cuchichear entre ellas para decidir sobre el preso.

—No sé —titubeó Sara—. En su ficha pone que no reconoce autoridad ninguna y que es un embaucador nato.

—Perdonad que os interrumpa —dijo el preso mirando a mi madre—, pero es que tu cara me suena mucho. ¿No serás la hermana pequeña de Asunción?

—Sí, ¿de qué la conoces? —preguntó mi madre sorprendida.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo —afirmó Sara.

—Hicimos juntos el servicio militar.

—Pues sí que era larga la historia —se quejó la vecina.

—¡Tienes formación militar! ¡Menuda joya! —exclamó mi madre—. Es justo el perfil que estamos buscando.

Mi madre miró a Sara, que asintió con la cabeza dando su visto bueno.

—A partir de ahora, eres el nuevo capitán de la compañía. Enhorabuena —lo felicitó mi madre—. Puedes ir a buscar tus cosas.

—Gracias —contestó Casimiro mientras se levantaba del asiento.

—Te olvidas el bizcocho —le dije.

—Ya no lo necesito.

Tras las labores de reclutamiento, el número total de combatientes en nuestras filas no llegaba ni a trescientos. Estaba claro que, si queríamos tener alguna posibilidad de supervivencia, tendríamos que recurrir al único grupo poblacional que todavía no habíamos tenido en cuenta: los zombis del pueblo. Bueno, no a todos, solo a los que fuesen más «razonables». La cuestión era por qué iban a querer los zombis luchar por nosotros si no hacíamos más que espantarlos, capturarlos o meterlos presos. Pero, incluso en el caso de que estos aceptaran, quedaba por resolver cómo íbamos a convencer a los vivos de que algunos zombis eran de fiar. En verdad, no tenía claro cuál de los dos grupos iba a ser más difícil de persuadir.

Decidí organizar una reunión de urgencia con la persona que mejor conocía la vertiente humana de los zombis. Además de Sara, que hizo de anfitriona, también avisamos a Álex para intentar convencerlo de que nos apoyara en esto y, ya de paso, averiguar si iba a presentar cargos contra nosotras por el incidente de la cárcel y por dar cobijo a un zombi, eso, que él supiera. No creía que fuera a aceptar después de la discusión que habíamos tenido, pero, para mi sorpresa, el policía accedió a venir. Tal vez porque quería asegurarse de que no cometiéramos más delitos.

Álex fue el último en llegar a casa de la vecina.

—¿Habéis traído al zombi? —dijo en cuanto se percató de la presencia de Juan Luis—. Sabía que no era buena idea venir.

—Anda, no seas quejica y siéntate, que no tenemos todo el día —le reprochó Sara para después dirigirse a mí—. Ana, ¿qué era lo que querías decirnos?

—Os he convocado porque es evidente que no somos suficientes para derrotar al ejército zombi. Cuando antes lo admitamos, mejor para todos. Ha llegado el momento de pedirles ayuda a los zombis más pacíficos del pueblo para luchar contra Berto —les dije sin rodeos.

A Álex casi se le salen los ojos de las órbitas.

—No sé si te he entendido bien —dijo—. ¿Quieres que pidamos ayuda a unos zombis para luchar contra otros zombis?

—Ya sé que puede parecer una locura.

—Creo que la palabra *locura* se queda corta teniendo en cuenta lo insensato de la propuesta —repuso Álex.

—No todos los zombis son peligrosos —intenté explicarle—. Algunos siguen comportándose como humanos, recuerdan su vida pasada y no hacen daño a nadie. Estoy segura de que, si les ofreciéramos un trato justo, lucharían con nosotros.

—¿Cómo puedes decir que no son peligrosos si van por ahí mordiendo a la gente? —preguntó Álex.

—No todos muerden a la gente —insistí.

—A mí me parece buena idea pedirles ayuda a los zombis —intervino Sara—, pero ¿qué podemos ofrecerles?

—Podríamos darles comida —sugirió mi madre.

—Claro, podemos obsequiarlos con varios vecinos —se burló Álex.

Lo miré enfadada por su actitud. No se estaba tomando en serio la reunión.

—¿Y si les ofrecemos tierras? —propuso Sara.

—¿Para qué quieren tierras? Son zombis, no colonos —repliqué.

—A tu hija no le vale nada —murmuró la vecina, dirigiéndose a mi madre.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Es que habéis perdido la cabeza? —dijo el policía.

—Si no les pedimos ayuda, tal vez perdamos la cabeza literalmente —apostilló la vecina.

—Sé que no crees que haya zombis pacíficos —intenté convencerlo de nuevo—, pero tú mismo te tomaste un café tranquilamente con Juan Luis el otro día.

Álex me miró extrañado, hasta que se dio cuenta de a qué me refería.

—¿Hiciste pasar a un zombi por tu abuela? —preguntó.

Mamá y Sara me miraron negando con la cabeza para que le respondiera que no.

—Sí —contesté—. Y ya viste que no pasó nada.

—Ana tiene razón —intervino mi madre—. Juan Luis es ya como de la familia. Sin ir más lejos, el otro día nos salvó de que un zombi nos mordiera.

El policía le echó una mirada inquisitiva a mi ex, que estaba sentado deshojando una margarita sin prestar atención a la conversación.

—¿En serio hizo eso? —preguntó Álex, desconcertado.

—Sí, lo hizo —contesté—. Comprendo que te resulte difícil confiar en él, pero, al menos, confía en mí, o en mi madre, o en Sara... Puede que pedir ayuda a los zombis sea la única manera de vencer a Berto y a su ejército.

Álex no dijo nada, pero, por la expresión de su cara, supe que empezaba a entrar en razón.

—Yo creo que lo mejor sería preguntarles a los zombis qué es lo que quieren —sugirió mi madre.

—¿Tú también hablas con los zombis? —le preguntó Álex.

—¿No le has dicho todavía que nos entienden? —me preguntó mi madre.

—Es que pensé que iba a hacer preguntas... —respondí.

—¿Hace falta que os recuerde que un ejército zombi va a atacarnos de forma inminente? —interrumpió la vecina—. Ya si acaso resolvéis vuestros problemas personales en otro momento.

—Tienes razón. Porque, al paso que vamos... —dijo mi madre—. A ver, Juan Luis, ¿tú qué quieres?

—Grrg ggrrr, gggrrr —gruñó mi ex mientras se encogía de hombros.

—Tu zombi es un pelín simple, no te ofendas —dijo Sara.

—Dejad en paz a Juan Luis, que bastante tiene con lo suyo —les pedí.

—Yo creo que estamos buscando otro perfil de zombi —afirmó la vecina.

En ese momento, el mayordomo de Sara entró por la puerta con un refrigerio.

—¿Tú también tienes un zombi en casa? —preguntó Álex, sin dar crédito a lo que veía.

—*Zombis*, en plural. No hay ninguna ley que lo prohíba. Me he informado antes de dejarte entrar en casa —contestó la vecina.

—¿Quién te ha dicho que es legal? —preguntó el policía.

—Benito. Estudió Derecho, así que sabe de lo que habla —respondió ella

—. Ambrosio, dile a tus compañeros que vengan. Tenemos que hablar de algo importante con vosotros.

—Entonces te habrá dicho que no está permitido alimentarlos —continuó Álex, haciendo grandes esfuerzos por mantener la calma.

—¡Ya lo que me faltaba! La comida se la hacen ellos. Soy su jefa, no su madre —repuso Sara.

Los zombis fueron entrando en el salón con desconfianza. El último en llegar, al ver a Álex, salió corriendo y se parapetó en la cocina. El mayordomo tuvo que ir por él y tranquilizarlo.

—En primer lugar —se dirigió la vecina a los zombis—, me gustaría recordaros cuánto valoro vuestra amistad y vuestro servicio. Una vez dicho esto, tenemos una propuesta que haceros. Queremos que luchéis con nosotros, los vivos, contra los zombis subversivos.

Los zombis se miraron unos a otros; no acababan de entender lo que les decía su jefa.

—Por mucho que me digáis —dijo Álex—, a mí me parece que estos zombis no comprenden lo que les dices.

—¡Qué paciencia! —exclamó la vecina, que se estaba empezando a enfadar—. Ambrosio, si eres tan amable, ¿podrías traerle a este señor tan escéptico un vaso de agua con una rodajita de limón y unas hojitas de hierbabuena, cinco lonchas de queso, dos rebanadas de pan...?

—El pan, que sea integral —puntualizó Álex con ironía.

—Dos rebanadas de pan integral —continuó la vecina— y el periódico de hoy, el que pone en portada «Una horda zombi nos acecha».

El mayordomo asintió y se fue a la cocina.

—No quiero ofenderos —se disculpó el policía—. Lo único que digo es que tal vez os haya parecido que os entienden por error, pero eso es imposible...

Mientras Álex seguía con su razonamiento, Ambrosio entró en el salón portando una bandeja con todo lo que le había pedido Sara. La colocó justo delante del policía, que se quedó mirándola sin decir nada.

—Si no quieres el queso, ya me lo como yo —se apresuró a decir mi madre.

—¿Podemos continuar ya? —preguntó la vecina mirando a Álex.

Pero el policía, que seguía sin apartar la vista de la bandeja, se había quedado sin palabras.

—¿Sabéis quién es Berto, el maestro *zombifulness*? —les pregunté a los

zombis.

Todos asintieron con la cabeza.

—¿De qué lo conocéis? —quiso saber Sara, intrigada.

—Rrr grgrgr grrggr grr rgrrrg rgrgr —respondió el mayordomo.

Juan Luis, que estaba a mi lado, sacó su libreta y se puso a escribir.

—¡También saben escribir! —exclamó Álex.

—¿Qué le pasa a este? —le preguntó Sara a mi madre.

—Cosas de pareja —murmuró ella.

—Dice que les ofreció trabajo el mes pasado —leí en voz alta lo que había escrito mi ex.

—¿Es que soy el único vecino que no emplea a zombis? —preguntó el policía.

—No te preocupes por eso —respondió mi madre—, yo te puedo conseguir uno en un periquete.

—¿Sabéis que está organizando un ejército para atacar el pueblo? —les pregunté.

Los zombis volvieron a asentir.

—Queremos que nos ayudéis a hacerle frente —intervino Sara—. Podéis poner vuestras condiciones. Decidnos, ¿qué es lo que queréis a cambio de vuestra colaboración?

Una vez superada la sorpresa inicial por lo inesperado de la propuesta, los zombis formaron un corrillo y comenzaron a gruñir entre ellos. Después de un rato, Ambrosio se dirigió a nosotros en calidad de portavoz.

—Rggrr grrrgg rgrrr rg grrrrg gggggr —gruñó el mayordomo.

—Quieren ser ciudadanos de plenos derechos —leí de la libreta de Juan Luis.

—Creo que vais a tener que ser más específicos —les pidió Sara.

Los zombis volvieron a rodear al mayordomo. La conversación fue subiendo de tono progresivamente, hasta que se pusieron de acuerdo. Entonces Ambrosio se volvió a dirigir a nosotros.

—Rggrr rr gggggg rgrrr, grrrrr rgrrg rgrrr grgrgr ggggrg grggrgr ggr rrgrg.

—Quieren dos pagas extraordinarias, siete días moscosos más al año y cotizar —leí.

—¡Esas condiciones laborales son mejores que las mías! —se quejó Álex.

—Si queréis cotizar, vais a tener que pagar impuestos —repuso Sara.

—Grg rggrr grggrg grr GRGR —gruñó Ambrosio.

—Dicen que no quieren pagar el IRPF —leí.

—Estos zombis saben latín —dijo el policía.

—Estáis exentos el primer año, después a apoquinar como todo el mundo —sentenció la vecina.

El zombi que antes había salido huyendo le dijo algo a Ambrosio al oído.

—Grr grgrrgr rrrgr rrrrg grrrggr ggrrgr rrggg, gggrgr rgrrrgr grrrrgr rg gg rrrrr r grgrgrg grr grrgrrg rrrr rgrgrg —gruñó el mayordomo.

—El pinche quiere unos guantes para fregar, porque está harto de que se le pongan los dedos como garbanzos.

—Rgr rggrgrgr rrrrgg grg rgg grgrrrgrgr grgrgr Rgrgg, rgg grggr Grrggg —añadió.

—Tu mayordomo también dice que, ya puestos, no lo llames más Ambrosio, que se llama Martín.

—Me parece justo —dijo Sara—. Entonces ¿tenemos un trato?

—No tan rápido —interrumpió Álex—. Ocho reclutas más no nos van a hacer vencer a Berto. Si queréis ser ciudadanos de pleno derecho, tenéis que conseguir que otros zombis luchen por nuestra causa.

Los zombis intercambiaron unos gruñidos entre ellos.

—Rg grggrg, rgrrrr r rggr rgggr ggg rgrg —gruñó el mayordomo.

—Dice que están de acuerdo, pero que lo quieren todo por escrito —leí.

—¡Qué bien! ¡Vamos a festejarlo! —exclamó mamá—. ¡Grrrgrr!

Los zombis empezaron a reírse.

—¿De qué se ríen? —preguntó mi madre.

—Al parecer, has dicho *culo* en zombi —traduje.

—Bueno, yo tengo que marcharme —dijo Álex levantándose de la silla—. Va a comenzar mi turno de vigilancia y me gustaría pasar antes por comisaría para informar a mis compañeros de las novedades. En cuanto termine, vendré a echaros una mano con esta locura.

—¿Eso significa que estás con nosotras? —le pregunté.

—No sé si me arrepentiré de no haberos detenido a todos, pero la verdad es que nunca había visto a los zombis comportarse de una manera tan civilizada.

El mayordomo le ofreció a Álex su chaqueta. Este tardó unos segundos en saber qué decir.

—Gracias.

—Rg grrrgr —gruñó el zombi.

—Vuelvo en unas horas —me dijo, y se fue.

Una vez terminada la reunión, los zombis se pusieron manos a la obra. Al

parecer, Martín, el mayordomo antes conocido como Ambrosio, había sido un alto cargo del departamento de *marketing* de una multinacional. Él solito diseñó una brillante estrategia de publicidad para conseguir movilizar a los zombis indecisos. Lemas como «Rrrrggg, ¡grrrggrgrgr r rrggrggr!» y «¿Rrgrgrrr gggrrg rrrgrgr rgrgggr grggrrgr rrggrrr grr ggrggrr?» dieron mucho que hablar entre los zombis. El éxito de la campaña fue tal que, en unas pocas horas, el número de vecinos zombis alistados superaba al de los vivos.

TENGO UNA BUENA Y UNA MALA NOTICIA

Todos los vecinos del pueblo aptos para la lucha habíamos sido convocados a las siete menos cinco de la mañana en el jardín de Sara para la instrucción. Los ánimos estaban por los suelos. Todo eran bostezos, caras de sueño y quejas por lo temprano de la hora.

A las siete en punto, la vecina y mi madre hicieron acto de presencia ataviadas con ropa de camuflaje. Iban a impartir unas nociones básicas de tácticas militares y autodefensa a los reclutas. No es que tuvieran ningún tipo de formación al respecto, pero los policías estaban demasiado ocupados vigilando al ejército de Berto y ellas fueron las únicas que se presentaron voluntarias.

Mi madre tomó la iniciativa y se dirigió a los presentes desde un improvisado atril hecho con cajas de fruta. Casimiro le sirvió un vaso de agua.

—Vecinos, estáis aquí por un glorioso motivo. Como ya sabéis, un ejército de zombis subversivos está preparándose para atacar el pueblo. Quieren quitarnos lo poco que nos queda, pero no nos vamos a rendir sin luchar...

—Antes de que continúes —interrumpió Sara—, me gustaría recordaros que esta semana todos los soldados tenéis un veinticinco por ciento de descuento en todas las líneas de productos Leches Sara, a excepción del queso curado gran reserva, claro está.

—Estimados vecinos —continuó mi madre—, tengo una noticia buena y otra mala.

—¡Primero la mala! —se oyó gritar desde las tropas.

—Honestamente —dijo mi madre—, la probabilidad de que nosotros solos vencamos al ejército zombi es de una entre un millón.

—¿Y la buena noticia? —preguntó alguien en nuestras filas.

—Me alegra que me hagas esa pregunta. Me complace informaros de que, ahora mismo, disponemos de trescientos nuevos reclutas que conocen a la perfección al enemigo y que están entregados a nuestra causa.

Hubo una exclamación de sorpresa generalizada. La multitud comenzó a aplaudir, pero, una vez pasada la euforia inicial, algunos vecinos empezaron a hacerse preguntas.

—¿De dónde habéis sacado trescientas personas en tan poco tiempo? —preguntó la molinera—. Si la última vez que se ofertó una plaza de afilador se tardó dos meses en cubrir el puesto.

—No estamos aquí para hablar de la pésima gestión del alcalde —repuso mi madre.

—¿Cuánto nos va a costar? —quiso saber Benito.

—No nos va a costar nada —afirmó Sara.

—Eso sí que no me lo creo, todo el mundo quiere algo —repuso el tendero.

—Solo piden ser ciudadanos de plenos derechos —explicó mi madre.

—¡Ves como querían algo!

—Se trata de algo inmaterial, es una medida simbólica —les aclaré.

—¡Ahora resulta que vamos a vencer a los zombis con simbolismos! —saltó Saturnina.

—Sean quienes sean, habrá que empadronarlos —aseguró Arturo— y hacerles un seguro de vida. El papeleo nos llevará semanas.

—Eso es lo mejor de todo. Ya están todos empadronados y no necesitan ningún seguro de vida —respondió mi madre.

—Eso no tiene sentido, salvo que sean becarios —razonó Valentín.

—¡Yo no quiero gente sin preparación! —gritó Feliciano.

—¡Pero si vosotros tampoco tenéis experiencia bélica! —les echó en cara mi madre.

El ambiente se estaba caldeando. Los vecinos empezaban a inquietarse.

—Creo que lo mejor va a ser que los vean con sus propios ojos —le sugerí a mi madre.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Que entre el pelotón! —exclamó.

Al momento, los zombis entraron en formación en el jardín de la vecina ante el desconcierto de los presentes. Al mando iba el chef zombi.

—¡Una emboscada! —se oyó chillar a alguien.

Entre gritos de pánico, los vecinos se dispersaron en busca de un lugar donde esconderse.

—Tranquilos —gritó Sara—. Los hemos traído nosotras.

—¡Traición! ¡Nos han vendido a los zombis! —exclamó Arturo.

—Arturo, no me seas teatrero —le reprochó mi madre—. No os van a hacer nada. Son los nuevos reclutas.

—¡Compañía, alto! —ordenó Sara a los zombis.

Los vecinos asomaron la cabeza de sus escondites con desconfianza. El pelotón zombi permanecía inmóvil a la espera de órdenes. Mi madre se acercó hasta donde estaban formados y se paseó por delante de ellos.

—¿Veis? —dijo dirigiéndose a los vecinos—. No hay nada que temer.

—No lo entiendo —dijo Feliciano—. ¿Habéis firmado la paz con el

ejército zombi?

—No, este no es el ejército de Berto. Estos son los zombis del pueblo —le aclaró mi madre.

—Primero soltasteis a los locos, luego a los presos... —protestó Valentín.

—¿Algún problema con eso? —le preguntó Casimiro con cara de pocos amigos.

—¡En absoluto! —se apresuró a responder el cartero, atemorizado—. Solo quería aprovechar para felicitaros por la extraordinaria gestión que estáis haciendo del conflicto.

—Aun obviando el hecho de que son peligrosos —intervino Pepe—, ¿cómo van a luchar con nosotros si ni siquiera nos entienden?

—Sí que nos entienden —afirmé.

—¡Sí, ya! Y yo hablo élfico —se burló Valentín.

—¡Más respeto a los superiores! —lo reprendió de nuevo Casimiro.

—A ver, que levanten la mano izquierda los zombis que entiendan lo que estamos diciendo —les pedí.

Todos los zombis levantaron la mano. Los vecinos, que empezaban a salir de sus escondites, se quedaron atónitos.

—¡No podemos confiar en ellos! —exclamó el sereno.

—¿Por qué no? —les pregunté—. Son nuestros vecinos. Fijaos bien. Ahí están Maura, la peluquera; Justino, el zapatero; Sofía, la herrera...

Los aludidos saludaban tímidamente con la mano cuando yo los mencionaba.

—¡Pero ahora son zombis! —objetó Feliciano.

—Pero son zombis pacíficos, no han hecho daño a nadie —dije—. Todos ellos han prometido ayudarnos a luchar contra los zombis subversivos a cambio de tener los mismos derechos y deberes que los vivos.

—Yo sigo sin verlo claro —reiteró el dueño de la funeraria.

—¡Grgggrrr grrrrgr! —gruñó una zombi dando un paso adelante y saliéndose de la formación. Era Antonia, nuestra cliente de SkyLine que, al parecer, se había convertido recientemente.

—Antonia, ¿eres tú? —preguntó Feliciano.

—Gr, grrrggrgr g —respondió ella fundiéndose en un abrazo con Feliciano.

—¿La conoces? —le pregunté.

—Es mi esposa, llevaba días buscándola —respondió él, emocionado.

—A mí me parece bien que luchen con nosotros —afirmó Benito, que ya

veía incrementada la clientela potencial de su negocio—. Podría dinamizar la economía del pueblo.

—Siento tener que informaros de que la jurisprudencia actual no contempla esta clase de alianzas. Estaríamos en un limbo legal —nos indicó Arturo.

—Díselo tú, Marcelino, que siempre has sabido hacerte entender —dijo Sara.

Detrás de ella, apareció el alcalde, al que, después de convertirse en zombi, le había dado un ataque de responsabilidad ciudadana.

—Grgrrrr rggrr rgrgrr grr grggrrr grgrrrr grggrrr grgrgr gggggrr —gruñó mientras asentía con la cabeza.

Los zombis aplaudieron.

—Sigues teniendo el don de la palabra —afirmó la vecina.

—¡La ley está con nosotros! —exclamó Arturo, siempre tan preocupado por cumplir la legislación vigente.

Por incomprensible que parezca, la intervención del alcalde tranquilizó a los vecinos. Era una persona de mucho prestigio en el pueblo y, a pesar de que no había dado palo al agua desde que llegó al poder, en las últimas elecciones había sido elegido de nuevo por mayoría absoluta.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que los zombis del pueblo se unan a nosotros?

La pregunta de mi madre obtuvo un abrumador sí como respuesta.

—¿Hay alguien al que no le parezca bien? —insistió Sara.

Ningún vecino puso ninguna objeción.

—Estupendo —sonrió mi madre satisfecha—. Pues si estamos todos de acuerdo, que comience la instrucción.

—¡Todo el mundo a correr! —ordenó Sara.

Los zombis se pusieron a correr de inmediato, pero los reclutas vivos se miraron unos a otros como si no hubieran entendido la orden.

—¿Es que no hablo con claridad? ¡A correr he dicho! —gritó Sara—. ¡Al que llegue el último lo pongo a hacer cien flexiones!

Ante tal amenaza, los vecinos se pusieron de inmediato a dar la vuelta a la manzana. A los cinco minutos, la mitad de los vivos estaban tirados por el suelo. No estaban muy en forma que digamos.

—¿No tienes un poco de hambre? —le preguntó mi madre a Sara.

—Pues, ahora que lo dices, un poco, sí. Solo he tomado unos huevos con un poco de tocino antes de venir.

—Pero ¡cómo se te ocurre venir sin desayunar! —exclamó mi madre—. A ver si te va a dar una bajada de azúcar.

—¿Y qué hacemos con estos? —preguntó la vecina señalando a los soldados.

—Capitán Casimiro, son todos tuyos —dijo mi madre—. Haz que me sienta orgullosa de ti.

—¡A sus órdenes, coronel Gutiérrez! —exclamó él.

La vecina y mi madre habían acordado que su grado militar era de coronel, no tengo claro con qué criterio.

—¿Nos acompañas a desayunar? —me tentó mi madre.

Dudé por un momento, pero la verdad es que lo de la instrucción militar daba mucha hambre y no eran horas para estar a la fresca. Cuando regresamos, Casimiro nos dio el parte. Entre los vivos, la jornada había acabado con dos tendinitis, cinco casos de deshidratación, tres subidas de gemelos y seis posibles resfriados. Si seguíamos así, acabaríamos nosotros con los vecinos antes que el ejército zombi. Al menos, los zombis del pueblo resultaron ser más disciplinados y estar en mejor forma física de lo que imaginábamos.

LA VAMOS A ARMAR PARDA

Enseguida nos dimos cuenta de que iba a ser complicado distinguir a nuestros aliados zombis de los enemigos durante la batalla. La solución más obvia era la de uniformar a nuestro ejército, pero no había suficiente tela en todo el pueblo y, aunque así fuera, no podíamos perder el tiempo confeccionando más de quinientos uniformes. Después de darle muchas vueltas, conseguimos resolver el asunto recurriendo al Museo Militar de la comarca. Al comienzo de la invasión, los zombis utilizaban este recinto para resguardarse y pasar la noche. Pero, con el tiempo, la cosa fue a peor y los zombis comenzaron a vestirse con los trajes de época y a asustar a los visitantes, momento en el que las autoridades decidieron clausurarlo. Con la esperanza de que los zombis de Berto no se nos hubieran adelantado, mandamos al museo a un pequeño grupo de soldados comandado por Sara y Casimiro para que inspeccionaran el lugar y trajeran todos los uniformes que encontraran.

El cortejo de cinco carrozas reales paró justo delante de nuestra casa. Juan Luis conducía la más lujosa de todas. A su lado estaban el alcalde y Casimiro, que se bajó de un salto.

—¡No os quedéis ahí parados! ¡Ayudadnos a descargar la mercancía, panda de vagos! —les gritó a dos vecinos que estaban paseando tranquilamente por la acera.

Sin perder un segundo, mi madre y yo nos dirigimos a las carrozas, que estaban llenas a rebosar de todo tipo de material militar. Había armas para todos los gustos y gran variedad de armaduras, pero, para nuestra sorpresa, apenas había uniformes.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Casimiro sosteniendo una de las armas.

—Es un florete —contestó él tomándolo entre sus manos para examinarlo con más detalle—. O algo por el estilo.

—Ya sé que es un florete, no me refiero a eso. Solo teníais que traer los uniformes. No dijimos nada de armas.

—Con algo nos tendremos que defender —repuso.

—¿Tú crees que alguno de los vecinos tiene nociones de esgrima? O tal vez —dije sacando lo primero que encontré en la carroza—, un poco de pólvora para este mosquete.

—Pues ahora no lo vamos a devolver —dijo Casimiro encogiéndose de hombros—. ¡Con lo que nos ha costado traerlo todo! Nos hemos recorrido todos los pabellones, desde la Hispania prehistórica hasta el Siglo de Oro. No

había trabajado tanto ni cuando desvalijé la casa del alcalde.

—¡R gg rgrrrr gg rgrrrr! —gruñó el aludido, visiblemente molesto.

—Aquí está todo —insistió Casimiro—. Puedes comprobarlo tú misma, he traído un folleto informativo.

Al ojear el folleto, me di cuenta de que nuestro capitán llevaba colgando del cuello la pieza estrella de la sala ocho del museo: «El collar isabelino del platero Ginés Martenín una impresionante pieza confeccionada con oro y plata y engastada con piedras preciosas(...)».

Fruncí el ceño.

—No sé si es ético que nos quedemos con joyas del patrimonio nacional —le reproché señalando el collar.

—Es un préstamo temporal, para que nos dé suerte en la batalla —se justificó.

—Ya veo.

—No seas tan estricta con Casimiro. Un buen líder tiene que ser comprensivo —me aconsejó mi madre—. Por cierto, ¿Sara no había ido con vosotros?

Antes de que Casimiro pudiera responder, una fila de catapultas empujadas por los vecinos apareció al fondo de la calle. Sara supervisaba la operación montada a caballo. Cuando todos los artilugios estuvieron acomodados en su jardín, la vecina desmontó y se acercó a nosotros.

—No tengo claro que vayamos a ganar a los zombis, pero lo que es seguro es que la vamos a armar parda —aseguró.

—¡Qué trabajo tan fino! —exclamó mi madre mientras examinaba uno de los yelmos.

—Sabía que te gustaría. Es de la armadura que Carlos V utilizó en la batalla de Mühlberg —explicó Casimiro, que ya hablaba como si fuera historiador.

—¡Me la pido! —se apresuró a decir mi madre.

—¿Y yo qué? —protestó la vecina.

—Me he permitido escoger esta armadura para ti —le dijo el capitán—. Era de Alfonso X, un rey tan sabio como nuestras queridas presidentas.

—Qué pelota —murmuré.

—¡Es una auténtica preciosidad! —exclamó la vecina—. Casimiro, estás en todo. Alguien se está ganando un ascenso.

—Como no suelte ese florete, lo único que va a ganar es una visita al hospital —oí que decía una voz familiar.

La vidente había aparecido como por arte de magia detrás de nosotros.

—¡Angustias! ¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—He venido a buscarte. Es urgente, tienes que venir a casa conmigo, nos están esperando —aseguró.

—Ahora no me pillas en buen momento —le dije—, pero le prometo que, si sobrevivimos a todo esto de los zombis, le hago una visita.

—Hija, ¿quién es esta señora?

—Soy Angustias. Vidente, médium y sanadora. Usted es la madre de Ana, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó mi madre, sorprendida.

—Hay que admitir que es buena —afirmó Sara.

—Pues no nos vendría nada mal que nos leyera el futuro para mañana —dijo mi madre—. ¿Tiene consulta?

—Por supuesto —contestó Angustias—. Precisamente, ahora íbamos para allá.

—Yo no voy a ninguna parte —dije—. Todavía hay mucho trabajo que hacer y mañana es el gran día.

—¿Te casas? —preguntó Benito, que, aprovechando que pasaba por allí, puso la antena—. No sabía nada, enhorabuena. ¿No será un poco arriesgado casarte el día de la batalla? Lo digo porque dan lluvia.

—Pensándolo mejor, un poco de misticismo no le hace daño a nadie —dije, cambiando de opinión con tal de zafarme del interrogatorio del tendero.

Tardamos más de treinta minutos en recorrer los escasos quinientos metros que nos separaban de la casa de la vidente. La culpa de semejante velocidad punta la tuvieron mi madre y Sara, que se empeñaron en llevar puestas sus armaduras para estrenarlas.

—Me roza la cota de mallas —se quejó mi madre al tomar asiento en la consulta.

—Mamá, haz el favor de quitarte eso. Te van a salir ronchas, como cuando te empeñaste en ponerte unos vaqueros de la talla treinta y ocho.

—No sé a dónde se habrá ido, estaba aquí hace un momento —se excusó Angustias—. Legubrino, cierra las cortinas y enciende unas velas, a ver si aparece.

No hizo falta; mientras pronunciaba estas palabras, una figura se materializó delante de nosotros. Era una mujer de unos sesenta años que llevaba puesto un elegante vestido de muselina. Sara, mi madre y yo pegamos un grito del susto.

—Menos mal, ¿dónde te habías metido? Mira, da igual, no tenemos tiempo que perder, ¿qué era lo que querías decirle a tu tataranieta? —dijo la vidente señalándome con el dedo.

—¿Es mi tatarabuela? —dije frunciendo el ceño.

—¿Por qué hablas de mí como si no estuviera presente? —me recriminó el espectro—. Puedes preguntarme a mí directamente. Y sí, soy tu tatarabuela por parte de padre.

—Ya decía yo que esa nariz tan chata me recordaba a alguien —dijo mi madre.

El espectro se percató entonces de la presencia de Sara y de mi madre y torció el gesto.

—¿También has convocado a Carlos V y a Alfonso X? —preguntó molesto—. No me lo puedo creer. ¿Es que no confías en mi criterio?

—¡Toda la tarde dándome la brasa con que tenías un mensaje para Ana y ahora te pones a refunfuñar! —le echó en cara la vidente.

—Está bien, está bien —entró en razón el espectro—. Quería decirte que debéis atacar cuanto antes. Ayer vi su ejército mientras daba un paseo con Ernestino. No he visto unas tropas tan patéticas y poco profesionales en mi vida. Lo dirige una tal coronel Gutiérrez, no me explico cómo ha llegado a ese rango.

Mi madre tosió, haciéndose la ofendida.

—Te estás equivocando —dijo Angustias—. Esos somos nosotros. Necesitamos que nos ayudes a combatir al ejército zombi de Berto.

El espectro mantuvo silencio durante un instante antes de retomar la palabra.

—No creo que sea una buena idea. Mejor, salid huyendo —nos aconsejó.

—Eso mismo lo llevo diciendo yo mucho tiempo —afirmó mi madre.

—¿No tenemos ninguna opción? —pregunté—. Tienen que tener algún punto débil.

—Bueno, si yo estuviera en vuestro lugar, probaría suerte con un ataque sorpresa —nos recomendó—. Es una forma sencilla de hacer rehenes. Ante todo, no esperéis a que os ataquen o estaréis perdidos. Como os superan en número, tenéis que dividir sus fuerzas y atacar de forma selectiva para neutralizar a los mandos superiores y crear el caos en las tropas enemigas. En último lugar, pero no por ello menos importante, debéis conocer al enemigo mejor que a vosotros mismos...

Mi madre se llevó la mano a la boca para ocultar un bostezo. Sara se

había puesto a jugar al solitario con el tarot de Angustias.

—¿Cómo sabe tanto sobre estrategia militar? —le pregunté en voz baja a Angustias mientras el espectro continuaba hablando.

—Ella sola asedió con éxito el ayuntamiento de Zafranillo del Valle por un malentendido con las lindes de unas fincas allá por mil ochocientos...

—¡Eh! ¡No se dice la edad! —protestó el espectro—. Y ahora, si me disculpáis, me voy, que tengo planes. ¡Ah! ¡Casi se me olvida!

Mi tatarabuela se me acercó y posó su mano sobre mi hombro. Se me puso la carne de gallina.

—Niña, si no te queda otro remedio, recurre a los quesitos —me dijo—. Suerte en la batalla; la necesitáis.

Tras decir esto, el espectro desapareció.

—¿Ha dicho *quesitos*? —preguntó mi madre.

—¿Eso es todo? —pregunté a Angustias—. ¿Se supone que con esa información tenemos que vencer al ejército zombi?

—A veces hay que leer entre líneas para interpretar a los espíritus —contestó la vidente.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté.

—¡Que les vamos a dar para el pelo! —exclamó mi madre.

—Tú no te preocupes, ya verás cómo todo sale bien —añadió Sara.

Tomé aire. Había una sensación de tranquilidad general en el ambiente que me resultaba preocupante, teniendo en cuenta la que se nos venía encima.

—Oiga, Angustias, ¿no tendrá, por casualidad, alguna pócima para el mal de amores? —le preguntó mi madre, cambiando radicalmente de tema.

—¡Mamá! —exclamé, adivinando sus intenciones—. ¿Por eso querías venir?

—¿Es para ti? —quiso saber la vidente—. Estas cosas son como los trajes, mejor si son a medida.

—En realidad, es para Ana. Para mejorar su relación con el policía, que va *regulín*, ya sabes.

—Pero ¿qué relación? Solo somos amigos —repuse sin tener muy claro por qué me molestaba en darles explicaciones.

—Yo creo que el policía tiene celos del zombi —opinó la vecina.

—No te preocupes, dales tiempo —le recomendó la vidente a mi madre.

—¿Qué os parece si retomamos el asunto que nos ha traído hasta aquí y del que depende nuestra supervivencia? —sugerí.

—Sí, va a ser lo mejor, que en diez minutos tengo consulta con la madre

de Casimiro. Quiere saber si le va a ir bien a su hijo en su nuevo trabajo — dijo Angustias mirando el reloj.

Estaba claro que la confidencialidad no era lo suyo.

—Legubrino, vete a casa de Álex y dile palabra por palabra lo que nos ha contado el espectro. Se las va a tener que apañar para conseguir más información sobre el ejército zombi.

—Una última pregunta. ¿Va a llover mañana? —quiso saber mi madre—. Es que tenía pensado ponerme sandalias.

Angustias se volvió para mirar un barómetro que estaba colgado en la pared.

—No lo creo —respondió.

—Menos mal —dijo mi madre aliviada—, porque con los playeros se me cuecen los pies.

—¿Qué te vas a poner para la batalla? —le preguntó Sara a mi madre—. Lo digo por no ir vestidas iguales.

Ya lo que me faltaba por oír.

—Bueno, creo que ya es hora de irse —dije levantándome de la silla—. Gracias por todo, Angustias.

Cuando volvimos a casa, los soldados todavía seguían intentando organizar todo el material militar. Nuestro jardín parecía un mercadillo lleno de gente buscando un conjunto a juego de chaqueta y pantalón. Después de pasarnos toda la tarde ayudando a resolver aquel rompecabezas, caí en la cuenta de que no había visto a Juan Luis desde por la mañana, lo cual era extraño, porque nunca se ausentaba durante mucho tiempo.

—Oye, mamá, ¿tú sabes dónde está Juan Luis?

—Se fue con Álex hará como tres horas.

—¿Con Álex? —pregunté incrédula—. ¿Y a dónde han ido?

—Álex mencionó algo de infiltrar a un zombi en las tropas enemigas — dijo haciendo memoria—. Me pareció buena idea. Le dije que sí.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé atónita—. ¡Es muy peligroso! ¿Cómo los has dejado?

En ese momento, Casimiro vino corriendo hacia nosotras.

—Os estaba buscando. El policía y vuestro zombi acaban de volver. Han traído a un alto mando del ejército de Berto y lo han llevado a vuestra casa.

Sin perder un segundo, nos dirigimos hacia casa. Cuando llegamos, el prisionero estaba atado de pies y manos a una silla de nuestro salón. Álex y Juan Luis lo estaban interrogando mano a mano. Nadie diría que apenas un par

de horas antes Álex no podía ver a mi ex ni en pintura. Sea como fuere, me alegraba su cambio de actitud.

A petición del policía, mi madre y yo nos quedamos en la puerta para no interferir en el interrogatorio.

—¿Gggrr rggrr rrrgg grgggrg? —le preguntó Juan Luis al zombi.

El aludido bostezó. Parecía aburrido.

—¿Gggrr rggrr rrrgg grgggrg? —insistió Juan Luis.

—¿No vas a decirnos nada? —le preguntó Álex a nuestro rehén.

El zombi negó con la cabeza. Álex dio un golpe sobre la mesa de forma intimidatoria y todos nos sobresaltamos.

—Grg rgrgr grrrrrgg rgggr. Rgg grrgrgr rrr grgggg rrrgrgr rgggg Grgggg rg Rrggr —contestó el zombi, soltando una carcajada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Álex.

Juan Luis escribió la traducción en un papel y Álex lo leyó en voz alta para que nos enterásemos también nosotras.

—El muy caradura dice que no podemos hacerle nada porque lo amparan las leyes internacionales del Convenio de Ginebra.

—No podemos dejar que se salga con la suya —dije.

—¡Acabo de tener una idea! —exclamó mi madre, y puso rumbo al sótano.

Al cabo de un rato, volvió al salón con un barreño lleno a rebosar de botellas de ginebra.

—¿Quieres Convenio de Ginebra? —le dijo mi madre al zombi—. ¡Pues te vamos a dar caja y media! Ya verás cómo cantas.

—No lo podemos obligar a beber —dije—. No sería ético.

—Hija, te tomas el *zombiffulness* demasiado en serio. Mira cómo ha acabado Berto. Además, en realidad, no hace falta que beba. Llenamos el barreño con la ginebra y le metemos los pies al zombi dentro —explicó mi madre poniéndose manos a la obra.

—¿Tú crees que esto va a funcionar? —me preguntó Álex—. Yo pensaba que era una leyenda urbana.

—Supongo que no perdemos nada por probarlo —respondí.

Después de estar veinte minutos con los pies a remojo, el zombi empezó a hacer pedorretas sin venir a cuento. Nos pareció buen momento para retomar el interrogatorio. En esta ocasión, el prisionero no solo nos contó que disponían de quinientos zombis, que pensaban atacarnos dentro de dos días y demás información de inestimable valor sobre sus tropas, sino que también nos contó que se llamaba Serafín, que era oriundo de Coto del Cedro, que

veraneaba en Santillana del Mar, que había estudiado Filología Clásica y que se había convertido en zombi mientras hacía un curso de *reiki* al aire libre.

Si lo que decía el zombi era verdad, el ataque era inminente, y solo disponíamos de unas horas para organizar un ataque sorpresa. Había que movilizar al pueblo de inmediato, así que informamos a Benito de la situación. Rápidamente, la voz se corrió entre los vecinos y estos, de manera espontánea, se fueron acercando a casa provistos de comida y bebida en abundancia.

Más que un gabinete de crisis, nuestro salón parecía una romería. Sobre la mesa, un enorme mapa hecho a mano alzada por el zombi Serafín mostraba la posición de las tropas enemigas.

—Según nuestras fuentes —dije señalando a Serafín—, la horda enemiga está compuesta por quinientos zombis —informé a los allí congregados.

—¿Por qué hay garbanzos en el mapa? —preguntó Sara mientras se comía un canapé.

—Representan la localización de los zombis —respondí.

—¿Y las lentejas? —preguntó Benito.

—Somos nosotros.

—¿Quién es la peladilla que está al lado de los garbanzos? —quiso saber Casimiro, que se estaba comiendo unos vinagrillos cortesía del restaurante Don Calamar.

—Es Berto.

—Bien, si la simbología está clara, pasamos a desarrollar la estrategia —dijo Álex—. Nos dividiremos de la siguiente forma: Carmen dirigirá la artillería. Sara y Casimiro cubrirán la retaguardia. Ana actuará de enlace entre los dos grupos. Juan Luis y yo estaremos al frente de la caballería. Cincuenta hombres y mujeres, a las órdenes del alcalde, se quedarán en el pueblo para protegerlo en caso de que fallemos. ¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

Los que tenían la boca llena de comida asintieron con la cabeza; el resto contestamos que sí.

El dueño de la funeraria, que estaba presente en calidad de patrocinador oficial de la batalla, me pasó una nota que leí en voz alta.

—Me comunican que Feliciano nos ha cedido para la batalla quince caballos, cuatro burros y diez ponis. «Funerarias Prosperidad; el muerto, al bollo, y el vivo, al hoyo. Este mes, oferta especial de tres por dos en entierros».

HUMOR ZOMBI

Solo faltaban unas horas para la batalla. Mi madre, que era de buen dormir, roncaba en la habitación de al lado, mientras Juan Luis gruñía en sueños en el sofá del comedor. Yo, en cambio, era incapaz de conciliar el sueño, así que me levanté y me puse a repasar el plan de ataque para aplacar un poco los nervios. Justo iba a bajar a la cocina a prepararme una infusión cuando algo chocó contra la ventana. Dadas las horas, pensé que eran imaginaciones mías, pero, solo un segundo después, una piedra del tamaño de un pomelo atravesó el cristal haciéndolo añicos. Los ronquidos cesaron al otro lado de la pared. Mi madre apareció de inmediato en mi habitación con la escopeta de perdigones en la mano.

—¿¡Nos atacan los zombis!?

Tirar piedras no era el *modus operandi* de los no vivos. Los zombis folloneros no solían tener la cortesía de avisar antes de entrar en un domicilio. Además, me pareció oír voces familiares en el jardín. Cuando nos asomamos a la ventana, vimos a Álex discutiendo con los reclutas del manicomio.

—¿Estás loco? —le dijo a uno de ellos.

—Técnicamente, ya no —respondió el aludido.

—¿Qué estáis haciendo aquí a estas horas? —les pregunté.

En cuanto me vieron, los pacientes del psiquiátrico tomaron rápidamente posiciones y comenzaron a cantar.

«Clavelitos, clavelitos, clavelitos de mi corazón».

Cantaban desafinando y a destiempo. Alguno no se sabía la letra y solo movía los labios. Carlos, el loco comeapel, tocaba la guitarra española.

—¡Qué romántico! —suspiró mi madre.

—Pero ¿qué es este escándalo? —preguntó Sara a voz en grito desde su terraza.

—Álex, que no sabe ya que inventarse para pedirle una cita a Ana —gritó mi madre.

—Pero dile que sí de una vez, que necesito dormir para estar fresca mañana —vociferó Sara.

«Hoy te traigo clavelitos colorados igual que un fresón».

—Gracias. Creo que ya es suficiente —se apuró a decir Álex a los miembros del esperpéntico coro.

—¿Lo hemos hecho bien? —preguntó Carlos.

—Todo lo bien que se podía esperar —contestó Álex.

—¡La culpa es de Jenaro, que no respira con el diafragma! —exclamó

Carlos.

—Ya os dije que *Clavelitos* no entra dentro de mi rango vocal —se excusó Jenaro.

—Siempre dices lo mismo de todas las canciones —repuso Carlos.

—¿Os importaría dejarnos a solas? —los interrumpió Álex.

Dicho y hecho. Los locos se dispersaron en todas direcciones. Todos, menos Carlos.

—Tú también, Carlos —le dijo Álex.

—Pero ¿no querías que nos quedásemos a solas? Primero cancelas lo de la cena y ahora, esto. A ver si te aclaras —le recriminó enfadado mientras se alejaba.

—Yo también os dejo a solas para que habléis de vuestras cosas —murmuró mi madre, guiñándome un ojo—. Cualquier cosa, estoy en mi habitación.

—Perdona lo del cristal —se disculpó Álex—, cuando acabe la batalla lo arreglo.

—¡No se oye! —chilló Sara desde su porche.

La vecina, que desde que habíamos reclutado a sus zombis ya no podía ver la tele, echaba de menos las tramas de sus series preferidas y tenía que conformarse con cotillear en la vida de los demás.

—¡Le ha pedido perdón por romper la ventana! —gritó mi madre, que estaba asomada a la ventana de su cuarto espiándonos.

Estaba claro que iba a ser imposible tener un poco de privacidad.

—No te preocupes, ya la arreglaremos —le dije al policía.

—Quería pedirte disculpas por mi comportamiento de los últimos días —dijo Álex—. No tenía derecho a reprocharte que hubieras ayudado a un ser querido. Incluso aunque para ello infringieras varias leyes.

—Aquí todos nos queremos mucho —interrumpió mi madre—, pero recuerda que Juan Luis es su exnovio. El estado civil de Ana es soltera.

—Mamá, ¿por qué no te metes para dentro? Como te resfrías, no vas a poder comandar las tropas mañana —la regañé.

Mi madre puso cara de disgusto y desapareció de la ventana para aparecer, instantes después, en la que se encontraba inmediatamente a continuación.

—Supongo que no te resultó fácil decirle a alguien cuyo trabajo es apresar zombis que tenías uno en casa —continuó Álex.

—La verdad es que no, pero tenía que hacerlo —confesé—, no quería

seguir mintiéndote.

El policía sonrió.

—Juan Luis me ha dicho que te encantan las tunas —dijo cambiando de tema.

Se oyeron risas. Mi ex estaba asomado a la ventana del salón sin poder parar de reír. Mi madre tampoco pudo contenerse y soltó una carcajada.

—Creo que te ha tomado el pelo —dije—. Humor zombi, supongo.

—Me imagino que me está bien empleado. Al fin y al cabo, fui yo quien lo metió en prisión.

—A ver si vamos yendo al grano, que mañana tenemos que madrugar —sugirió mi madre, que se estaba empezando a impacientar.

—Me preguntaba si, tal vez, después de que se solucione todo este asunto de los zombis, podríamos cenar juntos los dos —me propuso Álex—. A poder ser, sin que nadie lo retransmita.

—¿Qué ha dicho? —volvió a interesarse Sara, que ya estaba casi en nuestro jardín.

—¡Le ha pedido una cita! —contestó mi madre a voz en grito.

—Me parece buena idea, pero lo de que estemos a solas lo veo difícil —contesté.

—¿Qué ha contestado? —preguntó la vecina.

—¡Que sí! —grité.

EL ZOMBI DEL PELAZO

06:00 h. Cielo despejado. Viento moderado del cierzo. Operación Tormenta Eléctrica.

Sara y Casimiro se disponían a ejecutar una misión de extrema dificultad con la ayuda de los reclutas de la prisión y del manicomio. Según nos había contado nuestro rehén, el zombi Serafin, un grupo de zombis mercenarios cubría la retaguardia del ejército de Berto. El plan era neutralizarlos atrayéndolos hacia la laguna del bosque de Los Tréboles, donde les habíamos tendido una trampa. El anzuelo era un maniquí en traje de baño que habíamos colocado sobre una colchoneta hinchable.

Al poco rato de echarlo al agua, avistamos un grupo de unos treinta zombis acercándose a nuestra posición. Iban encabezados por el zombi con la melena más brillante y abundante que jamás había visto. Cuando se percataron de la presencia del osado bañista, el zombi del pelazo gruñó unas palabras y sus secuaces se pusieron en movimiento.

—¡Ahora! —gritó Sara cuando los zombis se adentraron en el agua.

Nuestros soldados comenzaron a correr, haciendo funcionar el generador eléctrico que habíamos conectado por un cable a la pequeña laguna. La descarga fue tal que los zombis se quedaron clavados en el sitio con cara de susto y los pelos de punta. Al ver que los suyos no avanzaban, el zombi del pelazo comenzó a gruñir enfadado y a hacer aspavientos con los brazos. Estaba tan alterado que, sin querer, acabó metiendo uno de los pies en el agua. Al hacerlo se quedó tieso en la orilla y su pelo salió disparado a unos quince metros de altura, cayendo justo a nuestro lado.

—¡A cubierto! —gritó Sara.

Todos nos tiramos al suelo. Una vez pasado el susto inicial, nos acercamos al lugar en el que yacía el peludo proyectil.

—Es... ¿un peluquín? —pregunté dubitativa cuando lo vi de cerca.

Jacinto, que desde se había alistado esa mañana en nuestras tropas no se había separado de mí ni por un momento, también se acercó al peluquín.

—No pensaba que a los zombis les importara estar calvos —dijo.

Carlos, el paciente del psiquiátrico, recogió el peluquín del suelo y se lo puso en la cabeza.

—¿Qué tal me queda? —preguntó.

—No muy bien, la verdad —respondí—. Es como si llevaras una cobaya en la cabeza.

—¿De dónde lo habrán sacado? —preguntó Casimiro mientras le quitaba

el ridículo tocado a Carlos—. El color no es muy favorecedor, pero hay que admitir que es muy agradable al tacto.

Aquella mata de pelo nos había llamado tanto la atención que casi nos olvidamos de los zombis.

—¡Ya diseccionaréis después la peluca! ¡Sacad a los zombis del agua de una vez! —ordenó Sara.

—¡Dejaos de cháchara y sacad a esos sinvergüenzas del agua! —gritó Casimiro.

Ni corto ni perezoso, Carlos se metió en el agua sin darse cuenta de que todavía estaba electrificada. Detrás de él, y sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo, fueron todos sus compañeros de manicomio, salvo Jacinto, que se quedó a mi lado contemplando la escena.

—¡Tiene delito! —exclamó Sara al ver a la mitad de la avanzadilla en tan lamentable situación.

—Tal vez no fue buena idea sacarlos del psiquiátrico —reconocí.

—Menos mal que los presos que corren en el generador no están muy en forma... —observó Casimiro.

—Capitán, saque a todos estos merluzos del agua antes de que me arrepienta —le pidió Sara.

—A sus órdenes, mi coronel.

Una vez comprobado que ninguno de los electrocutados precisaba de atención médica, procedimos a inmovilizar a los zombis mercenarios, para luego enviarlos de forma preventiva a la cárcel del pueblo con una escolta. Dejamos a Carlos y a los demás pacientes del psiquiátrico descansando al lado de la laguna y los demás nos adentramos en el bosque para unir nuestras fuerzas a la artillería.

06:40 h. Cielo despejado. Viento moderado del cierzo. Operación Mochuelo de la Dehesa.

La compañía de artillería estaba perfectamente oculta por la vegetación a unos doscientos metros del campamento enemigo. Por el momento, todo estaba en calma y nuestros soldados, que esperaban pacientemente en sus puestos, comenzaban a aburrirse. Ese no era el caso de Benito y Valentín, que charlaban animadamente al lado del centro de mando.

—¿Treinta y siete? ¿En serio? Pues no los aparentas —dijo el tendero, que sostenía un molinillo de viento en la mano—. Como mucho, te echaba treinta.

—Lo sé, todo el mundo me lo dice —afirmó Valentín.

—¿Y cuál es tu secreto?

—No te lo vas a creer: ¡el aceite de coco!

—¡Qué me dices! ¿Y dónde lo compras?

—Lo pido por Interpaloma. En una semana lo tienes en casa...

—Buenos días —los saludé cuando llegué a su altura.

—Como te estaba contando, estuve un año entero trabajando en el cuerpo de bomberos, una labor muy dura, pero muy gratificante... —cambió de tema Valentín repentinamente al percatarse de mi presencia—. Hola, Ana, no te había visto.

—¿Cómo ha ido la operación? —preguntó Benito.

—Todo ha salido según lo previsto —respondí—, ahora iba a comunicárselo a la coronel.

Cuando entré a la tienda del centro de mando, encontré a mi madre haciendo un sudoku encima del mapa que mostraba la situación de nuestras tropas. Me alegró comprobar que, finalmente, había desistido de ponerse la armadura.

—La Operación Tormenta Eléctrica ha sido un éxito —le informé—. Nuestra avanzadilla ha hecho veinte prisioneros.

—¡Rayos! —gritó.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay malas noticias?

—Me he equivocado —refunfuñó mirando el sudoku—. En esta línea tengo dos cincos.

Cuando levantó la vista, mi madre se quedó mirando en dirección a la entrada.

—¿Jacinto? —preguntó extrañada—. ¿Y este de dónde ha salido?

Me volví. Sin que me hubiera dado cuenta, Jacinto había entrado detrás de mí en la tienda de campaña.

Resoplé.

—Jacinto, no es que no disfrute de tu compañía —comencé a decirle con todo el tacto que me fue posible—, pero ¿se puede saber por qué me sigues a todas partes?

—A ver si va a espantar a Álex, ahora que la cosa levantaba cabeza —murmuró mi madre.

—¿Dónde voy a estar más seguro? —respondió él—. ¿Quién va a tener el valor de enfrentarse a Thor?

—Pues sí que le está durando el efecto del antiarrugas —murmuró mi madre.

—Jacinto, hay algo que deberías saber...

Iba a explicarle a Jacinto que ni yo era Thor ni mi madre era la Muerte, pero en ese momento Benito entró en la tienda, molinillo en mano.

—El viento nos es favorable —anunció.

—Ha llegado la hora —dijo mi madre.

—¡Nooooo! ¡Todavía soy muy joven! —gritó Jacinto, y salió corriendo en dirección al bosque—. ¡Me quedan muchas cosas por hacer!

—¡Un desertor! —exclamó Benito—. ¿Queréis que vaya por él?

—Mejor lo dejamos un rato a solas —contesté.

—Sí, que le dé el aire, a ver si así se relaja —opinó mi madre.

Mientras el tendero nos miraba con cara de no entender nada, mi madre se levantó de la silla y se dirigió hacia mí.

—Hija, da la señal.

Salimos de la tienda de campaña e hice sonar el reclamo para patos. Ya no había vuelta atrás. Nuestros soldados tomaron posiciones. La munición era abundante gracias a los ciento cincuenta libros que la biblioteca municipal nos había cedido amablemente, a cambio de prometer que los entregaríamos en plazo. Les insistí en que no podíamos asegurar que volvieran en buen estado, pero eso no pareció importarles mucho.

Los soldados colocaron los volúmenes cuidadosamente sobre la cuchara de la catapulta y, tras rociarlos con ginebra, les prendieron fuego.

—¡Soldados! ¡Ahora! —gritó mi madre.

A su orden, una lluvia de libros en llamas cayó sobre el campo enemigo. Las tiendas de campaña comenzaron a arder y los zombis salieron de ellas despavoridos.

—¡A por ellos! —grité.

Nuestra primera línea de combate la componían los zombis del pueblo, que, elegantemente ataviados con uniformes del siglo XIV, rompieron las filas enemigas. El desconcierto entre nuestros oponentes era tal que muchos de ellos ni siquiera hicieron amago de defenderse cuando los aprisionamos. Otros, en cambio, sí que intentaron plantarnos cara, pero se las vieron y desearon al intentar morder a nuestros soldados, que llevaban cota de mallas.

Los prisioneros comenzaban a agolparse en torno al centro de mando. Habría aproximadamente un centenar, y a mí no me salían los números.

—¿Cuántos crees que hay? —le pregunté a mi madre.

—Puf, así a ojímetro... —dijo empezando a contar con los dedos.

—La caballería tendría que haber llegado ya —aprecié.

—Alguien echa de menos a su churri —respondió ella en tono jocosos.

—¿Y dónde narices está Berto?

Mi madre comenzó a escudriñar el campo de batalla con los prismáticos.

—¿Lo ves? —pregunté impaciente.

—No. Habrá ido a hacer un recado.

—Esto no me da buena espina —dije—. Está resultando demasiado sencillo.

—Hija, ¿por qué te preocupas tanto? ¡Vamos ganando!

Mi madre me pasó los prismáticos. Los zombis que todavía no habían sido apresados huían a toda velocidad en dirección al bosque. Nuestra superioridad numérica, logística y tecnológica era tal que, veinte minutos después, la batalla había acabado. Nuestros hombres peinaban el terreno en busca de heridos, de prisioneros y de los libros de propiedad municipal. Casimiro y Sara llegaron para informarnos del resultado de la operación.

—La mayoría de los zombis han sido capturados, solo unos pocos han conseguido escapar —nos comunicó la vecina, entusiasmada.

—¿Ha habido alguna baja en nuestras filas? —se interesó mi madre.

—Ninguna —contestó Casimiro—. Todos nuestros soldados están a salvo. Bueno, salvo el chico que reparte los periódicos.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté con preocupación, temiéndome lo peor.

—Su madre lo ha pillado fumando —contestó el capitán—. No veas la que le ha caído.

—¿De dónde habrá sacado el tabaco con lo difícil que es de encontrar? —pregunté.

Casimiro se encogió de hombros mientras comenzaba a liarse un cigarrillo.

—Compañeros, hemos ganado la batalla. Habéis hecho todos un buen trabajo —los felicitó mi madre—. No pensaba que iba a ser tan fácil vencer a un ejército zombi. No sé, me he quedado como con ganas de más. ¿Vosotros no?

—Pues espera, que todavía no os hemos contado lo mejor —dijo Sara—, ¡hemos capturado a Berto!

—¡Qué gran noticia! —exclamó mi madre.

—No es posible. ¿Dónde está? —pregunté sin dar crédito.

—Aquí mismo, lo custodia Valentín. ¡Soldado! —gritó Sara.

Pero el cartero, que mantenía una animada conversación con Arturo, no se enteró.

—¿Estás seguro? —le preguntó el secretario de la junta de vecinos—. Yo

te veo bien como estás.

—¡Segurísimo! Me voy a dejar el pelo largo. A las mujeres les encanta...

—¡Valentín! —lo llamé.

—Y fue entonces cuando salvé al gatito de los zombis —dijo él, cambiando de tema al oírme.

—¡Déjate de gatitos y trae a Berto ahora mismo! —le ordenó Sara.

—¡A sus órdenes! —contestó él, poniendo rumbo a la zona que habíamos habilitado para los prisioneros de alto rango.

En cuanto volvió, un par de minutos después, se confirmaron mis temores.

—¡Este no es Berto! —exclamé nada más verlo—. Es Serafín, el zombi que interrogamos ayer.

Serafín comenzó a reírse.

—¿Cómo puede haberse escapado? ¿No se supone que habías decretado su ingreso en prisión? —le pregunté a mi madre.

—Como estaba liada ultimando los preparativos para la batalla, le dije a Sara que se encargara del asunto —se excusó.

—A mí no me miréis. Yo tenía que ordeñar a las vacas. Le pedí a Benito que se ocupara de las gestiones —dijo la vecina.

—Yo le dije a Carlos que... —comenzó Benito.

—Espera —le interrumpí—, ¿te refieres a Carlos, el paciente del psiquiátrico?

Hubo un instante de silencio antes de que Benito contestara.

—Digo yo que, si le han dado el alta, por algo será —respondió encogiéndose de hombros.

Resoplé.

Si el zombi Serafín había vuelto con su ejército, entonces Berto sabía que conocíamos sus planes. ¿Cómo era posible que lo hubiéramos pillado por sorpresa? ¿O es que no lo habíamos hecho?

En ese instante, oímos la llamada de guerra de un cuerno vikingo. El sonido provenía de detrás de nuestro campamento.

—¿Somos nosotros? —preguntó Sara.

—Me temo que no —contesté.

De entre los árboles, vimos aparecer a una veintena de soldados de nuestra caballería corriendo hacia nosotros.

—¡Nos persiguen! ¡El ejército de Berto viene a por nosotros! —gritó uno de ellos.

—¡Rápido, soldados! ¡Replegaos y formad una línea defensiva! —ordenó

Sara.

Nuestras tropas, que hacía rato que habían dado por zanjada la batalla y se habían puesto a desayunar, se colocaron en formación a toda velocidad, intentando proteger nuestra posición.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al maestro churrero cuando llegó hasta nuestra posición.

—Los zombis nos atacaron por sorpresa —me explicó en cuanto retomó el aliento—. Han hecho prisioneros a la mitad de la caballería.

—¿Y Álex y Juan Luis? —le pregunté.

—No lo sé. Cuando vi que nos atacaban, salí corriendo —contestó el churrero, que tal vez no fuera muy valiente, pero sí muy sincero.

Me quedé sin respiración.

Miré al frente. Los soldados del ejército zombi aparecieron en el horizonte avanzando con paso firme hacia nosotros. Al contrario de lo que creíamos, no todos estaban en el campamento que habíamos atacado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó mi madre.

—¡Esto es el fin! —exclamó Sara con desesperanza—. Si lo llego a saber, no me pongo el chándal.

La vecina no era la única a la que se le había cambiado la cara. Todos pensábamos que habíamos pillado desprevenido a Berto y ahora éramos nosotros los que estábamos a su merced. No tenía ni la más remota idea de cómo íbamos a salir de esa. Estaba empezando a entrarme el pánico cuando oí las sabias palabras de mi madre...

—¡Mira que te lo dije! «Vamos a huir mientras podamos». ¡Pero no! ¡Pues mira en qué lío nos han metido esos genes altruistas tuyos que no sé de quién habrás heredado!

... Me hicieron recordar las palabras de mi tatarabuela.

—¿Qué fue lo que dijo el espectro? —dije en voz alta intentando hacer memoria—. ¡Los quesitos! ¡Ahora lo entiendo!

—¿Tu hija está hablando sola? —le preguntó Sara a mi madre.

—Está sometida a mucha presión, tú síguele el rollo —contestó ella.

—Se me ha ocurrido una idea —dije—. Voy a negociar con Berto.

—¿Nos vamos a rendir? —preguntó Benito.

—Rendirse es de cobardes —afirmó Casimiro.

—Pues a mí me parece una opción tan buena como otra cualquiera —opinó el maestro churrero.

—Hija, ¿cómo se te ocurre semejante idea? ¡Es muy peligroso!

—Tenemos que conseguir que liberen a nuestros soldados —le dije.
—Seguro que quieren que paguemos un rescate por ellos —aseguró Benito—.
—Si lo sabré yo.
—¡Pues voy contigo! —exclamó mi madre.
—Tú y Sara sois las líderes de nuestro ejército. No puedes irte, te necesitan.
—¡A ti también te necesitamos! ¿Por qué no va otro en tu lugar a negociar?
—refunfuñó mi madre.

Los allí presentes dieron un paso atrás discretamente y miraron para otro lado.

—Soy la que mejor conoce a Berto de todos nosotros —le dije, intentando hacerla entrar en razón—. Es nuestra única opción.

—Tiene que ser ella —aseguró Angustias, que había aparecido de la nada detrás de mí—. Tranquila, Carmen, no le pasará nada. Confía en mí, los astros nos son favorables.

Angustias se llevó aparte a mi madre para hablar a solas con ella. Yo no veía muy claro lo de los astros, pero, en cualquier caso, la intervención de la vidente hizo que mi madre se calmara y accediera a que fuese a negociar con Berto.

Cuando terminaron la conversación, mi madre se acercó para despedirse.

—No hagas ninguna locura —me aconsejó.

—Mira quién fue a hablar —repliqué.

Mi madre sonrió y me abrazó.

—Ten mucho cuidado —me dijo.

—Siempre lo tengo.

—Toma —dijo Casimiro, dándome una camiseta blanca con publicidad de Don Calamar—. Y recuerda, si la cosa se pone fea, tírale un puñado de tierra a los ojos.

—Eh... Gracias por el consejo, pero espero no tener que llegar a ese extremo.

Mientras caminaba hacia las tropas enemigas portando aquella peculiar bandera blanca, vinieron a mi mente los recuerdos de los últimos quince días: el reencuentro con Juan Luis, la entrevista con Berto, el allanamiento de morada en el que conocí a Álex y el rescate en la prisión. Me parecía increíble cómo se habían precipitado los acontecimientos.

Cuando estaba a escasos metros del ejército zombi, los soldados abrieron paso a Berto, que cabalgaba a lomos de *Clotilde*. Él sonreía triunfante; ella

enseñaba los dientes de forma amenazadora. Alex y Juan Luis caminaban a su lado escoltados por dos zombis cada uno. Tenían las manos atadas y estaban amordazados.

—Ana, querida, ¿a qué debemos esta inesperada visita? —preguntó Berto.

—He venido a ofrecerte una salida digna. Si te rindes ahora, te prometo que podrás seguir dando clases de *zombifulness* en la cárcel —le prometí.

Berto casi se cae de la vaca de la risa.

—¿Rendirme? ¿Por qué iba a hacer eso precisamente ahora que estáis a mi merced? —contestó—. Todos estos años aguantando las quejas de los vecinos: que si tocas el gong a la hora de la siesta, que si tu ropa no cumple el *dresscode* del barrio, que si no puedes hacer compost en tu jardín...

Aunque había que reconocer que las normas de la junta eran un poco estrictas, no me parecía suficiente motivo como para querer arrasar el pueblo.

—Que si tienes que pagar el IBI, que si no puedes alimentar a los zombis... —continuó.

—En primer lugar —lo interrumpí, subiendo el tono de voz—, quiero que liberes a todos los prisioneros.

—Me alegra que saques el tema —me interrumpió—. Como eres una persona observadora, ya te habrás dado cuenta de que tus dos amigos son mis rehenes. Creo que al guapo lo voy a transformar en zombi y lo voy a tomar como discípulo, y al debilucho lo voy a hacer mi ama de llaves.

—¿Te rindes o no? —insistí.

—¡Por supuesto que no! ¡No voy a descansar hasta que paguéis por todo el desasosiego interior que me habéis provocado!

—En ese caso, no me dejas otra opción.

—¿Qué vais a hacer? ¿Atacarnos con las chinches de vuestros uniformes? —se burló.

Los zombis que lo rodeaban le rieron la gracia de forma exagerada.

—¡Te reto en duelo! —exclamé—. El que gane se queda con el pueblo.

—¡Eso no es justo! —se quejó—. Sabes que mis votos como maestro *zombifulness* me obligan a aceptar los duelos.

—¿Es que tienes miedo?

—¿Miedo yo? No tienes ninguna posibilidad contra mí. Si te dignaste leer mi libro *Piensa como un genio, muere como un zombi*, sabrás que he estudiado artes marciales en el monasterio de Shaolin.

—Pues mira por dónde, no me he leído tu bodrio de libro.

—No es por presumir, pero ya va por la décima edición. Se ha vendido

más que el manual *Cómo tratar mordiscos de zombi en casa*. Pero, bueno, tampoco esperaba que alguien como tú supiera apreciar mi talento.

—¿Aceptas o no?

—¡Claro que acepto! Esto va a ser como quitarle un caramelo a un niño. Además, para que luego no te quejes de que he jugado con ventaja, te voy a dejar escoger la disciplina y las armas.

—Contaba con ello.

Cerramos el trato con un apretón de manos.

—¡Mamáaaaa! —grité.

—¿Quééééé? —se oyó responder a voz en grito a mi madre.

—¡Que alguien vaya a casa por el Trivial!

LA SUERTE ESTÁ ECHADA

11:00 h. La batalla final. Nubes con sol. Viento moderado de levante.

Berto y yo tomamos asiento alrededor de la mesa plegable en la que se celebraría la partida de Trivial. Tan solo unos minutos antes le había propuesto hacer un intercambio de prisioneros, para que todos pudieran presenciar el desenlace de la contienda en libertad y rodeados de los suyos, pero Berto se negó en redondo.

Los soldados de uno y otro bando se apresuraron a reunirse en un corrillo alrededor de la mesa de juego mientras hacían sus apuestas. Por los comentarios que llegaban a mis oídos, nuestra victoria se pagaba veinte a uno. Se palpaba la tensión en el ambiente.

—¡Agua, churros, porras, pipas! —gritaba el churrero, que no quería desperdiciar la oportunidad de hacer negocio.

Benito lo miraba de reojo, lamentándose de que no se le hubiera ocurrido a él también traer productos para vender.

—Empiezo yo primero a escoger equipo —dijo Berto—, que tú has elegido el juego.

—Como quieras —acepté.

—Por cierto, enhorabuena; me ha dicho Benito que te casas hoy. ¿Quién es el afortunado?

Miré a otro lado ignorando su pregunta.

—Mujer, si me lo hubieras dicho con tiempo, habría aplazado el ataque. No quiero ni imaginarme lo pillada de tiempo que irás con los preparativos.

—¿Podemos empezar de una vez? —le pregunté, molesta por sus comentarios.

—Por supuesto, no me enrolló más, que es evidente que todavía tienes que pasar por chapa y pintura. Lo único es que quisiera comentarte que no me ha llegado la invitación; supongo que, como ahora no tengo residencia fija, no sabías donde mandarla.

—Sí, ha sido por eso —dije con ironía.

—Pues, si quieres, luego me la das en mano, o se la das al soldado Serafín —dijo señalando al susodicho, que se encontraba detrás de él—, que es el que me gestiona el correo. Pero, bueno, a lo que vamos. En primer lugar, elijo a Rosa Muñiz, general de mis tropas y catedrática de Historia del Arte.

Una zombi vestida con un elegante traje chaqueta apareció de entre las tropas y se sentó a la mesa.

—Yo elijo a Carmen Cardo, mi madre.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad Berto mientras Casimiro le acercaba una silla a mi madre para que se sentara—. Ya sé que la familia tira mucho, pero, dadas las circunstancias... Bueno, tú sabrás. Mi turno. Elijo a Germán Álvarez, coronel de mis tropas y profesor adjunto del Departamento de Ingeniería Química.

El aludido ocupó su puesto a la izquierda de mi exjefe.

—Sara de Montemayor, propietaria de Leches Sara.

Casimiro repitió la operación y le ofreció un asiento a la vecina.

—Ana, es normal que los nervios previos a la boda te nublen el juicio, pero yo que tú escogería a gente con estudios superiores —me recomendó Berto.

—Es tu turno —lo interrumpí, temiendo no ser capaz de aguantar sus sandeces durante mucho más tiempo.

—El que avisa no es traidor —sentenció—. Mi siguiente elección es Marta Solís, oficiala de primera de mi ejército y profesora de Ciencias Ambientales.

—Gggrrr ggg ggrrrrrr grrrrrrggrg rg grggggrg —gruñó Marta cuando apareció.

—No hay de qué —contestó Berto.

—Elijo a Juan Luis, ingeniero de Minas —solté como si tal cosa, a ver si colaba.

—¡Sí, bueno! ¡Ya lo que me faltaba! Soltar a uno de mis rehenes más valiosos. Y, perdona que insista, pero ¿sabes que no es obligatorio que escojas a las personas de tu lista de bodas? Ante futuribles reclamaciones, sois todos testigos de que no la estoy obligando a escoger a estos patanes para su equipo —añadió mirando a los presentes.

—¡Patán lo serás tú! —exclamó indignada mi madre.

—¡Habló la ladrona de gnomos de jardín! —le echó en cara Berto.

—¡Un poco de calma! —les pedí a los dos—. No hemos venido a discutir sobre nuestros desencuentros pasados. Lo hecho, hecho está.

—Tienes razón. No voy a rebajarme a vuestra altura. Tengo que dar ejemplo a mis tropas y así lo voy a hacer —Berto se volvió y se dirigió al zombi Serafín—. Soltad al zombi sosainas.

—¿Rgrrrgr rggrrrgr, Grgrrrrgrgr? —preguntó él.

—Segurísimo. Vete por él, a ver si acabamos de una vez con esto.

Serafín torció el gesto y se fue por mi ex.

—Te lo agradezco —le dije.

—No me des las gracias, es mi regalo de bodas. Así que más vale que aparezca esa invitación —me contestó con tono de reproche—. Por último, *last but not least*, elijo a Darío Pérez, coronel de mi ejército y catedrático de Historia de España.

—Mi última elección es Álex, miembro de la brigada antizombis —dije a media voz mientras Darío tomaba asiento.

—¡Esto es un abuso! —exclamó Berto—. Mira, porque me has pillado de buenas, que si no... Pero es mi última concesión, tú verás. ¡Soldado Jiménez!

—Grgrrrrgrgr, grg rrgr gg grrrggg gggrrgr grgrrgg —le dijo Jiménez a mi exjefe.

—Qué más da, si van a perder de todas formas. Traed también al policía guaperas —ordenó Berto.

—Tampoco es tan guapo —se oyó refunfuñar a Valentín—. Tiene buena estructura ósea, eso es todo.

Al cabo de un rato, Serafín llegó con Álex y Juan Luis.

—¡Grgrbuuuuuu! —comenzaron a abuchear los zombis del ejército enemigo al verlos.

—Como veis, Álex tiene muchos fans entre mis tropas. Todos conocen a algún zombi que está encarcelado por su culpa —dijo Berto.

—¿Estáis bien? —les pregunté mientras los miembros de mi equipo se apresuraban en quitarles la mordaza y desatarles las manos.

—¡Que si están bien, dice...! —interrumpió mi exjefe—. Pues si no están bien es que ya estaban mal de antes. Menos drama, que han estado unos escasos veinte minutos prisioneros.

—Gggg grgrrgg rgrrg rrrrg —gruñó Juan Luis.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Álex—. ¿Por qué nos han traído aquí?

—Porque vamos a jugar al Trivial —contesté.

—Ya —respondió él con cara de no entender lo que le estaba diciendo.

—El que gane la partida se queda con el pueblo —le aclaré.

Álex me miró con preocupación.

—¿Empezamos ya? —dijo Berto, que comenzaba a impacientarse—. Es que tengo una reserva en un restaurante vegano para festejar la victoria con mis tropas y cierran la cocina a las dos.

—¿Vais a ir a La Acelga Risueña? —preguntó Sara con sorpresa—. Te va a salir por un pico.

—Vamos a menú cerrado —confesó Berto—, porque a estos zombis les das la mano...

—Hablando de manos —interrumpió Sara—, necesitamos una mano inocente que eche a suertes quién empieza y que haga las preguntas.

—¿Alguien tiene una moneda para el sorteo? —preguntó Berto.

—Sí, yo —dijo Casimiro, sacando un doblón de oro del bolsillo.

—Que Casimiro sea la mano inocente —se apresuró a decir mi madre.

—No tan deprisa. ¿Os creéis que soy tonto? —protestó Berto—. Tendremos dos manos inocentes, una por cada bando. Soldado Gómez, preséntese voluntario.

El zombi aludido resopló con desgana, pero enseguida obedeció y dio un paso al frente.

—¿Grrrrrrr rggg grgggr? —gruñó Gómez.

—Cruz —dijo Berto.

Nuestro capitán lanzó al aire la moneda. Salió cara.

—Emplearemos el método de la muerte súbita —explicó Casimiro—, también conocido como *gol de oro*: el primero que falle pierde. Como ha salido cara, comienza el equipo de Ana.

—Oye —interrumpió mi madre—, ¿no sería mejor que nos pusiéramos a la sombra?

—Yo no he dicho nada por no molestar, pero el sol de junio es muy traicionero —afirmó Berto.

—Menos mal que habéis sacado el tema porque a mí me está dando toda la solana en la cara —confesó Sara.

—Grrrrrrgr rrrrg ggrgr gg grg rrrrr rrrrrrrg —asintió con la cabeza Darío mientras se abanicaba con la mano.

Nos llevamos el chiringuito a la sombra de un roble. Colocamos de nuevo el tablero y, sin más dilación, comenzamos la partida. Ya no había marcha atrás. De repente, sentí sobre mis hombros todo el peso de la responsabilidad. Si no ganábamos, en media hora todo el pueblo estaría en clase de zombi zumba.

Lanzamos el dado y fuimos a parar a una casilla amarilla.

—Pregunta de historia para el equipo de los vivos —anunció Casimiro—. Todos sabemos en qué año empezó la invasión zombi, pero ¿sabríais decirme la fecha exacta?

—Era primavera —aseguró Sara—, lo recuerdo porque España acababa de ganar Eurovisión. No digo que tenga relación con la invasión zombi, pero ahí lo dejo.

—Fue el 25 de abril, el día de mi cumpleaños —afirmó Álex.

—¡Lo sabía! —exclamó mi madre—. ¡Eres tauro! Trabajador, realista, perseverante... Y lo mejor de todo, compatible con sagitario.

—¿Estamos todos de acuerdo en la fecha? —pregunté a los miembros de mi equipo, que asintieron con la cabeza—. La respuesta es 25 de abril.

—Correcto —dijo Casimiro.

—Grggrgrgr —confirmó el soldado zombi.

—La suerte del principiante —se burló Berto—. Para lo que os va a durar la alegría...

Mientras el equipo de Berto decidía en qué dirección mover la ficha, Casimiro aprovechó para «reorganizar» con gran destreza y disimulo las tarjetas con las preguntas.

—Venga, a por la casilla morada —se decidió Berto.

—Pregunta de arte para el equipo de los zombis. ¿Cuál es la fecha de nacimiento de Murillo?

Tras intercambiar unas palabras entre ellos, Rosa, la zombi catedrática de Historia del Arte, y Darío, el zombi catedrático de Historia de España, comenzaron a discutir acaloradamente.

—¿Qué les pasa? —preguntó mi madre, intrigada.

Juan Luis nos tradujo la conversación. Al parecer, Darío decía que el año era 1517 y Rosa le había dicho que en 1517 no había nacido ni la madre de Murillo.

—¿En qué quedamos? —preguntó Berto, que empezaba a impacientarse.

—Se os acaba el tiempo —les metió prisa Casimiro.

—Rrggrr grrrggr ggrgrg —respondió la catedrática de Historia del Arte.

—La respuesta es 1617 —dijo finalmente Berto.

—Estamos preguntando por el día —puntualizó Casimiro.

—¡No me fastidies! ¡No me sé el cumpleaños de mi padre, tengo que saberme el de Murillo! —exclamó Berto, a punto de perder los papeles—. Rosa, pon un poco más de tu parte.

—Grggrgrgrg ggr rrrrg rg rg rrggrr grrrggr ggrgrg —contestó la catedrática haciendo memoria.

—La respuesta es el 31 de diciembre de 1617.

—Correcto —dijo Casimiro con sequedad.

—Grggrgrgr —confirmó el soldado zombi.

—¡Sí, sí, sí! ¡Zombis *win*! —exclamó Berto eufórico.

En aquel momento me di cuenta de que quizás habría tenido más posibilidades de ganar a Berto en un combate cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo pueden saber eso? —oí que decía Benito entre la multitud.

—Deben de ser zombis superdotados —contestó el maestro churrero—. ¡Agua, churros, porras, pipas...!

—Esta gente no perdía el tiempo jugando al mus en la cafetería de la facultad —dijo mi madre mientras se mordía las uñas nerviosa.

Casimiro se quedó pensativo al oír este comentario. Cuando volvió en sí, se puso a recolocar las tarjetas discretamente con una habilidad digna de un prestidigitador.

Era nuestro turno. Tiramos de nuevo el dado y movimos ficha.

—Literatura. ¿Quién escribió *El Quijote*? —preguntó Casimiro.

—¡Cervantes! —contesté.

—¡Vamos, por favor! Eso lo sabe hasta el más iletrado —se quejó Berto—. Ahora nos preguntarás a nosotros cómo se llamaba el gato de Cervantes.

—Si no estás de acuerdo con las normas, puedes dejar de jugar cuando quieras —repuso Casimiro.

—Sí, claro. Y darles la victoria a estos —replicó Berto mientras metía el dado en el cubilete—. ¡Y tú estate al loro, soldado Gómez! Que no me fio de estos ni un pelo.

Cuando Berto se disponía a lanzar, nuestro capitán estornudó con tanta fuerza que mi jefe pegó un salto del susto y el dado cayó al suelo. Casimiro se abalanzó sobre el dado, que había ido a parar a los pies del soldado Gómez.

—Ha salido un cuatro —afirmó Casimiro.

—¿Eso es verdad? —le preguntó Berto a su soldado.

Gómez y Casimiro se miraron. El zombi asintió, para sorpresa de nuestro capitán. No importaba en qué dirección moviese la ficha Berto, solo podían ir a parar a una casilla naranja.

—Deportes y pasatiempos. ¿Qué sota de la baraja española lleva, además de medias, calcetines? —preguntó nuestro capitán.

Se hizo el silencio. Casimiro había dado en el clavo de pleno; si queríamos ganar al equipo zombi, teníamos que recurrir a preguntas sobre conocimientos más mundanos. Aquellos intelectuales zombis no habían visto una baraja española en su vida e iban a pagar muy cara su falta de interés por la vida disipada. Berto tragó saliva.

—¿Qué es una sota? —preguntó a los miembros de su equipo, que pusieron cara de circunstancias y se encogieron de hombros.

—¿Cuál es vuestra respuesta? —los apremió Casimiro.

—Podrías darnos una pista —le pidió Berto en voz baja a nuestro capitán—. Soy una persona muy agradecida, y cuando todo esto acabe voy a necesitar a hombres con coraje, como tú, para poner orden en el pueblo.

Casimiro, al que no lo atraía la idea de convertirse en zombi, negó con la cabeza.

—¿Queréis que os repita la pregunta? —preguntó nuestro capitán.

—¡No! —respondió tajante mi jefe.

—¡Grg rgrgrg gggggr! —se quejó Marta.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —refunfuñó Berto—. ¿Alguien lo sabe? Venga, hombre, alguno habrá jugado alguna vez a las cartas.

Los profesores se miraron los unos a los otros sin decir palabra.

—Si no contestáis, se contabilizará como una respuesta errónea —insistió Casimiro.

—Por lo que más queráis —suplicó Berto a los miembros de su equipo—. Si acertáis, os nombro a todos rectores de la universidad que voy a construir en pleno centro de Zafranillo Alto.

—¿Rggrgrgrg grrrgg grg grggrgrgrgr rg rgrgrr? —respondió no muy convencido Germán, el profesor de Ingeniería Química.

—¿Estás seguro? —le preguntó Berto.

—Grg grgrg gr grgr grg —respondió Germán.

—Más os vale que la respuesta sea correcta, porque si perdemos, vais a acabar dando clases de primaria.

—¡Qué morro! —dijo Valentín—. ¡Sin pasar por las oposiciones!

—La respuesta es la sota de bastos —contestó mi jefe.

En ese momento, se produjo un silencio sepulcral. Nuestro futuro estaba en juego y todos esperábamos ansiosos a que nuestro capitán se pronunciara.

—Me temo que eso es incorrecto —contestó Casimiro—. La respuesta correcta es la sota de espadas. Eso significa que el equipo de los vivos es el vencedor de la partida.

Al oír estas palabras, una explosión de júbilo inundó nuestras tropas. Todos saltamos de alegría. Habíamos derrotado al enemigo y, por fin, el pueblo estaría a salvo de la amenaza zombi.

—Hija, ¡hemos ganado! —gritó mi madre mientras me abrazaba.

—¡R grgrgggrg! —exclamó Juan Luis entusiasmado, al tiempo que se ponía a bailar con la vecina.

—¡Sabía que lo conseguiríamos! Eres la mejor —dijo Álex, dándome un abrazo.

—¡Debería daros vergüenza! ¡Cuatro profesores universitarios para esto!
—gritó enfadado Berto—. ¡No pongas esa cara, Darío, que tú ni siquiera sabías en qué siglo nació Murillo!

Los soldados de uno y otro bando cobraban sus apuestas. Casimiro ya había llenado dos yelmos con todo lo que había ganado.

—¡Esto no es justo! ¿Jugamos al mejor de tres?

—Va a ser que no —respondí.

—Berto Rija, queda arrestado por posesión de ejército zombi y por delitos contra la seguridad ciudadana —le informó Álex, al tiempo que le ataba las manos con una cuerda.

—Creo que esto es absolutamente innecesario —se quejó Berto—. ¿No pensareis que me voy a escapar? ¿A dónde voy a ir? Tengo arraigo social y laboral en este pueblo.

—¡Un momento! Antes de que te lo lleves, quería hacerle un pequeño regalo —dijo Sara, echándose la mano al bolsillo—, este broche conmemorativo para que te acuerdes de nosotros.

—Mujer, no tenías que haberte molestado —dijo Berto mientras la vecina le prendía el broche en la solapa del chaleco—, pero agradezco el detalle.

—Descuida, que no es molestia —contestó Sara.

—¡Achís! ¡Achís! Pero ¿de qué está hecho este broche? —preguntó él comenzando a estornudar—. ¡Achís!

—Es una mezcla de crin de poni y caballo. Lo he hecho yo misma, es *handmade* —se burló la vecina con una sonrisa maliciosa.

—¡Quítamelo ahora mismo! —le exigió Berto—. ¡Achís!

—Esto es por *Clotilde*. La venganza es un plato que se sirve frío.

—¡Maldito el día en que me mudé a este pueblo! —exclamó Berto—. ¡Achís! ¡Quítame el broche, por lo que más quieras! ¡Achís!

—¿Quieres que avisemos a un abogado? —le preguntó Álex.

—No tengo recursos para uno —contestó él—. ¡Achís!

—Pues se te asignará uno de oficio —le indicó Casimiro, que parecía saber del tema.

—¿Alguien tiene un antihistamínico? —preguntó Berto mientras Álex lo llevaba a rastras hasta un carro de la policía custodiado por su compañero Tomás.

Tras hacerlo subir, Tomás puso rumbo de inmediato hacia la cárcel comarcal. En ese momento, hubo otra explosión de júbilo, pero esta vez fue el ejército zombi el que no pudo contener su alegría. Se veían caras de felicidad

y alivio entre los soldados.

—¿Qué les pasa? —pregunté, algo confusa por su reacción.

Según Juan Luis, estaban celebrando que se habían librado de Berto de una vez por todas. Por lo visto, los zombis ya no aguantaban más sus excentricidades y el mal trato que recibían de su autoproclamado líder. Al final, resultó que su ejército estaba más harto de él que nosotros.

—¿Y qué vamos a hacer ahora con ellos? —preguntó mi madre.

—Les ofreceremos lo mismo que a los zombis del pueblo. Es lo justo —respondí.

—Pero, si acceden, va a haber más zombis que vivos en el pueblo —observó Sara.

—Bueno, a todo se acostumbra uno —opinó mi madre—. Si no, acuérdate de lo horrendo que nos parecía al principio el ayuntamiento de estética modernista que construyó el alcalde.

—Es verdad —afirmó la vecina—. Es lo más feo que he visto en mi vida, pero si no estuviera, se echaría en falta.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —les pregunté.

Las dos coroneles asintieron con la cabeza.

—Adelante —confirmó mi madre.

Me subí a uno de los carros de nuestro ejército para que todos me pudieran ver y me dirigí a los vencidos.

—¿Zombis del ejército de Berto, vuestro líder ha sido derrotado!

El ejército zombi rompió en aplausos. Cuando terminó la ovación, continué con el discurso.

—Os ofrecemos la posibilidad de seguir en libertad si prometéis que vais a convivir pacíficamente con nosotros en nuestro pueblo. Tendréis los mismos derechos, pero también los mismos deberes que los vivos. ¿Qué me decís?

Pasada la sorpresa inicial, se empezó a oír un murmullo de gruñidos de fondo. Los zombis parecían estar sopesando los pros y los contras.

—¿Estáis sordos? —los increpó nuestro capitán, que se había encaramado al carro de un salto—. Os acaba de hacer una pregunta...

—Gracias, Casimiro. Igual, mejor no los atosigamos.

Entonces, Juan Luis se subió también al carro y se dirigió a los allí congregados.

—Rgrrgg, ¿gg grrggrg r gg rgrg grrrgrgg gg rgrrrgr rrggrg? —preguntó—. ¿Ggrrgrrg grg grrggrg grgrggrgr grr grrrgrrrrg gg rrrrr rgrg ggggrgr? Rrrgrgrr rgrrrgrgr rrgggr grrrgrgg grr ggggrrrrg grrgrgrrg gg grrgrggg rg gg rrrrr rgrg

muy seriamente —le reprochó la vecina—. Anda, vámonos a casa. Ya verás qué contentas se van a poner *Gertrudis* y *Genoveva* cuando te vean.

—Vámonos nosotros también a casa —dijo mi madre—, que voy a organizar una fiesta de las que hacen historia.

FIESTA CON SORPRESA

A las nueve en punto de la noche estaba todo listo para la fiesta. Los invitados ya habían llegado y algunos comenzaban a ocupar sus asientos en la gigantesca mesa que habíamos colocado en el jardín. Para amenizar la velada, contábamos con la actuación en directo de los pacientes del psiquiátrico, que, tras la descarga eléctrica, habían decidido formar un grupo de *rock* sinfónico. Sorprendentemente, ya habían conseguido un bolo en las próximas fiestas de Zafranillo del Valle.

—Probando, probando. Uno, dos, tres. Do, re, mi... —se oyó decir a Carlos, que era el solista.

—¿Qué hace este? —preguntó Jenaro, el batería.

—Yo qué sé —respondió el guitarrista—. Ya sabes cómo le gusta ser siempre el centro de atención.

Estaba a punto de terminar de colocar los platos, cuando Álex se acercó.

—Bueno, la ventana ya está —me dijo—. Te aseguro que es absolutamente infranqueable, por ahí no va a entrar ningún zombi.

—Me imagino que, ahora que hemos firmado la paz con ellos, no seguirán entrando por las ventanas.

—Todavía voy a tardar en acostumbrarme a eso —confesó—. ¿Quieres que te ayude a poner la mesa?

—Sí, gracias. Puedes ir colocando los cubiertos si quieres.

En ese momento, llegaron mi madre y Angustias, que tomaron asiento en la mesa.

—¿Tú crees que va a haber boda? —oí que mi madre le preguntaba a Angustias.

—Mira que eres antigua —le contestó la vidente y, acto seguido, le susurró algo al oído.

No escuché lo que le dijo, pero sí la reacción de mi madre:

—¡Cógeme, que me desmayo!

—Enhorabuena —me felicitó Benito—. Me han dicho que el alcalde te ha nombrado consejera de asuntos zombis.

—No me habías dicho nada —dijo Álex—. Enhorabuena. No se me ocurre nadie mejor para el puesto.

—Gracias, pero aún no es oficial —les informé—. Tienen que aprobarlo en el próximo pleno.

—¡Un puestazo! —exclamó mi madre con orgullo—. Hasta le van a dejar designar libremente ayudante.

—¿Ya has pensado en alguien? —preguntó Benito, que no iba a perder la posibilidad de dar la exclusiva al día siguiente en su tienda.

—La verdad es que sí —dije, mirando a mi ex, que estaba colocando las servilletas—. Juan Luis, ¿qué me dices? ¿Te gustaría trabajar conmigo?

—¡Ggg grrr! —gruñó emocionado.

—¡Que viva el pleno empleo! —exclamó Sara.

Todos los que estaban alrededor aplaudieron. En el ambiente había muchas ganas de jolgorio y celebración. Después de recibir las felicitaciones de mis vecinos, me dirigí hacia Álex.

—¿Nos sentamos ya a la mesa? —le pregunté.

—Antes me gustaría enseñarte algo, ven conmigo —me pidió.

—¿A dónde? —dije poniendo cara de extrañeza.

Lo seguí hasta la parte de atrás del jardín. Al lado del cobertizo había preparadas una pequeña mesa y un par de sillas.

—Te había prometido una cena —me dijo.

—Qué detalle. No sé qué decir, no me lo esperaba —confesé.

—Pues ya verás cuando pruebes la comida —dijo mientras nos sentábamos—. He traído al mejor cocinero de la comarca. Su especialidad son las lentejas estofadas.

—¡Grrrrggrrr, Grgggrrgg! —exclamó el chef zombi saludándome desde la ventana de la cocina.

—¿Qué van a beber los señores? —nos interrumpió Casimiro vestido con un traje de librea.

Tuve que contener la risa al verlo.

—¿Cómo te has dejado, Casimiro?

—Paga bien —respondió, al tiempo que encendía la vela que adornaba la mesa.

—Yo voy a tomar agua, gracias —dijo Álex.

—Que sean dos —añadí.

—Gran elección —aseguró Casimiro—. ¿Ya saben lo que van a comer? Si me permiten la sugerencia, les recomiendo de primero el gazpacho tres sabores y, de segundo, las famosas lentejas estofadas.

—Me has leído la mente —le dije.

—¿Qué más hay en la carta? —preguntó Álex.

—Nada más —respondió Casimiro—. Y, dadas las circunstancias, bastante me parece.

—Entonces, tomaré lo mismo.

—Perfecto —dijo nuestro camarero antes de poner rumbo a la cocina.

—Se me va a hacer raro cenar al aire libre en plena noche —le dije a Álex en cuanto nos quedamos a solas.

—Lo sé, a mí también. Esta tregua va a traer muchos cambios para el pueblo. Se acabó lo de perseguir zombis a todas horas.

—Hablando de perseguir zombis, ¿qué va a ser ahora de la brigada antizombis? —le pregunté.

—Han reducido al mínimo la plantilla destinada en el pueblo.

—¿Tan rápido? —pregunté sorprendida—. Pero si no hace ni veinticuatro horas que vencimos a Berto.

—Cuando se trata de recortar gastos, no pierden el tiempo —afirmó—. A la mayoría de los agentes ya los han reasignado en otros pueblos de la comarca.

—¿Y a ti? —pregunté, temiendo que a él también le hubieran dado otro destino.

—Me han ofrecido un puesto de jefe en la capital.

Me quedé muda.

—¡No se oye! —gritó Sara, asomando la cabeza por la ventana del cobertizo.

—Le han ofrecido un puesto en la capital —le informó mi madre, que estaba a su lado.

Casimiro llegó con el primer plato en una bandeja.

—Dirigiría mi propio equipo y duplicaría mi salario —continuó Álex con expresión seria.

—Entiendo —contesté, intentando que no se notara demasiado lo mucho que me entristecía que se fuera—. Es una oportunidad muy buena. Te lo mereces.

—No me habrían propuesto para la plaza de no ser por ti. La victoria y la tregua con los zombis son mérito tuyo.

Para colmo, la culpa de que se marchara iba a ser mía. Pues no era precisamente un consuelo.

—¿Y cuándo te vas? —le pregunté.

—No he aceptado el puesto. Les he dicho que prefiero quedarme en el pueblo —me dijo con una sonrisa pícaro.

Sentí como si me quitaran un peso de encima.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Casimiro con incredulidad—. ¿En serio quieres quedarte en este pueblo?

—¿Qué ha dicho? —quiso saber la vecina.

—No lo sé, Casimiro me hace pantalla —refunfuñó mi madre—. ¿Nos acercamos más?

—Me da un poco de apuro.

—¿Lo dices en serio?

—No.

Mi madre y la vecina desaparecieron de la ventana.

—¿Qué es lo que te gusta de este pueblo? —insistió Casimiro.

—Me gusta el clima —contestó Álex con expresión divertida.

—Pero si esto es clima continental —interrumpió Casimiro mientras rellenaba las copas con agua—. En verano te asas y en invierno te congelas.

—Tu abuela estará contenta de saber que te quedas —le dije a Álex.

—Espero que no sea la única que se alegre de que me quede —sonrió.

—Estoy segura de que no es la única —contesté devolviéndole la sonrisa.

—Quiero hacer un brindis —dijo Álex levantando su copa—. Brindo por el futuro.

—¿No dicen que brindar con agua trae mala suerte? —le pregunté.

—No me dirás que crees en esas cosas.

Casimiro, al ver lo que íbamos a hacer, agarró el salero y se echó sal por encima del hombro.

—Tienes razón —dije mientras chocábamos las copas.

No le había pegado ni un sorbo al agua cuando Tomás, el compañero de Álex, apareció en el jardín.

—Siento interrumpir —se disculpó mientras se acercaba a nosotros con cara de preocupación.

—Tomás, ¿qué haces aquí? —quiso saber Álex—. Pensé que estabas de guardia.

—Así era, pero tengo algo importante que decirlos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Berto se ha escapado —contestó.

—¿Cómo es posible? —dijo mi madre saliendo de detrás de un naranjo en el que se escondía con la vecina.

—No está claro. Creemos que aprovechó el cambio de turno —explicó Tomás—. Hemos informado a todas las unidades y activado el protocolo de emergencia. También hemos avisado a las farmacias para que nos informen de inmediato si alguien compra antihistamínicos. Ahora mismo íbamos a iniciar el rastreo.

—Voy contigo —dijo Álex, poniéndose de pie—. No puede haber ido muy lejos, tenemos que encontrarlo.

—Voy con vosotros —dije levantándome también.

—No te preocupes —me dijo Álex—. Hoy es un día de celebración; aunque Berto haya huido, la tregua con los zombis no está en peligro. Todos se merecen celebrarlo, tú, la que más.

No me agradaba la idea de quedarme en casa de brazos cruzados, pero la verdad es que empezaba a estar cansada de estar metida en todos los saraos.

—Te compensaré lo de la cena —añadió Álex.

—Más te vale —respondí.

Él sonrió y se fue con Tomás. Yo volví a la fiesta, justo a tiempo para el concierto.

—¡*Rock and roll!* —gritó Carlos al tiempo que se lanzaba sobre el público.

A la mañana siguiente se distribuyeron octavillas por toda la comarca con la orden de detención de Berto:

«En busca y captura: Berto Rija, se hace llamar “El Maestro *Zombifulness*”.

El fugitivo huyó a pie en la tarde de ayer después de ser encontrado culpable de un delito contra el bienestar ciudadano. Mide 1,74 cm, es de complexión delgada y muy flexible. Tiene el cabello negro y corto, ojos oscuros, nariz chata y acostumbra a vestir ropa estafalaria.

Aunque muestre buenos modales, puede ser sarcástico y, ocasionalmente, muy pedante. Domina las artes marciales y las manualidades. No le den de comer. Si lo ven, informen inmediatamente a las autoridades locales.

Recompensa. Leches Sara ofrece una tabla de quesos curados gran reserva a cambio de información fiable sobre el paradero del fugitivo».

FIN

Si has visto a Berto o quieres darnos tu opinión sobre el libro, nos encantaría que nos dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros es muy importante saber tu opinión. ¡Muchas gracias!

TRADUCCIÓN DE LAS INTERVENCIONES ZOMBIS

UN DÍA PERFECTO

- ¡Gg ggrrr rrr r grgg rggr!
—¡Qué bien nos lo estamos pasando!
—¿Gg ggrr ggrr rrg?
—¿Qué ha sido eso?
—¡Ghhhh!
—¡Ahhhh!
—Gr
—Sí.
—Grg r ggrgg ggrrr.
—No lo recuerdo bien.
—Grg gr.
—Pues sí.
—G grgr rgg ggrrg.
—Yo también me alegro.
 ¡EL QUE FALTABA!
—¡Grrgrg gg ggrgr!
—Tenemos que hablar.

CENA CON EL CARTERO CULTURISTA

- Grrg gggrg.
—Estoy aquí.
—Gggrrr.
—Gracias.

EXAMEN SORPRESA

- Grg r rrgg.
—No lo sé.
—Grg, ggrrr.
—No, gracias.

EL GNOMO DE MILO

- G rrgr gg gr.
—Yo creo que sí.

EL ANTIARRUGAS SKYLINE

- Grgrrgr rg rgrrrgr.
—Matarnos de aburrimiento.

—¡Gg rrgrrgr! Grgrgggr ggrgr.

—¡Qué asco! Lleva azúcar.

¡VIVAN LOS NOVIOS!

—¡Grrgr gg ggggr rgr ggg rrrrrr!

—¡Sabía que vendríaís por mí!

—¡Grg grrgg rrrr rgrg gggg grgr rgr rgr!

—¡No sabéis cómo os he echado de menos!

ZOMBIFULNESS

—Grgrgrgrgrg

—Armadillo.

EL CHEF ZOMBI

—Grg.

—No.

EL CARTEL INDISCRETO

—Gggr rggg grggr.

—Tres o nada.

—Rrrg, rrrg

—Ejem, ejem.

¡QUE NO CUNDA EL PÁNICO!

—¡Ggggg!

—¡Ay!

—¿Rgr rrrrr grggg grrrg gg grgrg?

—¿A dónde te crees que vas?

—Grg, gggrrr. Grrgr rrrr gg grgrrr grr rgrrr rgr grr grgrrg.

—No, gracias. Tengo que echar el refrito a los guisantes.

¡TOMA KARMA!

—¿Ggr g gg?

—¿Y yo qué?

—Gr

—Sí.

UNA PEQUEÑA CONFUSIÓN

—¡Grgrgggr rgrrrgrgr grgrrg!

—¡Otra vez guisantes!

ESTOS ZOMBIS SABEN LATÍN

—R grgrrg.

—Lo siento.

—Grrg gggrrr, gggrrr.

—Estoy bien, gracias.
—Rrr grgrgr grrggr grr rgrrrg rgrgr.
—Nos ofreció trabajo el mes pasado.
—Rggrr grrrgg rgrrrrr rg grrrrg gggggrr.
—Queremos ser ciudadanos de plenos derechos.
—Rggrr rr gggggg rgrrr, grrrrr rgrrg rgrrrr grgrgrrr ggggrg grgggr ggr rrgrg.
—Queremos dos pagas extraordinarias, siete días moscosos más al año y cotizar.
—Grg rggrr grgrggr grr GRGR.
—No queremos pagar el IRPF.
—Grr grgrrrr rrrgr rrrrg grrrggr ggrggr rrggg, gggrgr rgrrrgr grrrrgrrr rg gg rrrrr r grgrgrg grr grrrgrr rrrr rgrrg.
—El pinche quiere unos guantes para fregar, porque está harto de que se le pongan los dedos como garbanzos.
—Rgr rgggrgrr grrrgg grg rgg grggrrgrgr grgrgrrr Rgrgg, rgg grggrr Grrggg.
—A poder ser, no me llames más Ambrosio; me llamo Martín.
—Rg grggrg, rgrrrr r rggrr grgggr ggg rggrg.
—De acuerdo, pero lo queremos todo por escrito.
—¡Ggrrgrr!
—¡Culo!
—Rg grrrgr.
—De nada.
—Rgrrggg, ¡grrrggrgrgr r rrggrggr!
—Zombi, ¡haz posible lo imposible!
—¿Rgrgrrrr gggrgg rrrgrgr rgrgggr grggrrrrr rrgrrrr grr ggrrggrrr?
—¿En serio quieres seguir hurgando en la basura?
TENGO UNA BUENA Y UNA MALA NOTICIA
—¡Grgggrr grrrrgr!
—¡Amor mío!
—Gr, grrrggrgr g.
—Sí, soy yo.
—Grrrrrr rggrr rgrgrrr grr grggrrrr grrrrrr grrggrr grrgrgrgrgr gggggrrr.
—Si queremos recuperar el pueblo, debemos unir nuestras fuerzas.
LA SUERTE ESTÁ ECHADA
—Gggrrrr ggg ggrgrrrrr grgrrrrrggrg rg grggggrg.
—Gracias por tu voto de confianza.
—¿Rgrrrrgr rggrrrrgr, Grgrrrrgrgr?

—¿Está seguro, Maestro?

—Grgrrrrgrgr, grg rrgr gg grrrggg ggggrgr grgrrgg.

—Maestro, no creo que sea buena idea.

—¡Grgrbuuuuuuu!

—¡Buuuuuuuu!

—Gggg grrgrgg rgrrg grrrg.

—He tenido días mejores.

—¿Grrgrrrr rggg grgggr?

—¿Cara o cruz?

—Grgrrrrgr rrrrg ggrgr gg grg rrrrr rgrrrrrg.

—Hace un calor que no se aguanta.

—Grggrgrgr.

—Correcto.

—Rggrr grrgrr grrrg.

—Mil seiscientos diecisiete.

—Grggrgrgr ggr rrrrg rg rg rggrr grrgrr grrrg.

—Treinta y uno de diciembre de mil seiscientos diecisiete.

—¡Grg rgrrgr ggggr!

—¡No hay derecho!

—¿Rgggrgrg grrrg grr grggrgrgr rg rgrrgr?

—¿Podría ser la sota de bastos?

—Grr grgrrgr grrggr gg grg ggggr.

—La verdad es que no mucho.

—¡R grgggrg!

—¡Lo conseguimos!

—Rgrrgg, ¿gg grrggr r gg rgrg grrrggg gg rgrrgr rrggr? ¿Grrrggg grg grrggr grgrrgr grr grrrgrrrg gg rrrrr rrgg ggggr? Rrrgrgr rgrrrgr rgggr grrrggg grr ggggrrrg grrrgggg gg grrrggg rg gg rrrrr rrgg grrrgrrrrg rrrr rgr rgrrrg.

—Zombis, ¿qué es lo que os tenéis que pensar tanto? ¿Acaso no es justo el trato que se os ofrece? Tal vez esta sea la única oportunidad que tenéis de que os traten como a iguales.

—Rgggr rr grrrrrg rgg ggrrrr rgrrgrr rrgrrr grrrrr grrgrrrr ggr rgg rrrgrgrg gggrr grgrrr ggr rrrrg. Grg rrrrr rrggrg rg grrrrrgr grrrgrrg. Rgrr gg grrrrgr grrgrgr rg grrgr grgrrrggr.

—Estas dos mujeres me dieron cobijo en su casa y me trataron con respeto y cariño. No se trata de ningún truco. Queremos que forméis parte de nuestra

comunidad.

—¡Grgggrrgg, Grgggrrgg, Grgggrrgg! ¡Grgggrrgg, Grgggrrgg, Grgggrrgg!

—¡Ana, Ana, Ana! ¡Ana, Ana, Ana!

—Gggrrr rgr rrrrrr. Grrgrgrgr ggrggrrgrgr r gg ggrrrr ggggrrg ggg rrrrrr.

Grrg rrrgrrrr grrrrgrrg gggrrrrrrrrr.

—Gracias a ti. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Estoy en deuda contigo.

—Grgmuuuuuu.

—Mmmuuuuuu.

FIESTA CON SORPRESA

—¡Ggg grrr!

—¡Por supuesto!

—¡Grrrgrrrr, Grgggrrgg!

—¡Hola, Ana!